

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA

Migración y transformaciones en el imaginario de género.
Caso de madres provenientes del Valle del Cauca, Colombia,
entre los años 2016 y 2017

Tesis para optar al título de Antropóloga Social

Autora: Alejandra Le-Bert Sepúlveda

Profesor guía: Juan Le-Bert Montaldo

Santiago, julio 2019

Resumen

La migración ha sido uno de los fenómenos más estudiados en los últimos años, debido por un lado a la gran cantidad de personas que moviliza, como también por el gran impacto social y cultural que este fenómeno ha tenido tanto en la cultura receptora como en la de origen. Una de las características de estos movimientos ha sido su tendencia a la feminización, donde las mujeres ya son parte crucial de estos flujos, adquiriendo un rol cada vez más preponderante en sus familias debido a sus trabajos dentro y fuera del hogar.

La presente investigación indagará sobre el impacto cultural que tiene en el imaginario de género el movimiento migratorio en once mujeres provenientes del Valle del Cauca, Colombia. Para esto, se realizaron relatos de vida, centrados en la construcción de las relaciones, roles e imaginarios de género tanto en su lugar de origen como en la sociedad de acogida. A partir de estos relatos, junto con una aproximación conceptual desde el género, el fenómeno migratorio y el imaginario social, pudimos indagar en un tema que ayuda a entender la construcción de diversas subjetividades, relacionadas a procesos de movilidad y asentamiento en nuevas sociedades. En este caso, pudimos ver cambios y continuidades relacionados al imaginario de género, que permitieron entender la apertura femenina hacia culturas consideradas “más liberales”, como la chilena.

Palabras clave: Migración, género, imaginario de género

Agradecimientos

Después de un largo camino, quiero agradecer primero a mi tío paterno y profesor guía, Juan: por confiar, por insistir, por corregir, por alentar y acompañarme en este arduo camino, a pesar de las vicisitudes de la vida.

A mis padres, Ricardo y Jeannette, por ser incondicionales, por entender las demoras, por impulsar las locuras, por su sabiduría constante.

A mis queridas: Isadora, Carolina, Ignacia, Francisca, Consuelo y Maite. Amigas del alma, que a pesar de los mil porrazos, siempre dan su cálida mano para levantarse y seguir.

A mis compañeras de vida, mi familia escogida, hermanas del alma, las de siempre: Antonia y Natalia, que a pesar del tiempo seguimos cruzando nuestros caminos.

A mi compañero, por la fuerza, amor, disciplina, contención y ternura.

Y a las más importantes: las dueñas de este relato. Gracias a todas aquellas mujeres que me ayudaron a concretar este proyecto, me impulsaron a seguir trabajando en este tema y que con sus vidas me enseñaron un poco de su tierra Vallecaucana, y mucho sobre el empuje, el esfuerzo, la resiliencia, la maternidad, el movimiento, la vida y la corporalidad.

Tabla de contenido

Resumen.....	2
Agradecimientos.....	3
Tabla de contenido.....	4
Introducción	6
Antecedentes	8
Globalización y migración en América Latina	8
Feminización de la Migración.....	9
Migración en Chile	10
Colombia: país de emigrantes	12
Migración en el Valle del Cauca.....	13
Colombianos en Chile	15
Problematización	17
Marco Teórico-Conceptual	19
Migración y globalización	19
El extranjero y el forastero: Simmel y Schutz	20
Género y Migración	22
Teoría de Género: cómo entender lo masculino/femenino	24
1. <i>Maternidades y Paternidades</i>	25
Imaginario social, grupal e imaginario de género	27
Marco Metodológico.....	30
Técnicas Cualitativas.....	30
1. Relato de vida.....	30
2. Revisión de fotografías	31
Selección de la Muestra	31
Técnica de Análisis.....	33
Síntesis de Resultados	34
Capítulo 1: Marianismo y sumisión / Machismo y ausencia: imaginarios de género en el Valle del Cauca	38

Femineidades y masculinidades nacidas en el Valle del Cauca	38
1. Figura materna y paterna en relación al imaginario de género.....	39
2. Lo femenino y masculino: imaginarios de género reproducidos en distintas generaciones.....	46
3. El grupo, la comunidad y el imaginario de género	53
Capítulo 2: “El sueño chileno”: vidas e imaginarios en transición	58
1. “El sueño chileno”	58
2. Contexto de recepción: Chile, ¿Lugar de oportunidades?	60
3. Transformaciones en el mundo de la vida: cambios en las pautas culturales y en los imaginarios de género	66
Capítulo 3: Influencia de la sociedad chilena en los imaginarios de género	80
1. Sociedad chilena: el “otro” en los imaginarios de género.....	80
2. Mujeres liberales, migrantes y pluriculturales: sociedad de consumo, familia e imaginarios de género	85
3. Proyecciones: de forasteras a locales, repercusiones en los imaginarios de género	90
Conclusiones	93
Revisión sintética de resultados.....	93
Reflexiones y miradas hacia la construcción de imaginarios de género en el fenómeno migratorio.....	97
Bibliografía	101
Anexo	107
Tablas con Síntesis de Resultados	107
Cuadro Sintético 1. Situación actual de entrevistadas.	107
Cuadro Sintético 2. Lugar de Origen.....	109
Cuadro Sintético 3. Situación inicial/arribo de entrevistadas	113
Cuadro Sintético 4. Prácticas Parentales e Imaginarios de Género.....	117
Cuadro Sintético 5. Presente: Choque Cultural e Imaginarios de Género	120

Introducción

El presente trabajo se enmarca dentro del contexto global, donde las migraciones se han mostrado como uno de los fenómenos más estudiados dentro de las ciencias sociales debido a la cantidad de personas y recursos que moviliza, junto a las repercusiones sociales y culturales que conlleva. Este fenómeno, también ha adquirido una gran relevancia a nivel local y regional debido a sus impactos, visibilidad y mediatización: es así como Chile, considerado (y proyectado) hoy en día como uno de los países con economías más estables dentro de la región, se posiciona también como uno de los destinos principales dentro de Latinoamérica para la población migrante interregional.

Es en este escenario en que la población colombiana se ha ido consolidando como una de las migraciones más populosas en Chile, aumentando considerablemente en los últimos años. Las estadísticas señalaban que para el año 2015-2016, los colombianos representaban la segunda mayoría en obtener residencia definitiva en el país, después de Perú, y donde gran parte de esta población se asentaban en la Región Metropolitana (Departamento de Extranjería, 2017). Este movimiento intercontinental se destaca por presentar una alta migración femenina, por ser además muy diversa ya que migran desde distintas zonas del país, que se distinguen por sus colores, comidas y acentos. Es así como entonces, a medida que pasan los años, empiezan a ocurrir fenómenos propios de estas migraciones más consolidadas, como la reunificación familiar, la formación de familias en el lugar de destino, las proyecciones más a largo plazo sin retorno aparente.

Uno de los perfiles característicos dentro de la migración colombiana es aquella procedente del Departamento del Valle del Cauca. Además de ser muy numerosa, en este sector se gesta una identidad particular, siendo la ciudad de Cali la capital de esta región. Esta zona se distingue por dos elementos que podrían considerarse antagónicos, pero que reflejan la versatilidad de una cultura que se encuentra en constante movimiento: por un lado, se distingue por el fuerte afecto de estos habitantes a sus tierras, resaltando específicamente sus bailes, donde la salsa en Cali se posiciona como uno de los principales componentes identitarios, resaltando sus grandes celebraciones, sus relaciones “de piel”, o por sus riquezas naturales; mientras que por el otro lado, resulta ser una zona de extrema violencia, donde el narcotráfico y la guerrilla han calado hondo en los imaginarios de estos habitantes. Se suma además la violencia de género, donde el número de femicidios va cada año en aumento, junto con las cifras de violencia intrafamiliar que para mayo del 2018 el Instituto Nacional de Medicina Legal registraban ya 3.506 reportes de violencia hacia mujeres por parte de sus parejas (El Tiempo, 23 de mayo 2018).

La migración hace que las mujeres en movimiento y sus núcleos familiares se vean afectados directamente desde la partida del hogar, donde en un comienzo emprenden solas el viaje (o en pareja, pero en su mayoría sin sus hijos), para después estabilizarse, cuestión que puede durar años, y dar comienzo a la reunificación familiar. Esto permite que haya constantes cambios dentro de estas familias, y dentro de las significaciones y actitudes que tienen entre sus miembros.

Las constituciones familiares de esta manera presentan cambios dentro del movimiento migratorio, pues cambian las dinámicas, la relación con el trabajo y con ello, también las relaciones entre los sostenedores del hogar y/o con sus hijos e hijas. Es así, como esta investigación se centrará principalmente en abordar una de las dimensiones dentro de la migración femenina proveniente del Valle del Cauca y los imaginarios familiares, y es aquella que existe en torno a los cambios y continuidades en las concepciones de femineidad y masculinidad dentro del hogar, tanto en sus roles como en sus significaciones (lo que entendemos como imaginarios de género).

De esta manera, se presentará un antes y un después, donde primero se abordarán los imaginarios de género que tenían nuestras entrevistadas vallecaucanas en sus lugares de origen, y cómo estos han ido cambiando por diversos motivos, tanto generacionales, sociales, culturales; como a aquellos ligados al movimiento migratorio y su choque cultural con la sociedad chilena.

Antecedentes

Globalización y migración en América Latina

La migración se ha conformado como un fenómeno inherente a la historia de la humanidad, como una relación de diálogo entre lugares de origen y de destino, en donde los migrantes se muestran como portadores de sus propias realidades (Polloni & Matus, 2011).

Pero en la actualidad, dentro de un contexto capitalista y globalizado, la migración adquiere vital importancia, no sólo por el reordenamiento espacial de la humanidad, sino porque este fenómeno crea también nuevas subjetividades, nuevos tipos de relaciones y también nuevas culturas, interconectadas gracias a los medios de comunicación y redes sociales de manera casi instantánea. Es la globalización la que genera el capital cultural y los medios técnicos necesarios para la migración (Castles, 2006), implicando esencialmente flujos transfronterizos de capital, bienes, ideas y personas. A pesar de que la interconexión global no es un fenómeno nuevo, lo que caracteriza a la sociedad contemporánea es la intensificación de estos patrones en todos los aspectos de la vida (ya sea laboral, legal, económico, etc.); junto con la magnitud de la superposición de lo local con lo global (Held, 2001; citado en Mora, 2008).

La modernización económica y la concentración excesiva del capital, generan en esta era global lo que Bauman (2005) llama “*residuos humanos*”, producidos por la peculiar búsqueda del “orden”, que comprende a toda la masa de poblaciones superfluas de emigrantes, refugiados y demás parias. En palabras del autor, los migrantes serían “*un descarte social al que la sociedad es (...) incapaz y reacia de darle cabida*” (El Clarín, 2010).

Dentro del fenómeno migratorio, los países receptores de población migrante además de contar con brechas salariales a su favor, demandan trabajadores para apoyar sus procesos productivos y llenar espacios que las poblaciones locales no desean (Martínez & Stang, 2005; citado en Cortés, 2005). En el caso de América Latina y el Caribe, las estimaciones indican que en el año 2000 más de 21 millones de nacionales latinoamericanos y caribeños residían fuera de sus países de nacimiento, incrementándose el 2005 a casi 25 millones de personas (CEPAL, 2006; citado en CELADE, 2006).

La migración latinoamericana históricamente se ha concentrado en dos focos principales de atracción: Estados Unidos y Europa (Polloni & Matus, 2011). Con los años, estos dos destinos empezaron a imponer restricciones a los movimientos migratorios; esto, junto a la relativa estabilidad económica y política de los países de la región, reorientaron una parte de la migración hacia países dentro de esta, proceso denominado migración intrarregional (Polloni & Matus, 2011).

Alejandro Portes (2006), señala que en los principales países emisores de Latinoamérica, han surgido lo que denomina como “comunidades transnacionales”, intentando describir los

vínculos y la progresiva integración de los emigrantes en sus ciudades y naciones de procedencia. Es así, como estas comunidades intentan preservar los vínculos con sus países de origen mediante la combinación de dos conjuntos de fuerzas: por un lado, mediante el envío de remesas a sus familias, junto con las visitas periódicas a su hogar y la creación de comités cívicos para contribuir a mejorar los servicios públicos y las oportunidades en sus lugares de origen. Por otro lado, las nuevas tecnologías de comunicación y transporte facilitan esos desplazamientos, donde lo que antes se tomaba como una iniciativa personal e indeterminada hoy es un fenómeno social masivo, regular y predecible.

Las oportunidades laborales generadas en algunos países de la región, han hecho que surjan nichos específicos de actividad “para inmigrantes”, donde destaca principalmente la mano de obra femenina (Mora, 2008). Es así, como existen países que han generado patrones de feminización y especialización entre países receptores de inmigrantes (como Argentina, Brasil, Chile y Costa Rica), y los países emisarios de estos flujos (como Perú, Paraguay, Colombia, y en las últimas décadas, Venezuela).

La creciente comunicación entre los inmigrantes y sus lugares de origen, gracias al transporte, los medios masivos y las redes digitales de comunicación, hace que estos grupos no se conciben como simples minorías en los países de destino, sino más bien como miembros de una *diáspora global* (García Canclini, 2014), y es gracias a eso, que en estos grupos se halla una hibridación con su entorno, y a la vez se reafirman sus costumbres en conexión frecuente con la sociedad de origen.

Feminización de la Migración

Una de las características principales que ha tenido la migración a nivel mundial, y especialmente en Latinoamérica estos últimos años, ha sido la feminización de esta, llegando el año 2013 a representar 51,6% de los migrantes de la región (OCDE-UNDESA, 2013). A pesar de que las mujeres han migrado desde siempre, antes su movimiento se relacionaba directamente con la reunificación familiar, dependiendo del migrante varón. En cambio, hoy se trasladan como migrantes primarias por derecho propio (Cortés, 2005), trasladándose en busca de nuevas oportunidades primero solas, o también antes que sus parejas (Stefoni, 2005).

Tal como señalan Polloni & Matus (2011), los flujos migratorios según género, tienen una estrecha relación con el mercado de trabajo del país de destino. Es así como la feminización se explicaría, en parte, por la incorporación de las mujeres a la actividad productiva remunerada en la escena nacional (Cortés, 2005). Según Mora (2008), los factores que caracterizan la incorporación femenina a la cadena global de producción, son la percepción cultural que tienen las habilidades y destrezas femeninas para realizar tareas delicadas, la naturalización de las “tareas de mujeres” como aquellas ligadas a la reproducción del hogar y cuidado, y porque son consideradas como una mano de obra más dócil que los hombres.

La migración se mostraría entonces como una oportunidad para acceder a nuevas remesas familiares, como una estrategia más del grupo doméstico para sobrevivir en los sectores empobrecidos de la sociedad (López & Loaiza, 2009; Solís, 2005). Podríamos decir que las mujeres en particular son las que están asumiendo la responsabilidad de la reproducción de sus hogares (Solís, 2005), por lo mismo, deciden migrar debido principalmente a las dificultades económicas que enfrentan en sus países de origen. La decisión de migrar se ha tornado eminentemente familiar, donde se involucra a la mayor parte de los grupos domésticos extensos (Pedone & Gil, 2008), ligados generalmente a redes de apoyo a las cuales se recurre no solo para tomar la decisión emigrar, sino que también para el acomodamiento inicial en el país de destino.

En la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer (Beijing, 1995), se reconoció a las mujeres migrantes por su *“alta vulnerabilidad ante la violencia y otras formas de malos tratos, especialmente su condición de dependencia ante los empleadores”* (Cortés, 2005:24). Es así, como la falta de conocimientos en cuanto a sus derechos de trabajadoras y ciudadanas, el miedo a la deportación, la falta de documentos de identidad y el temor a las represalias, se convierten en algunas de las aristas más problemáticas de su condición migrante (Cortés, 2005).

Carolina Stefoni (2002), señala que una de las características de la migración de mujeres desde países pobres hacia los centros de desarrollo es su concentración en ciertas áreas ocupacionales, específicamente en las de servicio doméstico y cuidado (niños, ancianos, enfermos, etc.). Es así como esto constituiría la base para la globalización de la reproducción social, trasladando la división internacional del trabajo al mundo privado (Maher & Staab, 2002; citadas en Stefoni, 2002).

De esta manera, podemos identificar que existen diferentes estudios que reconocen que la pobreza afecta de manera más drástica a las mujeres (Cortés, 2005), donde su inserción al mundo laboral es muy precaria y determinada por los oficios considerados “típicamente femeninos”, recibiendo ingresos muy bajos y siendo vulneradas constantemente en cuanto a sus derechos.

Migración en Chile

Dentro de Latinoamérica, Chile se muestra como país receptor gracias a su imagen proyectada hacia al exterior donde se enfatiza su estabilidad política y económica (Polloni & Matus, 2011, p.15). A pesar de presentar una baja inmigración en comparación a los países receptores de la región (como Brasil y Argentina), Chile ha tenido un aumento progresivo desde hace prácticamente diez años, donde se empieza a mostrar como una opción para la migración intrarregional.

Según los datos censales del 2017, comparados con el registro de 1992, el crecimiento en la magnitud de inmigrantes en nuestro país pasó de representar al 0,8% (105.070 personas) a 4,35% en 2017 (746.465 personas). Se destacan aquellos que provienen de países de la región, donde el deterioro temporal de las economías de los países vecinos y la cercanía geográfica facilitarían este proceso (Polloni & Matus, 2011).

El Censo 2017 nos muestra que el 50,7% de los inmigrantes proviene de tres países de América Latina: Perú (25,3%), Colombia (14,2%) y Venezuela (11,2%), donde el periodo de llegada al país de los inmigrantes internacionales censados, un 66,7% declara haber llegado entre los años 2010 y 2017 (INE, 2018). Hacia finales del 2018, el Instituto Nacional de Estadísticas estimaba a la población Colombiana como la cuarta más populosa del país, sobrepasado recientemente por Haití (siendo estimados en 146.582 colombianos residentes en Chile).

Por otro lado, la feminización de la migración también es un fenómeno que ha afectado a nuestro país, representando las mujeres el 51,9% de la población migrante para el año 2015 (Ministerio de Desarrollo Social, 2016), insertándose preferentemente al área de servicio doméstico. Es en este mismo año, que dentro de las permanencias definitivas otorgadas a sujetos migrantes, un 53,5% representaban a mujeres migrantes (Departamento de Extranjería y Migración, 2017).

A pesar del aumento constante que ha tenido la inmigración en Chile, la irregularidad sigue siendo un problema social grave, derivando en desprotección y exclusión del sistema social y económico (Cano, Soffia, & Martínez, 2009). La actual ley de migración fue formulada en dictadura, inspirada en el principio de seguridad nacional, derivando, entre otras cosas, en la definición de una serie de criterios que impiden el ingreso de extranjeros al territorio nacional (Stefoni, 2011).

Es así, como el sujeto migrante pasa de ser un sujeto deseado (colono), a convertirse en una potencial amenaza para la nación, por lo que se establecieron una serie de mecanismos de control y vigilancia, que hasta la fecha no han sido derogados (Stefoni, 2011). En la actual democracia, el migrante sigue siendo visto como un extraño potencialmente peligroso, pero esta vez ligado a la idea de un “problema social”, asociado con la pobreza, exclusión, violencia, marginalidad, etc., lo que contribuye a la reproducción de la estigmatización de esta población (Stefoni, 2011).

No hay programas que promuevan la integración social y sigue vigente la ley que dificulta la regularización de los y las migrantes (Stefoni, 2011). Bachelet ha sido la primera presidenta en incluir la temática de la migración en el programa gubernamental y en los objetivos estratégicos del Ministerio del Interior, coordinando así distintas áreas de trabajo tales como salud, vivienda, educación, entre otros (Cano, Soffia, & Martínez, 2009). Una de las herramientas de integración de la población migrante ha sido la reunificación familiar (Pedone & Gil, 2008), pero en Chile este proceso ha sido lento y con alto costo para las familias migrantes, que viven en condiciones de exclusión y precariedad (Stefoni, 2011).

Colombia: país de emigrantes

En Colombia, las migraciones han sido objeto de interés gubernamental desde los primeros momentos de la vida republicana (Mejía, 2012). A pesar de que históricamente las políticas migratorias destinadas a la promoción de la inmigración no han tenido éxito¹, en las últimas décadas han dado mucho de qué hablar debido a la cantidad de colombianos y colombianas que deciden buscar nuevas oportunidades en otros países del mundo.

Es a partir de la segunda mitad del siglo XX cuando las migraciones internacionales en Colombia cobran una real importancia, siendo una de las causas principales el desempleo estructural y los bajos salarios detentados en este país (Mejía, 2012). Dentro de los destinos preferidos por los colombianos, destacan históricamente Venezuela, Ecuador, Estados Unidos y España, pero recientemente ha habido una reorientación de los flujos migratorios, principalmente debido al control migratorio en Estados Unidos y España, generando una reducción en los flujos hacia esos destinos. Esto ha provocado a su vez un incremento hacia otros sectores, destacando entre ellos Chile, Italia, Alemania y México (Mejía, 2012). Dentro de estos países, Chile es el que presenta un mayor crecimiento en los últimos años (doblando la cantidad de emigrantes que decidía viajar a este país), representado en la Tabla 1:

Tabla 1.

Colombia. Flujo promedio anual de entrada de migrantes de nacionalidad colombiana a países de la OCDE, por período, 2005-2007 y 2008-2010

Flujos decrecientes			Flujos crecientes		
	2005-2007	2008-2010		2005-2007	2008-2010
España	34.097	28.604	Chile	2.489	5.631
EE.UU*	33.970	26.823	Italia	1.756	2.120
Canadá	5.559	4.678	Alemania	1.373	1.854
Francia	755	752	México	302	1.754
Japón	360	351	Australia	390	594
Suecia	426	271	Países Bajos	305	422
Corea	117	95	N. Zelanda	50	107
Israel	170	51	Austria	89	102
Finlandia	32	24	Dinamarca	45	64
			Polonia	43	56
			Hungría	8	31
Totales	75.485	61.650	Totales	6.848	12.735

Fuente: Mejía Ochoa, William (2012). Elaboración del autor a partir de los datos International Migration Database OECD.

¹ Sobre todo, destacando el hecho de que para el año 2005, la cantidad de la población residente en Colombia y nacida en el exterior representaba solo un 0.26% de la población censada (Mejía, 2012).

A pesar de que los motivos económicos siguen siendo la razón principal por la que emigran colombianos al resto del mundo, cabe destacar también aquellos emigrados por violencia (ya sea ligada al narcotráfico o a la guerrilla), que según Mejía (2012), representan más del 10% de la diáspora colombiana. En efecto, William Mejía Ochoa (2012), estima que la cantidad de colombianos en el extranjero para el año 2012 era de unos cuatro millones de personas, convirtiéndose en el país latinoamericano que presenta más emigrantes.

Por último, destacar que para el año 2010 se evidenciaba un predominio femenino en la composición por sexo de la diáspora en la mayoría de los países, donde representan cerca de un 55%. Esto va a tender a consolidarse si se tiene en cuenta que las cifras de retorno indican una mayor propensión al regreso por parte de los hombres² (Mejía, 2012).

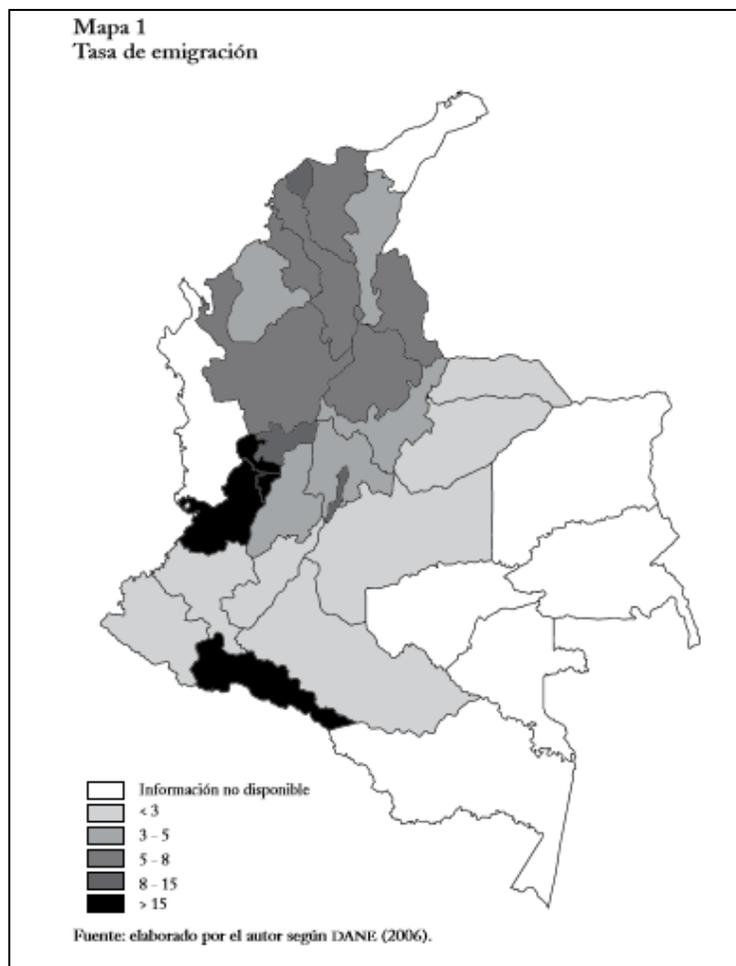


Figura 1. Tasa de emigración en Colombia, elaborada por Khoudour-Castéras (2007). El Departamento del Valle del Cauca corresponde a aquel sector pintado de negro, ubicado parte media occidental del país.

Migración en el Valle del Cauca

En esta investigación nos vamos a centrar específicamente en una región del país, debido a que como señalan autoras como Carmen Gregorio Gil (1998) o Beatriz Padilla (2013), los estudios migratorios deben tener un enfoque transnacional, donde se tome en consideración tanto el lugar de origen como el de destino. Esto, entendiendo que los flujos migratorios ponen en contacto dos sistemas de desigualdades tanto de clase, etnia y de género, de dos sociedades que se encuentran geopolíticamente diferenciadas.

Es así, como en esta investigación se decidió recurrir a la división por Departamentos que tiene Colombia, específicamente al Departamento del Valle del Cauca. Esto, por un lado,

² A pesar de que el predominio de la migración femenina puede variar de país en país, se puede ver una tendencia hacia la feminización por parte de la migración colombiana.

porque según el Censo del 2006, el mayor porcentaje de emigrantes corresponderían a personas provenientes de esa zona (24,1%), con una tasa de emigración correspondiente al 19,66% (Khoudour-Castéras, 2007). Y, por otro lado, por la diversidad cultural que esta región presenta, reflejada en discursos donde el cuerpo, el baile y el territorio adquieren gran importancia.

El Valle del Cauca tiene una infraestructura comunicacional que hace que sea una de las áreas más influyentes del país, sobre todo al desarrollo nacional por estar integrada a la economía de la Cuenca del Pacífico, al centro y norte del país, y a la región andina oriental, a través de un sistema de vías terrestres y aéreas que interconectan las principales ciudades de Colombia (Motta, 2007).

Una de las características principales es la constelación cultural con la que se va entretejiendo esta sociedad, a partir de elementos hispanos, indios y africanos (Motta, 2007). Para el año 2005, este Departamento se caracterizaba por presentar cerca del 30% de población afrodescendiente (más de un cuarto de afrodescendientes a nivel nacional), mientras que la presencia de población indígena era muy baja, representando solo un 3,4% (CEPAL, 2005).

Para introducir esta región, podemos señalar que el Valle del Cauca se encuentra en la parte media occidental de Colombia, caracterizándose por ser una de las regiones más urbanizadas e industrializadas del país, junto con ser una de las de mayores contrastes en lo que respecta al desarrollo social (Motta, 2007). Tal como lo señala Nancy Motta (2007), el poblamiento de esta zona ha estado marcado principalmente por la inmigración, donde población de diversas zonas del país han llegado a interactuar entre sí creando una comunidad de intereses y generando una adscripción al territorio. El inmigrante provocó una dinámica sociocultural frente a la tierra, el trabajo, lo económico y político, que ha ordenado un espacio con nuevos imaginarios, nuevas formas que han dado paso a una hibridación cultural intensa (Motta, 2007). Esto provocó la generación de una identidad vallecaucana, donde la inmigración y el desplazamiento habitacional se muestran como una constante dentro de su población.

En la Figura 2 podremos ver un mapa de la región, donde a nivel nacional, la ciudad de Cali constituye una de las cinco ciudades que juegan un papel importante en el desarrollo del país. Otros centros urbanos que componen la región serían: Palmira, Buenaventura (donde se encuentra uno de los puertos más importantes a nivel nacional y continental), Buga, Tuluá, Yumbo y Cartago, quienes también son consideradas ciudades influyentes a nivel nacional.

Figura 2. Mapa del Departamento del Valle del Cauca



Fuente: d-maps.com (s.f), *Mapa Valle del Cauca, Colombia*. Recuperado el 15 de junio de 2018, de: https://d-maps.com/carte.php?num_car=87718&lang=es

Colombianos en Chile

En la última década, la migración colombiana ha tenido un incremento significativo dentro de Chile. Según información entregada por la PDI (2012), entre los años 2002 y 2012, los residentes documentados colombianos han presentado un aumento del 204% (Correa & Novoa, 2013).

Para el año 2013 Colombia ya era el tercer país con mayor presencia en Chile, con un total de 48.894 residentes (13,8%) siendo superados solamente por Argentina y Perú (CASEN, 2015). En el Censo 2017, ya representaban a la segunda mayoría después de Perú, con un 14,2% (INE, 2018). Por otro lado, la feminización también ha sido un patrón dentro de este grupo, donde cerca del 60% de las residencias definitivas entregadas en el año 2015 correspondían a mujeres (Departamento de Extranjería y Migración, 2017). En otras palabras, esto significa que tres de cada cinco colombianos que deciden migrar y quedarse en Chile, son mujeres.

En cuanto a su localización, la migración colombiana se concentra principalmente en la Región Metropolitana (42%) y en la zona norte (28%), destacando la ciudad de Antofagasta. Proviene de diversas regiones de Colombia, que dan cuenta de la diversidad cultural que caracteriza a esta población, donde se vislumbran a lo menos cinco ejes identitarios: la región del Caribe, la región del Pacífico (tierra principal de la cultura afrocolombiana); región andina (zona más poblada del país, donde se encuentran las capitales del denominado “eje cafetero”); región de Orinoquia (centro-oriente de Colombia, asociado a la cultura del ganado); y finalmente la región de la Amazonía (Polloni & Matus, 2011).

Es interesante destacar que Colombia no comparte fronteras con Chile, lo que invalida el criterio de cercanía para explicar el flujo migratorio. Este se explica más, por la idealización de la imagen de Chile como un país tranquilo, estable económica y políticamente, contraponiéndose a la imagen de Colombia como un lugar inseguro no solo económicamente, sino que también debido a la violencia (Correa & Novoa, 2013). Esto, junto a las redes migratorias encargadas de difundir un discurso que idealiza al país, posibilita la creación del “*sueño chileno*”.

Ese ideario sobre Chile se quiebra al momento de arribar en el país y darse cuenta de los altos grados de discriminación en el periodo de establecimiento. Esto, según Correa & Novoa (2013), se ve influido por cuatro factores: (i) el incumplimiento de las expectativas laborales; (ii) la disposición de los actores locales, en que hay un alto grado de discriminación, sobre todo a la población afrocolombiana y repercutiendo sobre todo en el acceso a los servicios básicos; (iii) la actitud asumida por el gobierno (donde la visa sujeta a contrato se muestra como punto crítico); (iv) el choque cultural con “el chileno”, al cual se le atribuyen características negativas que se contraponen con su identidad.

La discriminación en contra de esta población se ve acentuada por la imagen que transmite la prensa y medios nacionales acerca de estos migrantes, que se los relaciona con delincuencia, tráfico de drogas y enfermedades de transmisión sexual (El País, 2012). A las mujeres se las vincula al mundo de la prostitución, mientras que a los hombres se los asocia al narcotráfico (Guillou, 2014). Por otro lado, se destaca también el lado exótico de los colombianos, sobre todo de la población afrodescendiente, donde la gastronomía y la rumba pasan a ser foco de atención para la población chilena, caracterizando a estos migrantes por su personalidad extrovertida, su piel morena, su acento y su cadencia pausada para hablar (Palacios & Blanco, 2011).

Problematización

A partir de estos antecedentes, vemos entonces que en estos últimos años la migración colombiana ha sido un tema relevante a nivel social, cultural y mediático, debido al gran incremento que ha presentado en los últimos cinco años en Chile. Por otro lado, es en Santiago donde se concentra gran parte de esta población (42%), creando una atmósfera xenófoba y racializada que irrumpe en este ideario inicial del “sueño chileno”. De esta manera, entran en conflicto primero con la burocracia, donde caen en un sistema que complejiza la regularización de sus papeles; además de chocar con la actitud de la población local, donde se les discrimina en la calle y los medios de comunicación ligándolos al narcotráfico, delincuencia y prostitución.

Las investigaciones dentro de este universo han proliferado estos últimos años, destacándose aquellas que tienen que ver con el racismo que existe en la sociedad chilena (Tijoux, 2017); aquellas ligadas al acceso a los accesos básicos, al crecimiento de las ciudades y exclusión urbana de estas nuevas poblaciones (Contreras, Ala-Louko, & Labbé, 2015), al acceso a la salud, educación, entre otros. Pero en esta ocasión, nos vamos a centrar en las configuraciones familiares, pues al ser una población cada vez más consolidada, ha dado cabida para que se produzca el proceso de reunificación familiar, cambiando material y simbólicamente las relaciones que tienen entre sus miembros.

Dentro de los ángulos con los que se puede analizar el fenómeno migratorio, la familia se muestra como unidad social fundamental para comprender las nuevas dinámicas que se van articulando en la sociedad receptora, mostrándose además como eje central de la dinámica sociocultural, puesto que es en este núcleo donde se produce la relación entre el país de origen, los grupos migrantes y la sociedad receptora. Es así como la migración produce no solo cambios en la estructura familiar (donde en un inicio la mayoría de las familias tienen que separarse), sino que también en los imaginarios que en esta circulan, ya que deben convivir cotidianamente con imaginarios del lugar escogido para vivir. Es así, como las concepciones que se naturalizan en torno a las significaciones de género, son puestas a prueba en el país receptor, cambiando y/o reafirmando aquello que entienden como femenino/masculino.

Como vimos anteriormente, la feminización de la migración ha significado un cambio en este proceso, donde se empieza a cuestionar la masculinidad tradicional ya que la mujer también se convierte en proveedora y jefa de hogar, apropiándose de espacios y decisiones que antes le eran vetadas. Cambian entonces los roles de género, y las significaciones/imaginarios en torno a este, permeado por el choque cultural que significa enfrentarse a una nueva sociedad donde las familias se mueven en otro orden de prácticas y significados.

Por otro lado, la población migrante proveniente del Valle del Cauca es reconocida dentro de la población colombiana, por tener una idiosincrasia ligada al cuerpo, a la identidad territorial y a la violencia histórica que han sufrido sus habitantes. Esta investigación en

particular, pretende dar cuenta de los cambios y permanencias que se producen en el imaginario de género, y que responden a un contexto de movilidad que implica una irrupción en sus estilos de vida.

Desde una mirada femenina/maternal, vamos a ver los cambios que se producen tanto en roles como en significaciones en torno a lo femenino y masculino en mujeres provenientes del Departamento del Valle del Cauca y que residen actualmente en la ciudad de Santiago. Todas las mujeres entrevistadas vivían al momento de la entrevista con sus hijos e hijas, lo que evidencia de mejor manera las dinámicas familiares en cuanto a cuidado y crianza, labores domésticas, de trabajo, etc. Esto se investigará a partir de una perspectiva biográfica, donde el relato ayudará a identificar aquellas significaciones ligadas al lugar de origen, y cómo la interacción con el modelo de vida familiar de la sociedad chilena modifica algunos aspectos en torno a el imaginario de género, y reafirma otros que consideran esenciales en cuanto a relaciones e identidad vallecaucana.

De esta manera, el **objetivo general** de este estudio será indagar, a partir de una perspectiva histórica y biográfica, en las transformaciones que han tenido los imaginarios de género en madres provenientes del Valle del Cauca, en lo que consideran (o normalizan) como femenino y masculino.

Los **objetivos específicos** entonces son los siguientes:

1. Indagar, a partir de relatos biográficos, en los imaginarios de género que tenían estas mujeres antes del movimiento migratorio.
2. Describir el contexto de recepción junto a los impactos de este en los imaginarios de género de estas mujeres, sobre todo aquellos que circulaban en el momento de llegada.
3. Analizar la influencia que tiene la sociedad chilena, en su contexto político y cultural, sobre la transformación de estos imaginarios de género.

Marco Teórico-Conceptual

Migración y globalización

La globalización ha sido un proceso que a lo largo de los años ha permitido una creciente interconexión entre los distintos sectores del planeta. Los diferentes intercambios mediáticos y económicos globales, así como movimientos de grandes cantidades de poblaciones, han acercado zonas del mundo poco o mal preparadas para encontrarse (García Canclini, 2004). El mundo actual estaría caracterizado principalmente por dos fenómenos: los medios electrónicos y las migraciones masivas (Appadurai, 2001). Es así como la migración se ha transformado en uno de los focos centrales dentro de la investigación social en estas últimas décadas.

Al ser un fenómeno causado por temas de diversa naturaleza, no hay ninguna teoría que por sí misma logre una explicación total de los procesos de la migración internacional (Gómez, 2010), por lo que en este apartado tomaremos elementos diversos de este fenómeno que nos permitirán dar una mirada local a un fenómeno que está desarrollándose en todo el planeta.

Tiene dos componentes fundamentales: la salida de un país/región o emigración, y la entrada a otro territorio que es la inmigración, pudiendo darse de manera voluntaria o forzada (Gómez, 2010). La migración internacional sería el movimiento de personas de un país a otro, donde una de las principales razones de estos movimientos en la era global, son las razones económicas³. Estas, son generadas por las diferencias salariales e intercambio desigual entre países, como también por la asimetría del crédito e información, y la sustitución de actividades económicas en el entorno de los inmigrantes en sus países de origen (Gómez, 2010). Por otro lado, es importante destacar el aumento de la demanda de empleo (sobre todo en el ámbito de servicios) en los países desarrollados.

Pero aparte de esta esfera económica, la emigración podría explicarse, tal como lo señala Hernández (2012), en función de los intereses, deseos y posiciones sociales que se ponen en juego para las personas que realizan estos movimientos a lo ancho del globo. Esto se rige por lo que Friedman (2002), citado en Hernández (2012, p.45), llama las estructuras locales del deseo, es decir, como *“aquellas fuerzas sociales que orientan la satisfacción del deseo, casi siempre a través del consumo de objetos y experiencias o de la obtención del prestigio en un contexto local”*.

Esto se inserta completamente dentro del mundo capitalista/globalizado, donde a partir de una ideología liberal la competencia, las leyes del mercado, el deseo de poseer y consumir

³ Señalar también por parte de Gómez (2010), que las migraciones internacionales se dan por variados factores más, que no desarrollaremos en este estudio, tales como: factores políticos y jurídicos; demográficos; etnológicos (definidos “por condiciones raciales e interrelacionales entre los pueblos”); por misiones; por razones educativas; psicológicas y médicas; históricas (por ejemplo, las empresas de colonización); geográficas; naturales; etc.

bienes, son naturalizados (Hernández, 2012). Como señala Hernández (2012), el viaje de emigrar también es considerado socialmente como un acto de diferenciación, donde solo el hecho de “estar allá” es fuente de reconocimiento.

Por otro lado, este autor usa el concepto desarrollado por Saïd (2002) de geografías imaginarias (citado en Hernández, 2012). Estas, serían *“un conjunto de representaciones creado por un grupo a partir del conocimiento parcial de la cultura de otro geográficamente localizado”* (Hernández, 2012, p.47). Las geografías imaginarias sirven para generar un orden del mundo, a partir de atributos discursivos que se le asignan a diversos lugares según su nivel de atracción y/o repulsión para los diferentes grupos que los representan. Es interesante ver cómo Chile se posiciona dentro del continente como un lugar de deseo, a partir de lo que anteriormente mencionamos como “el sueño chileno”, por lo que indagar en estas geografías imaginarias nos va a ayudar a develar la razón y proyecciones de esta migración sur-sur.

El extranjero y el forastero: Simmel y Schutz

Tal como lo señala Penschaszadeh (2008), el extranjero es el “afuera” por definición. Permite dar forma a la frontera de lo social, para existir un nosotros debe haber un límite de extensión, de aquello que no somos, tomando una distancia con lo otro. Son estos tipos sociales, definidos por el hecho de hallarse excluidos de la sociedad (donde el ejemplo lo constituyen los extranjeros), que cumplen un rol central para la existencia y delimitación de la sociedad misma, pues como lo resalta Simmel (1986), citado en Penschaszadeh (2008, p.53), *“la colectividad social se refiere a seres a los que no abarca por completo”*.

Para que exista un “nosotros” tiene que haber un “otro”, que puede ser tanto el extranjero, como el enemigo, el delincuente e incluso el pobre (Simmel, 1986; citado en Penschaszadeh, 2008). Para este autor, existen dos tipos de identidades/diferencias: la primera es aquella que se logra mediante las fronteras externas (nacionales), las cuales determinan la no-pertenencia a un grupo; por otro lado, está aquella que se logra mediante fronteras internas, asociadas a la exclusión dentro de un grupo (el “extraño”, quien se encuentra excluido de las categorías de un grupo). Cuando es determinado por fronteras externas, el extranjero propiamente dicho aparece definido en términos puramente negativos, como resume Penschaszadeh (2008, p.57), *“la relación con él es una no-relación basada, en los casos más extremos, en la negación de su carácter humano”*.

El extranjero dentro de este panorama, es una figura por definición ambigua y móvil en la cual convergen la vinculación y la no vinculación a un espacio (manteniendo a su vez una relación social de tipo negativo, de no-pertenencia al grupo); es el emigrante en potencia, es quien no tiene asegurada ni una partida ni una permanencia en un lugar. Es parte del grupo, pero se integra a él mediante su exclusión (Simmel, 1986; citado en Penschaszadeh, 2008).

Alfred Schutz (1999) por su parte, se acerca a la figura del inmigrante partiendo del concepto de “forastero”. Este indicaría a “*una persona adulta, perteneciente a nuestra época y civilización, que trata de ser definitivamente aceptada o al menos tolerada, por el grupo al que se aproxima*” (Schutz, 1999, p.1). Este autor habla de las “pautas culturales de la vida grupal”⁴, como todas las valoraciones, instituciones y sistemas de orientación que caracterizan a un grupo social en un momento determinado de su historia (tales como leyes, hábitos, usos y costumbres, modas, etc.). A las personas, se le aparece este mundo en todo momento estratificado en diferentes capas de significatividad, cada una de las cuales necesita un grado diferente de conocimiento; lo que desean las personas es tener un conocimiento graduado (y parcial) de elementos significativos, donde podemos ver que en estas capas hay desde centros de conocimiento explícito hacia aquello que se atiende, conocimientos que parecen ser suficientes, conocimientos que parecen no justificados (esperanzas y supuestos) y zonas de absoluta ignorancia.

Por lo mismo, hay que entender que las personas que actúan y piensan dentro del mundo de la vida no son homogéneas: son incoherentes, solo parcialmente claras, y en modo alguno exentas de contradicciones (Schutz, 1999, p.4). El forastero, dentro de este escenario, no comparte estas pautas culturales con el grupo, pasando a ser la persona que debe cuestionar todo lo que parece incuestionable a los miembros del grupo al que se incorpora.

El forastero llega con sus propias pautas culturales de sus lugares de origen, elementos de su biografía personal, siendo todavía para él este esquema como incuestionable de referencia, la forma natural de ver el mundo. Por lo mismo, empieza a interpretar su nuevo ambiente en términos de su pensar habitual. Los inmigrantes en este caso, deben abordar (y dominar) un sector del mundo mediante sus acciones, donde lo diferente de su lugar de origen, conmueve la confianza del forastero en la “validez de su pensar habitual” (Schutz, 1999). Con esto, no solo se invalida la imagen que trae acerca de la pauta cultural del grupo al que se incorpora, sino que también todo ese esquema hasta entonces incuestionado de interpretación, vigente en su grupo de origen, que no le sirve para desenvolverse en su nuevo ambiente social.

En este contexto, el forastero no puede cambiar simplemente sus pautas de interpretación, ya que solo los miembros del grupo (que tienen definida su jerarquía), pueden utilizar su pauta cultural como un esquema de orientación natural y digno de confianza (Schutz, 1999). Por otro lado, el forastero tiene una tarea constante de “traducción” de los términos de la pauta cultural de destino a las de origen, si es que hay equivalentes interpretativos dentro de estas, por lo que debe contar con que habrá discrepancias importantes en la visión de las cosas y en el manejo de las situaciones.

Por último, entender también que hay casos en que el forastero no quiere o no puede sustituir una pauta cultural (de origen) por otra. En este caso, resultan ser unos híbridos

⁴ Como modo de explicar cómo apprehenden los inmigrantes el entorno en el que devienen.

culturales que vacilan entre dos pautas diferentes de la vida grupal, sin saber a cuál de ellas pertenecen (Schutz, 1999). Es así como la adaptación del recién llegado, es un proceso de indagación de la pauta cultural del grupo abordado, donde si el forastero se llega a adaptar pasa a vivir una manera de vida incuestionable (propia), pero entonces, como señala el autor, el forastero ya no será forastero.

Género y Migración

Para abordar el fenómeno migratorio, es necesario también entender que la teorización sobre las migraciones ha estado centrada en la perspectiva masculina, donde se estudia al hombre como sujeto migrante y a la mujer como su acompañante. Muy por el contrario, las corrientes femeninas de carácter económico siempre han existido y constituyen un elemento fundamental para el estudio contemporáneo de las migraciones (Parella, 2003).

Este enfoque empezó a surgir desde los años '80, debido al incremento cuantitativo de mujeres en los flujos migratorios. Previamente, la teoría neoclásica había estudiado la migración femenina como un reducto marginal dentro de los movimientos migratorios, y por esto mismo, como un espejo de la migración masculina (Parella, 2003). Vemos entonces que de la misma forma en que la migración refleja las desigualdades económicas que existen entre las diversas regiones del planeta, la composición y los patrones de estos flujos ponen también en relieve las desigualdades de género, que determinan las dinámicas migratorias (Mora, 2008).

Una de las mujeres que teoriza al respecto, es Saskia Sassen (2006), que analiza a la migración femenina en un contexto de interrelación entre la existencia de un sobrante de mano de obra en los países de la periferia, sumado a la demanda desde los países del centro de mano de obra femenina. En América Latina, uno de los principales nichos laborales donde se sitúa la mano de obra femenina es en los servicios y trabajo doméstico. En relación a esto último, Stefoni (2002) señala que en la región, el trabajo doméstico proviene de tiempos coloniales, y que ha sobrevivido a distintas transformaciones económicas y sociales.

El género constituye la experiencia migratoria en un sentido amplio: en primer lugar, la decisión de cuándo, cómo y dónde emigrar está influenciada tanto por la edad de los integrantes como por las funciones que a este se le asocian, relacionando entonces directamente la asignación de recursos, la contribución a la mantención de la familia y la distancia a recorrer al género del miembro del grupo familiar que está destinado a migrar (Pessar & Mahler, 2001; citado en Mora, 2008).

Las redes migratorias contactan a migrantes y no migrantes a través del tiempo y el espacio, siendo fundamentales en el proceso migratorio e incorporadas al análisis de este fenómeno desde una perspectiva de género. Gran parte de estos estudios protagonizan estas redes solo con sujetos masculinos, siendo que la propia división del trabajo, tanto en la sociedad de origen como en la de destino, condiciona la formación de estas redes migratorias (Boyd, 1989, citado en Parella, 2003). Es a través de redes de parientes, amigos y connacionales

que estas mujeres encuentran oportunidades laborales, a través de contactos y recomendaciones, lo que con el tiempo se va consolidando en la formación de nichos laborales de migrantes, reproduciendo su segregación en ciertos tipos de empleos (Mora, 2008).

Es así como surge lo que Faist (2001) entiende como una *comunidad transnacional*, impulsada por las dificultades de integración de los migrantes en la sociedad de llegada, y donde los patrones de interacción entre migrantes, y ellos con su país de origen, devienen en densos lazos comunitarios (citado en Mora, 2008). La comunidad y estas redes migratorias, generan una identificación con el otro a partir de sus experiencias comunes de exclusión, donde la red opera como refugio ante experiencias de discriminación, pero también como apoyo y contactos para conseguir fuentes laborales (Logan, 2002; citado en Mora, 2008).

Por otro lado, se incluye al grupo doméstico⁵ como unidad de análisis, donde la migración se muestra como estrategia de mantenimiento y reproducción de estos y deja de analizarse en el plano de las decisiones individuales (Parella, 2003). Es así, como la división sexual del trabajo dentro de estos grupos domésticos va a determinar quién es él/la que migra y quién permanece en el hogar. Es así, como esta unidad permite integrar la perspectiva micro y macro, abordando la esfera de la reproducción (igual de necesarias para comprender la migración femenina que las oportunidades laborales) e integrando además las relaciones de poder dentro del grupo doméstico.

Gracias a la inclusión de estos conceptos, no solo se reconoce las diferencias de género en los procesos migratorios a partir de la segregación sexual del trabajo; sino que también se aproxima a las jerarquías de poder (según sexo, edad, etc.) y a las distintas expectativas socioculturales que se dan dentro de los hogares (Parella, 2003). Así surge uno de los enfoques que ha utilizado la teoría feminista, que es el de interseccionalidad, donde se sugiere la importancia de considerar en forma simultánea el género, la etnicidad, la raza, la clase social y el origen, entre otros factores, para estudiar las experiencias migratorias (Anthias, 2006; citado en Padilla, 2014).

La lectura e interpretaciones de las migraciones a partir de un enfoque de género nos permite visibilizar la implicancia de este en la forma que determina y restringe la movilidad laboral de los migrantes intrarregionales, reflejada en que los patrones migratorios sur-sur se caracterizan por la circularidad de sus flujos⁶ (Mora, 2008). Esto, expresa la capacidad y patrón de retorno de las olas migrantes, donde se explica por las responsabilidades familiares de las inmigrantes que las obliga a regresar cotidianamente a sus países de origen, siendo esto también un factor fundamental para tomar la decisión del establecimiento definitivo en los países de destino (Mora, 2008).

⁵ Entendido como "(...) grupo de personas que aseguran su mantenimiento y reproducción mediante la generación y disposición de un ingreso colectivo" (Dinerman, 1978; citado en Parella, 2003, p.98)

⁶ Para Mora (2008), la circularidad migratoria es entendida como producto de la cercanía geográfica y el acceso fronterizo relativamente fluido, y como marcada por responsabilidades familiares.

Podemos ver además cómo se conforman las cadenas de cuidado, sobre todo en aquellas mujeres que son madres, que hacen del género un pilar de análisis en la interpretación y articulación del fenómeno migratorio, ya que la permanencia de los hijos e hijas en los países de origen (experiencia que representa a la mayoría de las inmigrantes), implica que a pesar de que las mujeres pasan a ser en muchos casos el sustento económico de la familia, también deban atender y dejar a cargo de otras mujeres (abuelas, tías, hermanas) las responsabilidades de cuidado y el vínculo afectivo que establecen con sus hijos (Mora, 2008).

Las mujeres migrantes no constituyen un excedente de mano de obra dentro de la economía doméstica, sino que las redes sociales son las que posibilitan la movilidad de la mujer fuera de su grupo doméstico, donde el trabajo reproductivo de estas mujeres está siendo reemplazado por el de otras mujeres (Gregorio Gil, 1998).

Teoría de Género: cómo entender lo masculino/femenino

Dentro de esta investigación, se utilizará esta línea teórica para comprender de mejor manera los imaginarios de género que circulan en nuestras entrevistadas provenientes del Valle del Cauca. La teoría de género empieza a deconstruir aquellas explicaciones naturalistas sobre el sexo y la sexualidad, pues estas asumen que el significado de la existencia social de las mujeres se puede derivar de su fisiología (Butler, 1990).

Uno de los pilares fundamentales de esta teoría radica en la discusión sobre la diferenciación de sexo y género. Simone de Beauvoir (1981), señala que la mujer, y por extensión cualquier género, es una situación histórica antes que un hecho natural. Marcela Lagarde (2005) por su lado, distingue al sexo como el conjunto de características físicas, genotípicas y fenotípicas diferenciales, definidas básicamente por sus funciones biológicas y reproductivas; mientras que el género referiría al conjunto de cualidades económicas, sociales, psicológicas, políticas y culturales atribuidas a los sexos, las cuales, a través de procesos sociales y culturales, constituyen a los particulares y a los grupos sociales. Estas, según Joan Scott (citada en Lamas, 1995), implicarían además una forma primaria de relaciones significantes de poder.

Judith Butler, desde la fenomenología, señala que el género no es de ninguna manera una identidad estable. Esta autora define al género más bien como una identidad débilmente constituida en el tiempo, que se instituye a través de la repetición de actos, siendo la identidad de género un resultado performativo de estos (Butler, 1990).

Es así como los significados atribuidos a cada sexo varían de acuerdo a la cultura, la familia, las relaciones interpersonales, y las relaciones grupales y normativas (Fernández, 2000; citado en Aguilar, Valdez, González-Arratia & González, 2013). A partir de esto, surgen los *estereotipos*, como el conjunto de creencias existentes sobre las características que se consideran apropiadas, creando modelos de femineidad y masculinidad.

Los estereotipos generan a su vez roles de género, que se muestran como el conjunto de normas establecidas socialmente para cada sexo. Contienen aquellos papeles, actitudes y valores, asignados socialmente a las mujeres y a los hombres, donde se agrupan todos aquellos aspectos sociales, psicológicos y culturales sobre la femineidad y la masculinidad, y que son producto de un proceso histórico de construcción social (Herrera, 2000). Es así como en las sociedades patriarcales, dentro de las familias se impone un modelo tradicional, ligando al rol materno a todas aquellas actividades relacionadas al trabajo doméstico y de crianza, y mantiene al hombre en un rol periférico y autoritario (Herrera, 2000).

La teoría de género nos permite leer una realidad diversa de identidades y de roles que se presentan de distintas maneras dentro de nuestra sociedad. La mujer dentro de la historia occidental ha cumplido un rol de dependencia y subordinación frente al hombre, pero lo que esta perspectiva busca es desnaturalizar esta visión, pretendiendo romper con esta constante cristalización de la identidad femenina como lo Otro, aquello que se fija como objeto y se consagra a la inmanencia (Beauvoir, 1981).

Las relaciones de género en Latinoamérica y el mundo han estado caracterizadas y permeadas por un pensamiento machista, que como señala Varela (2005), citado en Valencia (2016), es un discurso de la desigualdad. Este, se basa en la creencia de que los hombres son superiores a las mujeres, utilizándose en la práctica para referir a aquellos actos o palabras con las que, de forma ofensiva o vulgar, se muestra el sexismo que subyace en la estructura social. Frente a esto, también surgen prácticas contra-culturales, donde mediante procesos de empoderamiento las mujeres (e individuos) pueden transformar contextos y/o situaciones de vulnerabilidad en posibilidad de acción y auto-poder, revirtiendo así las jerarquías de opresión, y fortaleciendo, además, la capacidad de controlar su propia vida (Valencia, 2016).

I. Maternidades y Paternidades

Para analizar los imaginarios de género, resulta fundamental indagar en los conceptos de maternidad y paternidad, debido que precisamente se va a investigar desde el núcleo familiar las significaciones que se les dan a los miembros de una familia. En general, las parentalidades han tendido a naturalizarse en el imaginario colectivo, donde maternidad y paternidad suelen entenderse como conceptos separados del contexto histórico y cultural, cuyo significado es siempre el mismo (Palomar, 2005).

La parentalidad se ha concebido en función a la división de los roles de los sexos dentro de una familia. Es así como en nuestra cultura, maternidad y paternidad no constituyen equivalentes semánticos, sino que existe una asimetría radical en relación a los significados que se le otorga a cada uno de ellos (Royo, 2011). A la maternidad se la naturaliza, dándole un papel secundario, receptor y nutricional; mientras que la función esencial, activa y creativa de la crianza reside en lo masculino.

Sharon Hays (1996) propone el concepto de maternidad intensiva, donde señala que en el momento histórico actual la maternidad se identifica con la crianza. Este concepto tiene tres aspectos fundamentales: primero, supone que la crianza de los hijos es responsabilidad primordial de la madre individual. Segundo, los métodos de crianza están centrados en el niño y son guiados por expertos. Y tercero, se trata al niño como si estuviera fuera de la valuación de mercado: son sagrados, inocentes y puros, su precio es imposible de medir.

En Latinoamérica ha habido autoras que refieren al concepto de *madre* dentro de la región, como Marcela Lagarde, antropóloga mexicana quien señala que es el poder quien define la condición de las mujeres, obligadas a cumplir con el deber femenino de su grupo de adscripción, concretado en vidas estereotipadas, sin alternativa (Sanhueza, 2005). Para esta autora, la mujer vive el mundo desde su cuerpo, y por lo mismo, el conjunto de las acciones maternas son algo propio de las mujeres, y constituyen un núcleo fundamental de la identidad femenina (Lagarde, 1992; citada en Sanhueza, 2005, p.153). Es así como uno de los cautiverios dentro de su identidad es ser *madresposas*, donde su lugar en el mundo es su casa. Este concepto, refiere a un cautiverio construido a partir de dos características de las mujeres: su sexualidad procreadora, y su relación de dependencia de los otros por medio de la maternidad, la filialidad y la conyugalidad (Lagarde, 2005).

Otra autora que trabaja el tema de la construcción identitaria de las mujeres latinoamericanas es Sonia Montecino. Esta antropóloga, rescata al ícono mariano como eje fundamental en la construcción de identidades genéricas en América Latina y para la reproducción de ciertos valores ligados a lo femenino (Sanhueza, 2005). Es el mito mariano el que resolvería nuestro problema de origen (hijos de una madre india y un padre español), entregándonos una identidad inequívoca de una Madre Común (Montecino, 2007). No se muestra como una entidad sexuada, expresándose un vacío en la figura masculina como padre, ya que se presenta como un gran ausente. Esta se ha sustituido por una figura masculina poderosa y violenta, como el caudillo, o a través del machismo, donde la relación con el mundo femenino se vive como conquista o lucha.

La paternidad por su lado, también se construye como una institución sociocultural que ha ido transformándose a lo largo del tiempo. Desde la época de la industrialización, es que se pasa de la figura de un padre autoritario y productivo dentro del hogar, a una figura que trabaja fuera. A pesar de mantener su autoridad, es atenuada en la medida que el hogar es percibido como el ámbito de la madre (cuidado y mantenimiento de la casa). Al padre se le valora más por su rol de proveedor económico, siendo el encargado del sustento familiar que implica la ausencia del hogar durante gran parte del día, lo que marca una relación distante con su prole (Royo, 2011).

Es así, como tradicionalmente al padre se le ha ubicado dentro de “*la figura de autoridad, de respeto, el que impone la ley, el que sabe o supuestamente sabe, el que protege, el que provee, el que brinda seguridad por su mayor fortaleza*” (Aray, 1992; citado en Arvelo, 2004), donde el componente afectivo dentro de la función paterna ha sido asumido y construido más recientemente.

Hoy en día, es difícil seguir hablando de estos modelos de madre y padre del cual tratan estos autores. Debido al descenso de la fecundidad, la vinculación de la mujer al mercado laboral, el aumento del nivel de estudios y de la secularización de las creencias religiosas que regulaban la vida íntima, entre otros, que empezó a gestarse un cambio de representaciones sociales de padres y madres acerca de su progenie (Puyana & Mosquera, 2005).

Es así como esta maternidad divina, inexorable y parte esencial y natural de la mujer, y la paternidad distante, autoritaria y proveedora, se empiezan a cuestionar y a tomar como una opción frente a la realización personal. La mujer se desempeña así en el ámbito público y privado, puede postergar la maternidad, surgiendo también nuevas formas de definir los roles parentales y de género dentro de la familia (Molina, 2006). Esta Era, parece también ofrecer un nuevo escenario a los esfuerzos de la mujer por superar su situación de inferioridad, y la identidad de madre pierde centralidad y se relativiza frente a otras opciones que aborda la vida.

Imaginario social, grupal e imaginario de género

Para trabajar la perspectiva de género, nos centraremos en el concepto de imaginario social con el fin de entender los significados que socialmente les dan las familias migrantes a los roles de género y a sus transformaciones. Este concepto ha sido principalmente desarrollado por Cornelius Castoriadis (2013, p.12), quien señala que el imaginario al cual se refiere no es imagen *de* [alguna cosa], es creación incesante y esencialmente indeterminada de figuras/formas/imágenes.

Define el imaginario social no como la representación de un objeto o sujeto, sino más bien como *“la incesante y esencialmente indeterminada creación socio-histórica y psíquica de figuras, formas e imágenes que proveen contenidos significativos y lo entretejen en las estructuras simbólicas de la sociedad”* (Alméras, 2001). Esta realidad sería construida, interpretada y leída por cada sujeto, en un momento histórico y social determinado (Erreguerena, 2001).

Es así como cada sujeto produce constantemente estas imágenes y sentidos de realidad, de este modo ejerce su libertad, transformándose y cambiando a su vez el mundo que lo rodea (Erreguerena, 2001). El concepto de imaginario social es tomado y modificado posteriormente por diversos autores desde la sociología, antropología y psicología social, para estudiar estos aspectos “invisibles” de la sociedad que guían la conducta humana. Tal como lo señala Cegarra (2012, p.5), el imaginario social sería una *“(…) matriz de sentido determinado que hegemonícamente se impone como lectura de la vida social”*. A diferencia de la imaginación, que se relaciona a un proceso más individual, el sujeto simplemente “padece” de este imaginario por encima de sus experiencias vitales. Cada época histórica construye o resignifica estos imaginarios, es decir, los sentidos que desea socialmente transmitir.

En este trabajo, tomaremos elementos trabajados por la psicología social, de la cual

Roberto Mañero (2001) hace un breve resumen. Desde esta disciplina, partimos hablando de la idea de imaginarios grupales, de identidades colectivas, donde estos no se pueden reducir a la suma de sus partes, sino que tendrán sus formas específicas de desarrollo, de comportamiento, diferentes a las leyes de los individuos que lo componen. El grupo produce una “imagen”, un discurso sobre sí mismo, discurso que no se encuentra en ninguna parte y que el autor identifica como imaginario, inseparable de lo que Castoriadis llamó como las significaciones sociales imaginarias (Mañero, 2001). Esta capacidad colectiva del imaginario es posible gracias al lenguaje, pues todo su contenido se da en términos de significaciones (el colectivo se da en el lenguaje). Este relato no es algo “objetivo”, sino que va desde las pasiones a los afectos colectivos, que se expresan bajo figuras y producciones imaginarias, presentes en toda forma de vida colectiva, grupal e institucional.

Uno de los autores que desarrolla este tema es Didier Anzieu (1998), quien a partir de la metáfora del cuerpo, señala que el grupo es primero una envoltura mediante la cual los individuos se mantienen juntos. Esta envoltura funciona como una epidermis que tiene una cara externa y una interna; la externa sirve para edificar una barrera protectora frente a el exterior (otros grupos, ya sean aliados, neutros o rivales). Mientras que la cara interna es aquella que *“se constituye dentro del movimiento por el que los individuos proyectan sobre ella sus fantasías, sus imagos, su tónica subjetiva”* (Anzieu, 1998, p.3). El grupo es el lugar de fomento de las imágenes, es allí donde se desarrolla una emoción común que les aporta impresión de unidad. Gracias a esto, establece un estado psíquico trans-individual, que el autor denomina el *sí mismo del grupo*, que es imaginario.

El imaginario grupal se refiere entonces a la designación de las construcciones grupales, que surgen desde la puesta en común de las imágenes interiores y de las angustias de los participantes, de la escenificación de las fantasías, de las emociones, incluyendo la producción de rituales, mitos e ideas. Lo interesante del imaginario sería lo que “des-determina”, lo que utiliza para fomentar libertades y liberaciones (Desroche, s/f; citado en Mañero, 2001). Es aquí donde entra en juego la idea planteada por Castoriadis (2013) de **imaginario radical**, como aquella capacidad individual primaria de imaginar, como un magma inagotable de representaciones en los individuos, y de significaciones en los colectivos (Castoriadis, 2013; citado en Mañero, 2001). A pesar de que lo social resulta ser lo precedente al imaginario radical, el sujeto también tiene lugar en la creación, desbordando lo preexistente, lo unidireccional y lo previsto mediante su propia capacidad de hacer emerger nuevos significantes, nuevas relaciones entre estos y los significados, junto a nuevas formas de apropiación de los espacios simbólicos (Hurtado, 2004). Serían entonces los imaginarios unos constructos de sentido para articular la imaginación a los diferentes ámbitos de la vida social, construyendo nuevas formas de vivir. De esta manera, el actuar y el devenir humano, las relaciones que establece y las decisiones que toma, están estrechamente ligadas a los imaginarios sociales.

Finalmente, **imaginario de género** nos referimos a aquellos sentidos que un grupo le atribuye a los conceptos de hombre y de mujer, por el hecho de ser específicos a cada sociedad, más allá de sus anatomías y definiciones biológicas (Alméras, 2001). Las prácticas que se dan en un grupo reflejan también las significaciones imaginarias que

circulan en el sistema social que le da lugar, y en este sentido, la categoría de imaginario nos va a servir para acceder a los significados de género que circulan (y circularon) socialmente, tanto los más tradicionales como los transgresores (Ulloa & Quaresma da Silva, 2010). La dimensión de género en el imaginario nos va a ayudar a comprender “*cómo las prácticas que acontecen en las instituciones [y en los grupos] pueden reflejar con mayor o menor fuerza significados, símbolos y estereotipos sobre el ser mujer/hombre*” (Ulloa & Quaresma da Silva, 2010, p.3).

Los roles de género pertenecerían a una sociedad en un tiempo histórico y en un lugar determinado. La subjetividad femenina y masculina se va a construir a partir de la relación entre la autoimagen de sí en función de las expectativas sociales asociadas a cada género, donde las diferencias sexuales suponen un modo de ser y hacer, en un proceso de igualación y diferenciación con los otros (Ulloa & Quaresma da Silva, 2010). En el fenómeno migratorio, al trasladarse las personas, estas llevan consigo sus imaginarios o imágenes de familia a sociedades que le son ajenas. Por lo mismo, este concepto nos será útil para ver el grado de transformaciones y disonancias a nivel cultural que tienen nuestras entrevistadas al momento de establecerse en Chile, y cómo la cultura local se ha permeado en sus representaciones cotidianas.

Marco Metodológico

Esta investigación se guio bajo el enfoque cualitativo. Este se caracteriza por tratar de alcanzar la estructura de la observación del otro, moviéndose “*en el orden de los significados y sus reglas de significación: los códigos y los documentos, o significaciones*” (Canales, 2006, p.20). Así se conoce o se representa a la sociedad como códigos que regulan la significación, que circulan o se comparten en redes intersubjetivas. Como lo señala Canales (2006), la realidad se ordena desde dentro: de esta manera el trabajo de los investigadores es un intento de “comprensión del otro”, intentando descifrar su orden interno en un espacio subjetivo-comunitario.

Tal como lo señala García Canclini (2004), se tratará de prestar atención en las mezclas y los malentendidos que vinculan a los grupos. Y para entenderlos, hay que describir cómo se apropian de y reinterpretan los productos materiales y simbólicos ajenos. En este sentido, lo que se busca en esta investigación es poner énfasis en el choque cultural entre la sociedad chilena y las nuevas habitantes vallecaucanas, desde la perspectiva femenina y maternal.

Otro elemento importante en cuanto a esta investigación es que esta será de tipo analítico descriptiva, en tanto busca indagar en las propiedades características de personas, grupos, comunidades o cualquier otro fenómeno que sea sometido a análisis (Dankhe, 1986; citado en Hernández, Fernández & Baptista, 1997). Se pretende indagar en las narrativas en torno a los imaginarios de género en sus lugares de origen, y el cambio que estos han tenido dentro de su proceso migratorio, por lo que se acudirán a técnicas específicas de recolección de información, principalmente relatos de vida, donde se recurrió a elementos gráficos (principalmente fotografías) para promover la profundidad de los relatos relacionados a su infancia.

Técnicas Cualitativas

Las técnicas cualitativas utilizadas para este propósito consistieron principalmente en relatos de vida, revisión de fotografías y observaciones en terreno. Es así como se realizaron once relatos de vida a madres provenientes del Valle del Cauca, que estuviesen viviendo con sus hijos e hijas en la ciudad de Santiago, para ahondar en un comienzo en los roles de género asociados a su vida familiar.

1. Relato de vida

El relato de vida es una entrevista que busca conocer lo social a través de lo individual. Se sustenta en la experiencia biográfica del individuo, pero este no tiene que ser una persona particular, sino que basta con que pertenezca a la comunidad a la cual se está estudiando.

No se pretende que sea exhaustivo, sino que se centra en algún momento o aspecto de la vida, donde es a través de lo biográfico que se pueden llegar a conocer los significados y contextos de significados de lo individual, en tanto es parte de lo social; y también a indagar estructuras o normas sociales (Díaz, 1999). Esta técnica busca adentrarse lo más posible en el conocimiento de la vida de las personas, en su relato, para captar procesos y formas en que los individuos perciben el significado de su vida social (Pérez, 2000; citado en Charriéz, 2012).

Producido este relato, Díaz (1999) señala que el análisis del método biográfico nos puede llevar a: 1) presentar las acciones con lujo de detalle, como una parte etnográfica y como base para la interpretación; 2) encontrar los códigos socioculturales de esos hechos; y 3) interpretarlos en relación con la teoría. Esta técnica biográfica permitió tener un entendimiento histórico de las relaciones de género que habían experimentado y significado estas mujeres, y estuvo centrado principalmente en indagar sobre la conceptualización de lo femenino/masculino en las sociedades de origen y de acogida.

2. Revisión de fotografías

Para complementar las entrevistas anteriores, se recurrió a fotografías que estas mujeres guardaban de sus padres y de su vida en el Valle del Cauca, Colombia. Esto sirvió para complementar los diversos discursos, guiándolos no sólo a través de preguntas sino que refiriendo a imágenes que evocaban significaciones de los roles parentales que vivieron en su país.

Esto funcionó como técnica proyectiva de estas mujeres, para capturar de manera indirecta la memoria de años atrás. Es así como vieron en las fotografías vivencias y significados que tenían que ver con su propia historia, y las pudieron contrastar con momentos actuales, donde se evidenciaron aquellos elementos relacionados al imaginario de género que han perdurado en el tiempo, mientras que a la vez también mencionaban aquellos cambios o diferencias que tenían con la sociedad chilena.

Por último, destacar que la mayoría de estos soportes visuales estaban anclados en la tecnología digital, donde Facebook funcionaba como un gran álbum de recuerdos para estas mujeres, que en su gran mayoría no traían en papel las imágenes de sus amigos y familiares que se quedaron en Colombia.

Selección de la Muestra

El contacto con las entrevistadas se desarrolló a manera de “bola de nieve”, técnica de muestreo donde a partir de tres contactos iniciales se pudieron contactar a las demás entrevistadas. Las entrevistas se realizaron en su mayoría en los hogares de estas mujeres,

pero también a algunas en lugares públicos y/o en su lugar de trabajo, realizando de este modo también una observación etnográfica, donde se pudo constatar las condiciones actuales en que viven o se desarrollan laboralmente. En la siguiente tabla, se realizó un resumen de los datos de identificación de las entrevistadas:

Tabla 1. Presentación de Entrevistadas

Nombre	Edad y Estado civil	Lugar de origen	Hijos e hijas	Tiempo en Chile
Diana	20 años Conviviente	Cali	1 (0 años)	3 años
Claudia	34 años Casada	Tuluá	2 (8 y 10 años)	4 años
Julieth	24 años Soltera	Cali	1 (8 años)	4 años
Carolina	32 años Casada	Cali	2 (9 y 5 años)	4 años
Lorena	25 años Casada	Cali	1 (7 años)	4 años
María	33 años Conviviente	Cali	2 (15 y 17 años)	3 años
María	+/- 27 años Casada	Palmira	1 (3 años)	7 años
Milena	50 años Soltera	Tuluá	3 hijos, vive solo con el menor (17 años)	5 años
Viviana	+/- 45 años Conviviente	Cali	2 (24 y 15 años)	1 año
Viviana	32 años Soltera	Buenaventura	2 (17 y 19 años)	3 años
Juliana	35 años Soltera	Cali	1 (6 años)	7 años

Para guardar el anonimato, se utilizó para la identificación de estas mujeres solo su nombre de pila junto a su lugar de procedencia, ya que muchos de sus nombres se repetían. Por otro lado, para elegir las se discriminó principalmente por el lugar de origen y de destino (del Departamento del Valle del Cauca a la ciudad de Santiago de Chile), más no así por edad o ciudad de procedencia. Por otro lado, también fue un factor determinante para su elección el hecho de que estuviesen viviendo aquí con sus hijos e hijas, debido a que en este caso, la maternidad resulta ser uno de los focos que se tomaron para estudiar los imaginarios de género.

Técnica de Análisis

Por último, para el análisis de datos se utilizó principalmente el análisis de discurso. Es en el discurso donde surgen las significaciones y representaciones de la vida social y colectiva, tanto de manera individual como a nivel grupal, donde las conversaciones se convierten en foco principal cuando estas son concebidas como una producción colectiva de sentido (Valles, 2003).

Para esto, en una primera instancia se realizó una codificación de información cualitativa en el programa de análisis de datos NVivo 8, que contuvo sintéticamente aquellos elementos clave, de las once entrevistas, que se utilizarían posteriormente para el análisis. Después con esa información recabada, se hizo un documento personalizado de cada entrevistada, codificando la información a partir de conceptos clave, como las significaciones y experiencias de género en torno a su lugar de origen, en contraposición de aquellos nuevos significados que han emergido en su experiencia migratoria.

Es así como a partir de un trabajo exhaustivo en cuanto al análisis de los datos, permitió ahondar en los discursos, significaciones y prácticas abordadas por estas mujeres, relativas al imaginario que se tiene respecto de las figuras femeninas y masculinas dentro de la sociedad vallecaucana. Se tomó en cuenta aquellos aspectos que resultan comunes dentro de las diversas entrevistas, que evidenciaban un entendimiento cultural de roles y expectativas en relación a las figuras masculinas y femeninas; pero también se logró resaltar aquellas singularidades que dan cuenta de una sociedad compuesta por múltiples realidades sociales y culturales.

Toda esta información se puede observar con detalle en el Anexo 1, donde se exponen las tablas sintéticas de resultados de las presentes entrevistas.

Síntesis de Resultados

En la siguiente tabla, se expondrán los principales resultados relacionados a los cambios y continuidades de roles de género, observados en los diversos discursos de nuestras entrevistadas. Gracias a estos ejercicios sintéticos, se podrá entender el posterior análisis de esta investigación, donde a partir de datos discursivos pudimos hacer una lectura parcial del fenómeno migratorio, relacionada a los cambios y continuidades que se producen en el imaginario de género de mujeres provenientes del Valle del Cauca, Colombia⁷.

Tabla 2. Cambios y continuidades en los roles e imaginarios de género		
Nombre	Lugar de Origen. Valle del Cauca	Santiago de Chile
DIANA Cali	<p>El trabajo reproductivo, dentro del hogar, lo hacía su madre: mujer dura y violenta con su hija, a quién le exigía ser parte de las labores domésticas. Cuando su madre hace abandono del hogar, Diana se hizo cargo de las labores de este (a los 17 años).</p> <p>En un inicio, la figura de autoridad dentro de su casa era su madre, a ella se le consultaban las decisiones a pesar de que el padre fuese el proveedor. Luego, al abandonar el hogar, esta figura no se desplaza a Diana sino que al padre, quien toma el mando dentro y fuera de la casa, eso sí que con dinámicas más colaborativas.</p>	<p>Roles cambian parcialmente en la familia de Diana. A pesar de que los hombres empiezan a formar también parte de la crianza y empiezan a ayudar en las labores del hogar, al final del día siempre va a ser una mujer la que cuida a su hijo, ya sea Diana o una niñera. Las figuras masculinas se asocian al concepto de “ayuda”, y no de labor dentro del hogar.</p>
CLAUDIA Tuluá	<p>Criada bajo un paradigma altamente machista por sus abuelos, fue obligada a trabajar desde pequeña dentro y fuera de su hogar. En su casa, los hombres son los que reciben estímulos/educación, mientras que las mujeres se dedican a servir.</p> <p>Desde ese entonces ha mostrado rebeldía frente a estas imposiciones de género, cambiando desde antes aquellas relaciones impuestas, acompañada siempre de su actual pareja y padre de sus hijos.</p>	<p>Roles cambian de acuerdo a las necesidades de esta familia, por un lado el esposo en un principio tiene que hacerse cargo de la crianza de sus hijos en Colombia (ayudado de su madre); cuando ya ocurre la reunificación familiar, los hijos también deben adquirir nuevos roles, como hacerse cargo de la limpieza del hogar. Todos trabajan en ese sentido, Claudia no se lleva toda la carga en el hogar. Esposo cocina, entre todos limpian, hijo mayor ayuda en la crianza del menor.</p>
JULIETH Cali	<p>Roles muy conservadores, tradicionales. Abuela es la matriarca de la familia, abuelo tiene doble familia, es machista, maltratador. Las figuras femeninas son muy poderosas, pero siempre desde el conservadurismo, es decir, a pesar de tener un mandato sobre su casa, está esa concepción de que una mujer tiene que estar adentro cuidando, reproduciendo, mientras el hombre afuera provee.</p>	<p>Cambio de paradigma: ya no hay un destino inherente, se le abren las posibilidades de ser mujer. Pero es una mujer acorde al mercado: en cuanto a su desarrollo laboral, tomar decisiones monetarias, donde el hombre no tiene el poder y la palabra, sino que hay un diálogo y consenso dentro del hogar. No hay libertad en el sentido del tiempo (largas jornadas laborales), provocando nostalgia de la vida familiar, donde las redes de apoyo eran mucho más amplias.</p>

⁷ Si se quiere entrar en mayor profundidad y/o detalle, se podrá consultar las tablas del Anexo 1, donde se resumieron detalladamente los resultados de cada entrevista, separados en tres momentos del movimiento migratorio: (1) Roles y significaciones de género en el lugar de origen; (2) Adaptación y primeros momentos en Chile; (3) Choque cultural e imaginarios de género.

	<p>No hay figuras masculinas durante su niñez, pues el padre se separó de su madre, y a pesar de cumplir económicamente, siempre estuvo ausente. En cambio la madre, ejemplo femenino de esta protagonista, la ve como una mujer luchadora, trabajadora, aguerrida. A pesar de eso, están en una sociedad donde ser madre soltera le pegó duro, donde emparejarse con otros hombres estuvo lleno de prejuicios, donde se refiere a ella misma principalmente como madre, sin victimizarse pero sin tomar protagonismo finalmente de su propia historia.</p> <p>Acostumbrada a trabajar desde pequeña, y acorde a su maternidad adolescente, Julieth tenía esta cuádruple tarea: estudiar, trabajar, criar y hacer las labores del hogar. En esto buscaba apoyo en las mujeres de su casa.</p>	<p>Julieth y Viviana (hija y madre) trabajaban fuera del hogar, la primera de secretaria y la segunda de garzona. Al no disponer de mucho tiempo libre, para sostener la casa era necesario que todos los integrantes se involucraran en esta labor, cuestión que pude comprobar empíricamente en el trabajo de campo (padrastró cocinaba e iba por la mercadería al supermercado, madre y Julieth se apoyaban mutuamente, siendo la primera la mayor figura de autoridad dentro de su hogar).</p>
CAROLINA Cali	<p>Familia de clase media alta: padres juntos, roles tradicionales. Madre se encarga del mundo privado/reproductivo; padre trabaja pero ayuda en el hogar, cosa que lo relaciona biográficamente a su condición de huérfano (pero que "<i>no es normal en Colombia</i>").</p> <p>Lo masculino está afuera, no se mete dentro del hogar, tiene una relación más interesada con sus hijos (a través del dinero), es la autoridad.</p> <p>Lo femenino se encarga de las decisiones dentro del hogar; es más cuidadosa, frágil.</p>	<p>No hay cambios, sino que todo lo contrario, se da el proceso inverso: Carolina pierde la libertad que había logrado con su trabajo en Colombia, libertad de tiempo y de consumo, para dedicarse a tiempo completo a las labores del hogar; hay una cierta nostalgia de aquellos tiempos donde podía elegir qué hacer sin pedirle recursos a su esposo.</p>
LORENA Cali	<p>Criada por una madre soltera junto a sus abuelos, Lorena ya conoce todo lo que significa que la madre sea la jefa y proveedora del hogar. A pesar de tener marcadas igualmente ciertas tendencias conservadoras, como las del matrimonio, la iglesia y la pareja única, su vida la llevó por un camino bien distinto, teniendo que ingeniárselas sola con su hijo ayudada por su madre y por sus abuelos. Reconoce a otras regiones del país como machistas, más el Valle estaría fuera de eso.</p>	<p>Rol equitativo dentro del hogar entre la pareja: ambos trabajan, ambos se ocupan de la crianza del niño, ambos se encargan en los quehaceres del hogar.</p> <p>Migración = Independencia. Para Lorena este paso fue decisivo en su vida, pues salió de la casa de sus padres debido a una búsqueda de oportunidades para lograr darse un mejor pasar a ella y a su hijo.</p> <p>Es así como empieza a adquirir valores liberales, como el del trabajo (que lo relaciona con la realidad de las mujeres chilenas), teniendo que adaptarse gustosamente a esta realidad. Lo femenino todavía se liga a la maternidad, pero ya no exclusiva, sino que acompañada de una realización laboral y proveeduría en el hogar. Entonces las tareas de la casa las comparte con su esposo, ya que los dos tienen la misma carga en el trabajo y por tanto deben cooperar lo mismo en el hogar.</p>
MARÍA. Cali	<p>Roles de género más tradicionales dentro de su hogar. Vivió en distintas casas teniendo una alta movilidad residencial junto a varias figuras maternas y paternas (su madre, su abuela, tío, pareja de este, entre otras). Una vez que se emparejó y tuvo a sus hijas, no trabajaba remuneradamente, se dedicaba por completo a las labores reproductivas del hogar.</p>	<p>Es una de las entrevistadas que evidencia más cambios en torno a los imaginarios de género y a su migración:</p> <p>Señala que en Colombia las mujeres están pendientes del marido, en su casa esperando para atenderlos. Con el trabajo, en Chile abren su mentalidad, debido al tiempo que ambos tienen para dedicarle a la casa (ella</p>

		<p>ve esa transformación, ese cambio). Hijas le reprochan su ausencia, la falta de hogar (cambio en su concepción, en lo que significa la familia en desmedro del trabajo).</p> <p>Hombres ya participan en las labores del hogar: su pareja cocina, va a La Vega a comprar, ayuda en la crianza de sus hijas, ya que ella no tiene tiempo; pero es alcahueta, no tiene autoridad dentro de su casa.</p>
MARÍA Palmira	<p>Dentro de su hogar, las mujeres son las que mantienen el poder. Se cría con madre, abuela y abuelo, donde la matriarca es la que pone el orden y puede hacer el uso de la violencia en términos de crianza.</p>	<p>Se mantienen roles tradicionales, lo que cambia finalmente es el género de la autoridad dentro del hogar, ya que en su infancia es la madre y la abuela (siendo el abuelo una figura de contención); y ahora en su hogar es su pareja masculina.</p> <p>Mujer es la que se encarga de mantener el hogar, de criar, de velar por su hija. Pareja/padre se encarga de proveer, y de "ayudar" cuando ella trabaje (que en la práctica, igual lo conduce a realizar más labores de las que haría normalmente).</p> <p>Ser una buena mujer lo relaciona a los quehaceres del hogar, a trabajar, compartir los gastos. Por el contrario, una mala mujer se relacionaría a seguir al marido, celarlo.</p>
MILENA Tuluá	<p>En relación a su familia nuclear, ve a su madre como mujer proveedora con cierto liderazgo; mientras que el padre mantiene el poder y la violencia dentro de su crianza. Factor de razas: madre blanca, dueña de finca y terrenos familiares; padre trabajador, negro y campesino.</p> <p>Familia Milena: reproducción de roles tradicionales, donde esposo es proveedor y administrador del dinero del hogar (a pesar de que ella también trabajaba). Ella, ya en una situación más acomodada, se encargaba de su hogar mediante la contratación de una asesora del hogar, quien también veía la crianza de sus hijos.</p>	<p>El movimiento migratorio cambia totalmente su vida. En Chile, se separa de su marido (violencia machista), haciendo consciente su posición sumisa en el pasado. Se siente liberada.</p> <p>Milena es padre y madre a la vez, cumple el rol de proveedora de su hogar y también de reproducción del mismo.</p> <p>Su hijo la ayuda a veces a ordenar, siendo esa la forma principal de comunicarse.</p>
VIVIANA Cali	<p>Roles de género tradicionales, dentro de su hogar su padre era machista y borracho; madre los sacó adelante a base de una crianza muy estricta (pelas, horarios, restricciones).</p> <p>Viviana fue madre muy joven, por lo que se tuvo que ir de su hogar para criar sola a su hija. Ella considera que los hombres en Colombia son muy machistas, tomaban decisiones importantes sin siquiera contarle, donde el ejemplo más evidente es con el padre de Julieth, quien se va a España de improviso, llamándola para avisarle desde el otro continente.</p>	<p>Crianza y autoridad dentro del hogar la mantiene Viviana, pero eso no se interpreta en que tenga que hacer todas las labores dentro de este, sino que muy por el contrario, se reparten equitativamente los trabajos domésticos.</p> <p>En este sentido hay un cambio en el imaginario: las nuevas concepciones de género implican el trabajo productivo y reproductivo de todos dentro del hogar, no así el poder y la jerarquía.</p>
VIVIANA Buenaventura	<p>Figura paterna muy violenta, empleaba todo el poder que le otorga una sociedad machista golpeando físicamente a su madre y abusando sexualmente de ella. Desde pequeña tuvo que tomar medidas violentas, golpeando y expulsando a su padre del hogar.</p>	<p>Crianza, autoridad, proveeduría la tiene Viviana, es padre y madre dentro de su hogar. Pero eso no significa que se lleve todo el peso de las labores cotidianas, sino que sus hijos también aportan ordenando, cocinando, lavando, etc.</p>

	<p>A los 13 años se convierte en madre, sufriendo excesivas violencias por parte de su pareja (no podía salir del hogar sin su permiso, ni usar métodos anticonceptivos, pues "las mujeres sirven para procrear"). Es así como desde adolescente, tuvo que hacerse cargo de todas las labores del hogar, siendo su esposo el proveedor económico de este (se dedicaba al trabajo en su finca).</p>	<p>No quiere integrar hombres nuevos a su vida, ya que teme que interfieran en sus decisiones y en la crianza de sus hijos.</p>
<p>JULIANA Cali</p>	<p>Los roles de género dentro de su hogar eran conservadores, donde el padre a pesar de trabajar desfalcaba el dinero en alcohol, amantes, prestamistas, mientras que en su casa pasaban hambre.</p> <p>Su madre entonces tiene que trabajar remuneradamente para sustentar las deudas de su esposo, haciéndose cargo además de las tareas domésticas y crianza dentro del hogar.</p> <p>La imagen materna es vista como ejemplo de sumisión frente a la figura paterna, donde le aguanta todo, incluso llegando a descuidar de sus hijos.</p> <p>Lo masculino se interpreta como mujeriego, irresponsable, producido por imagen del padre y de su ex pareja.</p>	<p>Ahora está viviendo sola con su hijo, por lo que en la cotidianidad ella es la que maneja todo dentro de la casa. Por mandato legal, el padre le pasa dinero (pensión alimenticia), y cuida a su hijo una vez a la semana.</p> <p>Los hombres en su vida siguen siendo una carga tanto dentro como fuera del hogar, su expareja le dificulta el retorno a Colombia y solo a través de tribunales fue capaz de darle un sustento económico. Por esto mismo, la mayoría de su tiempo tiene que dedicarlo al trabajo.</p>

Capítulo 1: Marianismo y sumisión / Machismo y ausencia: imaginarios de género en el Valle del Cauca

Femineidades y masculinidades nacidas en el Valle del Cauca

Las mujeres entrevistadas en este trabajo, a pesar de provenir de diversas ciudades, de distintas realidades económicas, sociales y culturales, y de experimentar diferentes tipos de violencias, pertenecen a una misma región (o distrito) en Colombia: el Valle del Cauca. Esta zona de Colombia presenta dentro de los discursos dos realidades que contrastan: por un lado, se resalta la riqueza en su diversidad cultural, sobre todo de aquellas mujeres provenientes de la capital, que recuerdan emotivamente su lugar de origen: fiestas tradicionales o ferias, relacionadas al calendario católico (como aquellas particularidades locales de las celebraciones navideñas), y principalmente aquellas ligadas al cuerpo, pues Cali como muchas nombran es “la capital de la salsa” o “la sucursal del cielo”. Por otro lado, y esto resulta transversal no solo a los discursos, sino que también a la imagen (e imaginario) que se tiene sobre el Valle del Cauca, es que se ha desarrollado como escenario para la reproducción de diferentes tipos de violencias: desde familias enteras siendo desplazadas o viviendo en “zonas rojas” (afectadas por la guerrilla), crímenes, vicios y economías ligadas al narcotráfico (sobre todo en la zona de Buenaventura), junto con la violencia doméstica y de género, en que a mediados del 2017 ya superaban los 100 feminicidios ocurridos en el año, donde cerca de la mitad ocurrieron en la ciudad de Cali (EL TIEMPO, 2017).

Es en este escenario donde se van conformando los diversos tipos de identidades: por un lado, van siendo permeadas por aquellas violencias estructurales y cotidianas recién mencionadas, que repetidamente se mencionan en algunos discursos, pero también sus historias están llenas de sublimaciones en cuanto a la comunidad, la familia y la relación con el entorno (ya sea urbano o rural), generando recuerdos ideales de aquella sociedad de origen. Es así, que como a partir de los relatos de vida de estas once mujeres, podremos indagar en algunas de las concepciones imaginadas que tenían antes de migrar sobre lo masculino y lo femenino, tomando en consideración aquellas diferencias estructurales (socioeconómicas, culturales), junto con aquellas temporales/generacionales (imaginarios en torno a la figura paterna y materna, pertenecientes a “otra generación”), además de las experiencias de vida que por un lado las diferencian los relatos, pero que también generan un entendimiento en común (imaginario) en cuanto a los roles y significaciones de género.

En este apartado intentaremos indagar en lo que Schutz (1999) reconocería como las “pautas culturales de la vida grupal” referentes a las relaciones e imaginarios de género, como aquellas actitudes, pensamientos y valoraciones que tienen mis entrevistadas frente al género masculino y femenino en sus lugares de origen.

1. Figura materna y paterna en relación al imaginario de género.

Uno de los primeros acercamientos a lo masculino y a lo femenino en los discursos de estas mujeres refiere a las percepciones que tuvieron sobre sus figuras parentales: ya sea en torno a las madres, padres, abuelos o abuelas, encargadas de su crianza, es que van ahondando sobre los roles de género, sobre lo que consideran que son sus deberes, y también referente a la distinción que tienen los hombres y las mujeres dentro del hogar, y en la sociedad.

A pesar de que estas mujeres viven realidades muy diversas: ya sea en Cali, la capital del Valle, o Buenaventura como uno de los puertos de mayor importancia a nivel continental, algunas pertenecientes a sectores más rurales como lo serían los alrededores de Palmira, otras en pueblos más pequeños y pertenecientes a la zona roja de la guerrilla como Florida, con diversas realidades socioeconómicas y culturales, y con diferentes expectativas y experiencias de vida; hay elementos dentro de las figuras parentales que resultan ser transversales en los discursos, y que develan a su vez los imaginarios (y prácticas) de género de aquellas generaciones precedentes a la suya, pero que las afectaron directamente en la conformación de sus prácticas e identidades, incluso hasta después de la migración de sus lugares de origen.

En términos generales, las figuras parentales están muy asociadas a los roles conservadores de la sociedad, donde en los casos de familias bi-parentales es el hombre el que provee de recursos financieros al hogar, teniendo a su vez el rol de mando (la palabra) dentro del hogar, mientras la madre se asociaba con una figura contenedora, con un gran poder de decisión y voluntad dentro de su casa, pero subordinada a la autoridad masculina. Pero dentro de estos discursos se muestran realidades diferentes: en dos de nuestros casos (María de Palmira y Lorena de Cali), se representan también aquellas familias monoparentales, con figuras paternas ausentes reemplazadas por la figura del abuelo materno, donde la madre adquiere un rol preponderante dentro del hogar debido a que cumple la función proveedora y reproductora de este; o de madres separadas (como el caso de Julieth, Cali) donde la figura paterna se redujo simplemente al apoyo económico, insuficiente para mantener por sí solo el hogar, y donde su madre, a pesar de no ser la única figura presente, tiene que asumir también ambos roles. Es así, como se configura un primer imaginario en cuando a los roles, funciones y significaciones de género, asociados a la figura de: “la madre” y “el padre”.

De esta manera, podemos resumir los resultados de estas entrevistas, en torno a los imaginarios de género relacionado a las parentalidades en la Tabla 3, donde posteriormente veremos las particularidades que tienen madres y padres en los relatos de su infancia:

Tabla 3. Imaginarios de género en torno a las parentalidades

Figura Materna /femineidades	Figura Paterna/masculinidades
Madre "sagrada", incuestionable	Padre fuerte, proveedor
A pesar de que muchas trabajan, su imagen se relaciona principalmente a la reproducción del hogar y a la crianza/cuidado de sus hijos.	Es el que trae los recursos monetarios al hogar, pasa la mayoría del tiempo fuera de este
Desarrollo personal dentro de la casa	Desarrollo personal "puertas afuera": en la calle, con los amigos, colegas, etc.
Figura de autoridad para sus hijos (en que ejerce las "pelas", o golpes para educar), pero sumisa frente a la figura masculina	Figura de mando, fuerza (violencia en contra de la mujer y sus hijos), impone su palabra y el orden dentro del hogar, son "secos" (o fríos, no demuestran cotidianamente sus emociones).
Figura contenedora del hogar	También se relaciona su figura a los excesos: alcoholismo, apuestas, mujeriego, dobles vidas/familias paralelas
Femineidades se relacionan directamente a la maternidad (ser mujer es ser madre)	

a) *Imaginarios femeninos: madres y niñas en el Valle del Cauca*

¿A qué se asocian las maternidades en estos discursos? Tal como veremos, no existe solamente un tipo de maternidad, sino que esta actúa y se significa de acuerdo a las experiencias y condiciones sociales en las cuales se encuentran las familias: si son más conservadoras o liberales, o si se conforman como familias mono o biparentales, dependiendo de la realidad socioeconómica en la que viven, y de los niveles educativos que hayan alcanzado, adquiriendo así las mujeres diversos roles (y posiciones) dentro del hogar.

Como se mencionó anteriormente, la mujer/madre está relacionada a la reproducción del hogar vista desde los roles más tradicionales. Es así como la crianza, la limpieza, la cocina, el planchado están absolutamente relacionados a las figuras femeninas, no solo la madre sino que también se relegan estos roles a las mujeres más pequeñas del hogar, aprendiendo por ejemplo a cocinar y "mantener un hogar" desde muy pequeñas.

La figura femenina, sobre todo la figura matriarcal, resulta de gran importancia dentro de la constitución de estas familias, no solo por los roles antes mencionados, sino porque esta funciona como núcleo familiar, que articula las relaciones entre los demás integrantes (como la relación entre padres ausentes con sus hijos, donde la madre resulta central para que se produzca la interacción). Es así como no importa la carga emotiva que causen los recuerdos de sus madres en nuestras entrevistadas, ya que en la mayoría de los casos pasa a constituirse como una figura sagrada, incuestionable dentro de sus familias, recordándonos de esta manera las palabras de Sonia Montecino (2007), donde como

señalamos anteriormente, el ícono mariano se vuelve un eje primordial en la construcción de identidades genéricas en América Latina:

“Ay como madre, muy regañona, odio... mentira. Bueno como madre siempre presentó los dos papeles: madre y padre a la vez para mí y mi hermano, y trabajaba demasiado, demasiado porque nosotros casi no la veíamos, trabajaba incluso puertas adentro en una casa y salía sí los sábados. Entonces nosotros tuvimos muy poco el amor de ella la verdad, porque siempre era trabajando para nosotros y así fue. Y como madre, todas las mamás son excelentes: aunque regañones, pegones, como sea pero son un ejemplo para uno ¿Y qué le iba a decir yo?” (María, Palmira).

De los ámbitos de la esfera privada, son las *madresposas* (Lagarde, 2015) aquellas mujeres encargadas y definidas en función de la conyugalidad y de la crianza. Las madres son presencia, autoridad y referencia para estas mujeres que las recuerdan desde la lejanía de la capital santiaguina. Tal como lo señala María (Palmira), madre es también “ama de casa”, pero esto no las limita a tener poder solo dentro del hogar, sino que a partir de la noción de posicionamiento⁸, podremos analizar y entender los diferentes roles, poderes y subyugaciones que tienen las mujeres/madres dentro de las relaciones familiares.

A pesar de que los discursos tienden a ligar a las madres (y a las mujeres en general) a la esfera de lo privado, encargadas de forma exclusiva a las labores del hogar, en todos estos casos (con excepción de Carolina, Cali⁹) las mujeres dueñas de hogar tenían que trabajar remuneradamente dentro o fuera de su casa. Esto ayudaría a potenciar la imagen fuerte y sagrada que se tiene en torno a la madre, pasando estas mujeres a ser referencia y autoridad dentro de sus familias. Pero a pesar de romper con lo que entenderíamos como los roles conservadores de la sociedad, pertenecen a lo que se denominaría como un “estado intermedio” o híbrido dentro de la división sexual del trabajo, ya que, a pesar de salir a trabajar a la esfera pública y en muchos casos ser el sustento económico más importante dentro de sus familias, siguen teniendo exclusividad en la realización de los deberes del hogar y la crianza, reproduciendo este mismo concepto e imaginario de femineidad en sus hijas e hijos. Es así como Viviana (45 años, Cali), expresa claramente el rol que ha tenido su madre (imagen que se repite en las narrativas de mis entrevistadas), en su hogar:

“Desde que yo tengo uso de razón mi mamá siempre ha trabajado, y mi papá también, pero mi mamá siempre la ha llevado como en Colombia (...) bueno en

⁸ Entendida en este caso como un instrumento de análisis para la construcción de la identidad a través de las narrativas, que se trata principalmente en cómo se sitúa uno/a mismo/a ante una situación específica. Esta posición no es estática, sino que se negocia, cambia y se adapta según las opiniones de los demás, en síntesis, se mueve y transforma en la interacción (Guil & Bascón, 2012).

⁹ Esta excepción se puede explicar también por la situación socioeconómica de Carolina, ya que de todas las entrevistadas ella era la que tenía un mejor pasar: padre profesional con buen empleo que permitía que la madre se dedicase exclusivamente a la crianza de sus hijos.

Colombia tienen una tradición de que a las mujeres las educaron de hacer todo: la cocina, limpiar, asear, organizar, atender, entonces yo veía la época de que mi papá llega de trabajar y se sentaba y mi mamá era la que todo. Toda la comida la pasaba, le recogía el plato, lavaba, pero eso ya no pasa, en esta actualidad”

De esta forma vamos deconstruyendo aquella imagen de la madre “ama de casa” contenedora y reproductora del hogar, confinada a las cuatro paredes de este. La función afectiva que se atribuye en los imaginarios tradicionales de género pasa a un segundo plano en estos discursos, ya que la madre se caracteriza primero como una autoridad, como proveedora/reproductora del hogar (madre trabajadora y dueña de casa), para luego brindarle esta característica más emotiva, distinguida por un lado por la contención emocional de la familia (no exclusiva de esta figura¹⁰), pero también como figura que merece respeto (acercándose así también a la figura de autoridad que representa el padre dentro de la familia).

Este respeto es recalcado positivamente en la mayoría de los discursos de estas mujeres, distinguiendo este aspecto de la crianza colombiana con lo que ellas ven en las madres chilenas. El respeto entonces es una especie de sumisión de parte de los hijos e hijas a la autoridad materna y paterna¹¹, donde no se le puede cuestionar su voluntad, pues toda rebeldía trae consigo castigos físicos, nombrados en esta zona como “pelas”. La violencia también entonces es ejercida por la autoridad materna, y es vista como un modo legítimo de enseñanza. Cabe recalcar que no todas las familias tenían el mismo método de crianza, y dentro de estos casos se pudo distinguir el factor de clase socioeconómica, pues Lorena y Carolina, mujeres pertenecientes a la clase media alta de Cali (padres profesionales, con asesoras del hogar que ayudaban en los quehaceres de la casa), fueron las únicas que no sufrieron castigos físicos durante su niñez.

La niñez para estas mujeres contempló a lo menos el trabajo dentro del hogar, mientras que en las familias de menores recursos, involucraba desde muy pequeñas el trabajo remunerado: ya sea vendiendo boletos de lotería, ayudando en los trabajos del negocio familiar, o empleándose como vendedoras en alguna feria libre. La infancia tampoco se vive de la misma manera siendo niño o niña: a estas últimas se les exige aportar en los trabajos domésticos, y en las familias más conservadoras se les niega la posibilidad de estudiar ya que el saber es considerado una actividad masculina. Claudia (34 años, Tuluá), vivió una de las infancias más crudas producidas por la violencia machista presente en la zona: su madre fue asesinada brutalmente por su pareja cuando ella tenía cinco años, y desde entonces (por tener también un padre ausente) vivió con sus abuelos maternos:

¹⁰ De hecho, en algunas entrevistas se caracterizaba a la madre (o abuela) como una persona muy dura, carentes de aquella función afectiva asociada a la figura femenina.

¹¹ Viviana (45 años, Cali) lo refleja muy bien en su relato, destacando: “*Como somos de la época del respeto, del hacer caso, del no contradecir, de no indisponer, de no molestar, entonces somos de la época de que si tu papá te dice No, tú no vas a decir el “no por qué”, es un No y es suficiente para ti”*.”

“Mi infancia no fue como la de una niña normal, mi infancia fue trabajar, hacer las labores de la casa porque mi abuela pues tenía mucha edad, yo tenía que lavar, planchar, estudiar, cocinar, desde mis 8 años aprendí a cocinar (...) las niñas son muy de su casa, las niñas son ¿Cómo le digo? Mantienen una línea recta, tiene que hacer sus cosas bien hechas(...) las niñas son muy oprimidas porque tienen que primero aprender a lavar, a planchar, a cocinar, y en los tiempos pues que a mí me criaron, mi abuelo decía que las mujeres no tenían derecho a estudiar (...)”

Este discurso nos hace entrar en otra dimensión de estas femineidades ligadas al rol de mujer/madre, y es aquella que se entrelaza con la autoridad masculina, quedando en posición de sumisión frente a esta y relegando todo el poder que tenía en su ausencia al considerado “proveedor del hogar”. Las madres e hijos en su presencia pasan a un segundo plano, pues los padres al ser la figura de autoridad máxima dentro de los hogares no se detienen ni un minuto en realizar las labores domésticas, quedando en este sentido la femineidad ligada al sacrificio, a la reproducción del hogar, a vivir para otro, a pesar de los desaires que estas figuras les puedan dar. Los padres de mis entrevistadas pertenecen a una generación que se basa en valores conservadores ligados a la familia: no existen prácticamente los divorcios, a pesar de que los padres (u otras figuras masculinas en las familias, como los tíos) en muchos de estos casos realizan actos considerados repudiables o tabúes dentro de la sociedad, como abusar de sus propias hijas¹², tener doble familia, golpear a su mujer y a sus hijos, etc. Incluso en estos casos que se podrían considerar extremos, sus esposas no los abandonan, justificando en su rol (y naturaleza) de hombre aquella actitud violenta y lasciva.

Juliana (35 años, Cali) fue una de las que vivió en carne propia aquella violencia. Cuando pequeña sufrió abusos por parte de un familiar, y a pesar de hablar con su madre al respecto su palabra no fue valorada ni creída por la mujer que en aquel entonces le daba contención emocional. Por otro lado, su madre le perdonaba todo a su padre, caracterizado como un hombre mujeriego, con doble familia, despilfarrador de sus recursos:

*“(...) mi papá ha tenido mozas, un montón así. Entonces como que yo le digo a mi mamá: qué manera de quererlo, porque le ha aguantado... ¡Le ha aguantado! Mi papá a nosotros nos ha dejado navidades sin comida, no nos dieron regalos, nada así, mi papá se ha ido con las mozas y a nosotros nos dejaba así”.*¹³

¹² O sobrinas. Dentro de las once mujeres entrevistadas, tres de ellas admitieron que sufrieron abusos sexuales cuando niñas por parte de sus padres o de sus tíos.

¹³ Otro de los ejemplos nos los da Milena (50 años, Tuluá), donde a pesar de que en su casa su madre era la que proveía económicamente al hogar, su padre era el que tenía la última palabra: “Entonces yo quería pues salir de la casa porque o sea mi mamá era muy “Dios me lleva, Dios me trae”, sí ella lo que dijera mi papá, ella decía “mija, mire a su papá, su papá es el que manda, su papá...” ¡O sea mi mamá era muy sumisa! Así fuera injusto las pelás que nos daban, mi mamá decía “ay, pero es su papá”.

Vemos entonces una figura materna que a pesar de ser el núcleo familiar, el referente y la voz de mando indiscutida dentro del hogar, se muestra sumisa frente a la autoridad masculina caracterizada en su mayoría, como lo veremos, por la ausencia y su realización personal en la vida pública.

b) Masculinidad: el padre como autoridad

La figura paterna se desarrolla fuera de las puertas del hogar. A pesar de que en la mayoría de los discursos son considerados los principales proveedores económicos dentro de sus familias, también se caracterizan por su ausencia y por no hacerse cargo de las labores domésticas (al contrario de la figura materna, que a pesar de tener también jornadas laborales, tiene que llegar nuevamente a trabajar a su hogar). Al ser el principal referente económico, esta figura toma el control de la economía familiar, donde en muchos casos maneja y administra el dinero que gana él y su esposa, relegando el trabajo de ella a un segundo plano.

“O sea que porque es hombre no podía lavar un plato, no podía tocar un plato porque los hombres no pueden lavar losa porque se vuelven gays, esa era la forma de pensar de mis abuelos” (Claudia, 34 años, Tuluá)

En el discurso de Claudia se exagera la imagen de macho: de hombre fuerte, ligado a las labores que requieren fuerza dentro del hogar; mientras que el desarrollo personal, identitario, ocurre fuera de este. De esta manera, se valora de distinta manera lo que sucede dentro de la casa y lo que sucede fuera. Lo primero puede ser visto, criticado y sancionado en función de las mismas reglas del hogar; pero la figura masculina pasa la mayor parte de su tiempo fuera de la casa, y es ahí donde se desarrollan otros vicios, conocidos por la mayoría de los miembros de la familia: hombres mujeriegos, alcohólicos o endeudados con prestamistas hacen que estos problemas considerados “externos” al hogar tengan consecuencias desastrosas dentro de los mismos. Así lo relata Julieth (24 años, Cali), quien tuvo que lidiar con un padre ausente, donde su abuelo adquirió el rol de figura paterna:

“(...) la historia de mi abuelo con mi abuela fue muy dura por decirlo así. Fue una historia en que le fue infiel, tenía otra mujer, tenía doble familia... mi abuelo era alcohólico, tomaba mucho, la dejaba tirada (...) Pero fue una relación así que siempre mi abuelo fue muy machista, muy grosero, patán, pero mi abuela siempre trabajó porque cuando él la conoció [ella estaba] trabajando (...)”

La ausencia de la figura paterna resulta algo considerado normal, ya sea por la separación o por la doble vida que jugaban estos hombres con sus familias. De hecho, de todas las entrevistas realizadas en esta investigación, la mitad consideraba que tenía un padre ausente, donde en su mayoría era por casos de abandono del hogar. En estos casos, el rol paterno lo asumían nuevas parejas de la madre, o el abuelo materno. Julieth (24 años, Cali) podría decirse que es hija de ese imaginario de género, pues su padre tiene seis hijos, cada uno con una madre distinta (“seis mamás, un papá”). El padre en este caso no desaparece,

pero desde afuera solo se destaca por su proveeduría, reproduciendo así este estereotipo de padre ausente.

Por otro lado, gran parte de estas mujeres relacionan la actitud de sus figuras paternas al machismo: hombres que no aportaban nada dentro del hogar, que infunden respeto (miedo) entre su esposa e hijos, que se validan mediante la violencia y que en su presencia reproducen estas relaciones jerárquicas de género dentro de sus familias. El machismo a su vez se relaciona a tener la voluntad sobre la mujer, en familias más conservadoras esta se manifiesta en tener que preguntar a su esposo si pueden salir, con quién salir y cuándo volver. La violencia se muestra también de manera física, donde hijas e hijos tienen que aceptar las “pelas” (descritas como palizas ejercidas con una correa), o presenciar la violencia que esta figura ejerce hacia sus madres. El macho además valida su identidad siendo mujeriego, mientras que a la mujer se la trataba de “sin vergüenza” o “puta” si es que tenía más de una relación o si es que se casaba poco tiempo después de haberse separado.

“Mi abuelo podía tener el hambre que sea, nunca se metía a la cocina, decía que los hombres no tenían por qué meterse a cocinar ni mucho menos a servirse, podía tener la comida preparada y no, para él la cocina era como una parte vetada, pero debido a su crianza, entonces así quisieron criar a mi hermano (...)mi hermano siempre fue protegido, el dicho de mi abuelo era que el hombre cae bien parado en cualquier lado, que la mujer siempre lleva las de perder, que la mujer que aparece con una barriga, que la dignidad de una mujer, el hombre puede tener dos mujeres y es un hombre, lo puede hacer porque es un hombre; una mujer puede tener dos o tres novios, no es una... unas cualquiera, unas sinvergüenzas” (Claudia, 34 años, Tuluá).

Muchos de estos padres se caracterizaban por ser estrictos, por dar las “pelas” más duras. Su función dentro de la crianza también se relaciona a la palabra, a infundir respeto, enseñar valores y establecer el orden. Los caracterizan como “secos”, no se recurre a ellos para los temas emocionales, a menos de que la figura materna esté ausente (como en el caso de Diana, Cali), donde los padres son los que asumen en este caso el rol afectivo. Es importante además la imagen que infunden los hombres entre su comunidad: tienen que ser honestos, respetuosos (y que le transmitan eso a sus hijos); que los vicios externos no afecten a la familia, y que los valores que inculque dentro de su hogar sean los “correctos”.

“(...) Entonces si yo veo a mi papá yo encuentro que mi papá es un hombre muy honesto, en el sentido que mi papá no ha sido un ladrón. Yo por ejemplo, si hay algo que le admiro a mi papá es eso, de que él no es una persona que roba, él nunca ha estafado a nadie, él nunca le ha hecho daño a alguien, nunca se ha prestado para hacer cosas malas a nadie, mi papá no fuma, no toma, no consume drogas. Su problema es que consigue amantes y endeuda y deja la escoba allí. Así como que prefiere mantener otros hijos que los propios ¿Me entiende?” (Juliana, 35 años, Cali)

Se admiran atributos que no hagan daño de la puerta para afuera, que, como en el caso de Juliana, es que el padre al pertenecer a una familia de muy bajos recursos, no haya caído en el robo, las drogas ni en el alcohol. A pesar de que lo mujeriego se connota socialmente como una actitud positiva y viril, si esto conlleva daño a la estructura familiar también es castigado dentro de esta¹⁴. Acá podemos ver nuevamente el tema del posicionamiento, pues, a pesar de no perder un lugar dentro del hogar debido a estas consideradas malas prácticas, sí pierde poder dentro de este, pasando la madre con sus hijas a tomar la voz de mando, convirtiéndolo en un “alcahueto”¹⁵. Se vuelve de esta manera, al perder autoridad (a veces en contra de su voluntad, negándose en un comienzo a perder los privilegios del jefe de hogar), en la figura permisiva del hogar, dejándole aquella voz de mando a su mujer.

Podemos ver entonces, que esta figura estricta, autoritaria y violenta, no es inherente a la condición de hombre ni a su naturaleza, sino que son significaciones sociales, imaginarios que pueden variar según la realidad de cada familia, permitiendo en algunos (asociados en estas entrevistas también a clases más acomodadas), tener la figura de un padre contenedor afectivo del hogar. Finalmente, los distintos tipos de autoridades son poderes que van circulando dentro de las familias, y que en caso de lastimarlas pueden cederse a la figura femenina (ya no considerada “ama de casa”, sino que jefa de hogar).

2. Lo femenino y masculino: imaginarios de género reproducidos en distintas generaciones.

A partir de las narrativas parentales, podemos visualizar los imaginarios de género con los que se criaron estas mujeres, donde sus madres a pesar de tener un rol preponderante del hogar, no sobrepasan la autoridad del padre, dando cuenta, como lo señala Sayak Valencia (2016, p.69) de la reproducción de estas narrativas de género, que “*posicionan a los varones como machos proveedores, que refuerzan su virilidad a través del ejercicio activo de la violencia*”.

Las vidas, pensamientos y acciones de estas mujeres en su lugar de origen no se alejan tanto de los imaginarios reproducidos por sus padres. A pesar de que el factor generacional actúa de manera decisiva en la cotidianidad de estas vallecaucanas, acusando patrones

¹⁴ Como señala Julieth (24 años, Cali): respecto a su abuelo: “(...) *como tuvo otra familia como que su poderío acabó*”

¹⁵ Alcahuete es una persona que encubre a otra, le deja pasar actos indebidos siendo también más permisivos. O tal como lo señala Milena (50 años, Tuluá): “*Alcahuete quiere decir como que aquí las abuelas que son regalonas pues, que de pronto tu mamá te dice: “¡No vas a salir!”, “Ay papi me puede dejar salir”, “sí, vaya, vaya, no le dice nada. Si su mamá le dice algo me dice a mí (...) los papás que algunos son, pero algunos, porque entre los hombres y las mujeres, yo creo que más las mujeres que los hombres*”.

que ya se consideran “de otra generación” en el discurso¹⁶, reproducen mediante prácticas muy similares, los imaginarios de género inculcados por sus padres.

¿En qué se traducen estos imaginarios? Tal como lo señala Norma Fuller (1995), existen ciertos tipos culturales que expresan los símbolos centrales de la masculinidad y femineidad en las sociedades latinoamericanas. En los discursos anteriores respecto a sus padres los encontramos, donde se vincula a la femenino primero con la figura de madre (y esposa) junto con la idea de que esta figura se desarrolla al interior del hogar (a pesar de que en la realidad la mayoría de estas mujeres trabaja asalariadamente fuera de este); mientras que la figura masculina se liga con la calle, al desorden, lo que como señala Fuller (1995), le impide conservar la integridad moral y la continencia sexual que caracterizan el espacio interno, lo que se traduce en estas narrativas en prácticas como el alcoholismo, la drogadicción, o en el adulterio.

Tal como lo señalamos anteriormente, existen diversos tipos de poderes y jerarquías que van tomando los roles parentales dentro del hogar, donde el “*valor cambia según la posición en que se ubique respecto al otro*” (Fuller, 1995, p.5). Esta autora señala que la polaridad que se da entre el marianismo y el machismo son una expresión simbólica en la cual se organizan las relaciones entre los géneros en un modelo jerárquico en particular, el latinoamericano. Pero en este caso también apostamos porque dentro de este existe un modelo jerárquico específico, donde a partir de las historias de vida que se le realizaron a estas once mujeres provenientes del Valle del Cauca, pudimos delinear también un tipo de masculinidad y femineidad específicos de esta época y región, que a pesar de no alejarse totalmente del modelo presentado por Fuller (1995), sí mantienen ciertos rasgos que los diferencian respecto a estas jerarquías, y que les dan diferentes tipos de poderes a hombres y mujeres dentro de los hogares.

La vida que desarrollaron las entrevistadas en sus países, en su mayoría no se aleja en demasía de lo que relataban en cuanto a roles y distribución de poder en el hogar de su infancia. Con esto me refiero principalmente a esta concepción de hombre/calle, mujer/casa que resume los relatos y roles de género con que se criaron estas mujeres. La construcción de masculinidades y femineidades en su discurso, sobre todo desde que empiezan su vida independiente, se relaciona casi en su totalidad a la construcción de familia, cuando deciden o devienen los hijos a sus hogares. Esto debido a que la mayoría de estas mujeres al salir de su hogar, conformaron de manera inmediata uno nuevo¹⁷. Entonces, la familia en sí resulta un lugar determinante en el desarrollo de las identidades y relaciones de género, por lo que en este apartado también tendrá un lugar central dentro del desarrollo del

¹⁶ Un ejemplo sería la violencia como algo aceptado antiguamente por sus madres/abuelas, pero visto como sumisiones de mujeres del pasado. Así lo señala Claudia (Tuluá), narrando que su abuela era muy conservadora “(...) *en los tiempos antiguos que a las madres les inculcaban de que tenían que dejarse pegar de los maridos, que callar, y eso fue creciendo, fue creciendo y ya los hombres no les pegaban a las mujeres sino que las mataban*”

¹⁷ Donde podemos resaltar que casi todas mis entrevistadas tuvieron a su primer hijo antes de los 25 años, y la mitad de ellas antes de los 20 años.

imaginario de género, ahondando más tarde en las concepciones (y prácticas) que se tienen sobre la femineidad y masculinidad en la sociedad vallecaucana.

De esta manera, podemos separar las distintas jerarquías en las relaciones de género dentro de las familias en tres categorías, que a pesar de a veces superponerse¹⁸ nos van a permitir hacer una lectura más general de la realidad que vivieron nuestras entrevistadas en su lugar de origen. Es así como vamos a separar a las familias que ellas conformaron en Colombia en:

- a. Familias Matriarcales-conservadoras
- b. Familias Patriarcales/Machistas
- c. Familias en transición (búsqueda de equidad en los roles de género)

a. Familias Matriarcales-conservadoras:

Dentro de los resultados de las entrevistas, tres de mis entrevistadas, todas de la ciudad de Cali, pertenecen a lo que vamos a entender como familias matriarcales. En estas familias las mujeres son las que tienen la voz de mando dentro del hogar, y entre las mujeres del hogar, la más vieja sería la matriarca (ya sea la madre o la abuela).

Muchas de estas familias se conforman desde la mono-parentalidad, es decir, con madres solteras dependientes aún de la familia materna (debido en algunos casos a la maternidad adolescente de mis entrevistadas), teniendo de esta manera que trabajar, sin excepción, todas de forma asalariada fuera del hogar. Eso hace que su palabra también valga más adentro, por lo que en estas familias, la autoridad masculina queda relegada a un pequeño espacio.

El ejemplo que expondré para este tipo de familias es el de Viviana (45 años) y Julieth (24 años), madre e hija, ambas de Cali y viviendo actualmente en Santiago. Su familia en Colombia se erigió en torno a la madre de Viviana, pues el padre, alcohólico y mujeriego, dejó de tener poder al momento en que dejó de ser un aporte en el hogar. Ellas al conformar sus hogares, con una distancia considerable de años entre una y otra, tuvieron parejas que por motivos de violencia (madre) y ausencia (hija), no conformaron familias nucleares, por lo que fueron cobijadas nuevamente por su madre (y abuela). Esto hizo que los valores que se replicaron en sus familias siguiesen siendo las del mandato materno, en su caso la madre de Viviana, perteneciente a una generación de mujeres con valores considerados por ellas como conservadores:

“Sí, o sea hasta ahora somos muy conservadores, mi abuela es muy conservadora. Incluso mi abuela por ella que yo ni me case ni tenga más hijos, y que viva y vea por

¹⁸ Donde, por ejemplo, en familias matriarcales puede haber relaciones violentas relacionadas a prácticas y pensamientos machistas.

los ojos de mi hija, porque uno es mujer de un solo hombre y si tú lo intentas dos veces y fallaste, no tienes más opción..." (Julieth, 24 años, Cali).

En este tipo de familias son las mujeres las que se encargan plenamente de la crianza, pero también del trabajo. Las tres mujeres entrevistadas que se relacionan a este tipo de estructura familiar son mujeres esforzadas, que a la vez de criar (y gracias a sus redes de apoyo, principalmente de la familia materna), estudiaron carreras universitarias, siendo las primeras en su familia con un título profesional. En estos casos, la figura masculina es inexistente, o es minimizada a tal punto que no tiene poder sobre su esposa ni hijas, por lo que poco o nada refieren los discursos a él. Lorena (25 años, Cali), en este sentido, habla del padre de su hijo como:

"(...) un papá irresponsable, como hombre era bueno, pero como papá no era un papá responsable, entonces yo desde que quedé embarazada me enfoqué en mi hijo (...) entonces si es el papá y no es responsable a mí no me sirve".

Tal como señala Fuller (1995, p.2), los hombres en el imaginario latinoamericano, desde el punto de vista moral, son como niños y por tanto, menos responsable de sus actos. Esto debido a su caracterización por la dependencia, la obstinación y la incapacidad de contener sus impulsos sexuales; como aquel joven no domesticado, romántico que desprecia cualquier obligación doméstica, trae como resultado que, para estas madres, al no proveer ni hacerse cargo afectiva y responsablemente en la crianza, pierdan todo el valor dentro del hogar que les brindaba la sociedad patriarcal.

b. Familias con relaciones Patriarcales-Machistas

La construcción de los imaginarios de género, es decir, las imágenes que tenían sobre lo femenino y lo masculino cuando forman relaciones ligadas a este tipo de familias, es la del hombre trabajador/proveedor, en la mayoría de estos casos violento y desapegado con lo que se entiende como hogar; en contraposición a la imagen propia de mujer/madre, o como diría Lagarde (2015) las *madresposas*, totalmente responsables de los quehaceres en la vida privada, de la crianza de sus hijos, además de trabajar fuera del hogar, pero no administrando los recursos ganados.

Este tipo de relación entre parejas es la que resulta más común dentro de mis entrevistadas, donde cinco de ellas reconocen en sus relaciones de aquel tiempo (generalmente con los padres de sus hijos e hijas), tenían relaciones asimétricas de poder, en que su voluntad se veía opacada y/o supeditada a la de las figuras masculinas. El jefe de hogar se muestra como centro y foco de autoridad, donde la independencia, la impulsividad y la fuerza física se muestran como la forma "natural" de resolver conflictos, es así como la dureza se muestra como la mejor forma de relacionarse con sus parejas (Fuller, 1995), asumiendo fielmente la imagen de proveedor como el centro identitario desde donde se desarrollan estas masculinidades.

Milena (50 años, Tuluá), es uno de los ejemplos más ilustrativos en la construcción de una vida familiar y en pareja basado en relaciones de poder ligadas al machismo. Se emparejó muy joven y acto seguido empezó a formar familia, donde su pareja se destacaba principalmente por su ausencia (atribuida a razones laborales), mientras que ella se hizo cargo del hogar:

“Mira que mi ex esposo también... la familia de él tenía mucho dinero. Pero él fue criado entre nanas, y él también fue machista y como cuando él se casó conmigo también quiso ser así machista, y él es el que manda, y él traía la comida a la casa ¡Y era por montones! Pero nunca estaba ahí, porque mantenía viajando, en sus negocios, o sea yo me encargaba de los negocios allá que estaban ahí, él se encargaba de los negocios lejos(...). Yo tenía una microempresa porque yo hacía muñecas, muñecas decorativas y eso a mí me compraban mucho, mucho y yo más boba, que yo hacía y la plata era a él, o sea se la pasaba a él”

En esta última cita, podemos ver como a pesar de que Milena tiene su propio negocio, no es su función dentro del hogar la administración de recursos, por lo que su esposo se hace cargo del dinero generado dentro del matrimonio, aunque este corresponda a ganancias de ella. Esto se ve en otros momentos de la entrevista, donde esta mujer señala que en un momento se hizo cargo de todos los negocios familiares a nivel local (pues llegaron a tener locales de comida fuera de Tuluá), pero a pesar de esta responsabilidad, no recibía remuneración, sino que todo lo administraba en ese momento su pareja¹⁹.

Podemos ver entonces que el rol femenino se liga en estos casos a una vida puramente familiar, hogareña, donde su función es atender, estar presentes/pendientes de sus maridos e hijos. La mujer se relacionaría a lo puro, a la moral dentro del hogar, asociándose a una figura débil, sin voluntad. Por su parte, la figura masculina se construiría desde la calle, lugar desde donde mantendría el poder también dentro del hogar, a partir de la responsabilidad económica y la violencia física/simbólica. Además, lo “macho” se construye a partir de cierta fobia hacia la mujer (Fuller, 1995), expresada en aquel temor por presentar rasgos femeninos, de esta manera, se puede ver como se alejan completamente de labores domésticas y fundamentan su vida en el espacio público²⁰.

Uno de los ejemplos más extremos dentro de este control de poder, dentro y fuera del hogar, lo presentan dos de nuestras entrevistadas, que afirman que sus parejas se hacían cargo incluso del control de la natalidad dentro de sus hogares. El caso más extremo lo presenta Viviana (32 años, Buenaventura), que nos relata lo siguiente:

¹⁹ Otro ejemplo ilustrativo lo da María (33 años, Cali), quien señala su trabajo dentro del negocio familiar como una “ayuda”, y no realmente como un trabajo: *“Bueno, yo no trabajaba, le ayudaba en una tienda a mi tío, el que me crió fue mi tío, él puso una tienda y yo mantenía ayudándole a él”*.

²⁰ Asociados también a los vicios que estas mujeres vieron en sus padres: hombres mujeriegos, alcohólicos, y muchas veces violentos.

“(...) cuando yo tuve a mi hijo [mi esposo] me llevó a vivir a una finca, y no me volvió a dejar salir nunca más de la finca. Yo viví cinco años con él y cinco años tuve que estar en una finca metida, sabes que para salir de la finca e ir al pueblo me tocaba siempre discutir con él, pelear. No me dejaba planificar, entonces yo lo hacía a escondidas, yo lo que hacía era que me venía para el pueblo, me compraba tres o cuatro inyecciones y me las hacía aplicar de alguna vecina por allá en el campo (...) él decía que las mujeres, que qué cuento de planificar, que no, que había que tener hijos, que en el campo uno tenía hijos ¿Ya? Pero yo no era del campo, yo era de la ciudad, así que en cierta forma yo era más inteligente en ese sentido. Así que yo me inyectaba a escondidas, así que hubo un tiempo que el señor no me dejó salir y duré tres meses encerrada sin poderme inyectar: quedé embarazada de mi hijo”

La historia de Viviana no fue la única que presentó estas formas de violencia, pero llama la atención debido a su corta edad, ya que tuvo a su primer hijo a los 13 años, y al segundo (bajo estas circunstancias), a los 15. A pesar de esto, al referirse a su ex pareja, esta mujer ensalza su imagen paterna diciendo que es un *“hombre con valores, un hombre trabajador, no va dañándole la vida a nadie (...)”*, resumiendo sus defectos en dos palabras: machista y miserable. Con miserable, Viviana se refiere a lo tacaño de su ex pareja, que a pesar de tener buenas tierras y recursos, aportaba lo mínimo a su hogar, guardándose todo el dinero para él; mientras que lo machista, en sus propias palabras, lo entiende como: *“El hecho de que un hombre no te deje salir, de que no te deje maquillarte, de que no te haga sentir bien como mujer, de que él tiene la última y la primera palabra”*.

Nuevamente los atributos se relacionan a las virtudes que podría tener el hombre fuera del hogar: honestidad, *“no hacerle mal a nadie”*, ser un hombre laborioso. Pero en las relaciones que involucran la conformación de hogar, que establecen con sus parejas e hijos, se relatan formas conservadoras de mantener la estructura familiar (mujer dueña de casa, hombre proveedor que busca afuera el sustento e identidad), y en la mayoría de los casos, también ligada a violencias hacia sus hijos e hijas (en las llamadas *“pelos”*), y hacia su esposa.

Se normaliza (y justifica) la ausencia, ya sea por trabajo o abandono. El hombre se guía por sus impulsos sexuales, y estos van en contra de la moral de la familia. En esta se sigue manteniendo la pureza de la mujer, a pesar del abandono que pudiesen haber sufrido por parte de sus parejas:

“(...) no he sido una mujer muy recorrida en el sentido... no me gusta tomar, no me gusta fumar, y si he tenido en mi vida es el papá de mis hijas y el esposo que tengo actual, no he sido mujer como así liberada (...) Él fue muy responsable y todo, y él trabajaba... él es una persona que él es independiente también, sino que se sabe que los hombres cuando les llega otra bonita, otra con mejor cuerpo, las ven o algo...” (María, 33 años, Cali)

En los testimonios recogidos, de los cuales el de Viviana resulta ser uno de los más extremos, vemos como en estos casos no se impone solo la voluntad, sino que también

hay una apropiación de los cuerpos femeninos por parte de estos varones (y como posteriormente veremos, de una sociedad que avala este tipo de relaciones), que mantienen dinámicas familiares que estas mujeres no pudieron (ni quisieron) sostener en el tiempo.

c. Familias en Transición: búsqueda de equidad en los roles de género

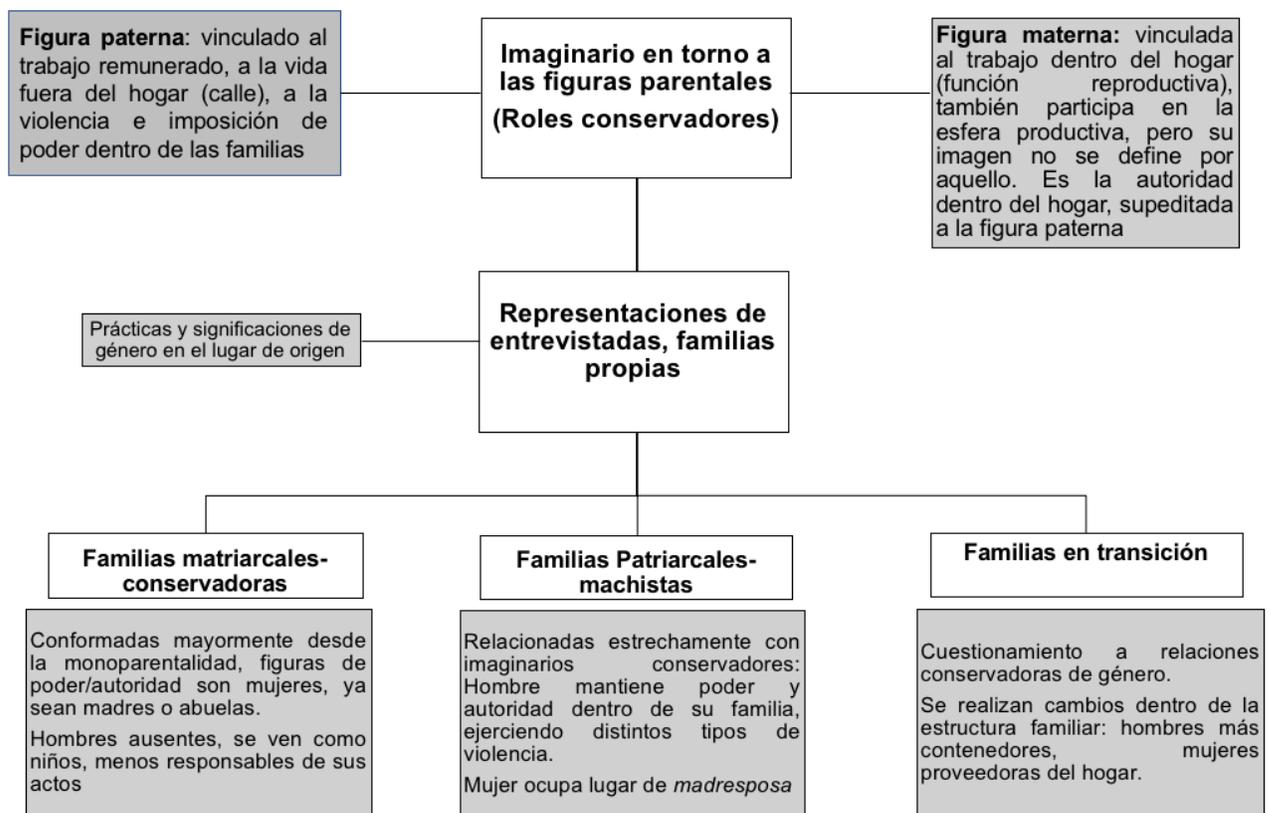
Con familias en transición voy a entender a lo que Puyana & Mosquera (2005) llamaron “voces de la transición”, como aquellas familias que expresan un resquebrajamiento respecto a los roles tradicionales de género. Se les llama de transición entonces por ser un lugar intermedio entre la familia tradicional y la familia contemporánea, donde la mujer se muestra recientemente liberada y apoyada por la ley, frente a un hombre patriarcal apoyado por la tradición cultural y la religión (Echeverri, 1998; citada en Puyana & Mosquera, 2005). Es así, como los hombres cuestionan la representación social masculina donde la proveeduría es sinónimo del ejercicio de la paternidad, mientras que las mujeres comienzan a criticar que la única forma de realización personal sea el ser madres (Puyana & Mosquera, 2005).

Dentro de las entrevistas realizadas a madres, migrantes, provenientes del Valle del Cauca (Colombia), solo una de ellas calzaba con este perfil, pudiendo considerarse entonces como una excepción dentro de estos casos. Este es el caso de Claudia (34 años, Tuluá), quien tuvo una infancia muy dura: su madre fue víctima de un femicidio, no recuerda a sus abuelos en torno al amor fraternal, sino que por el contrario, ella desde muy pequeña era vista como fuerza de trabajo (teniendo que aportar en labores dentro y fuera de la casa), además de ser ultrajada por un tío al momento de huir del hogar. Estas vivencias hacen que ella tome conciencia de su pasado, haciendo una autorreflexión de este y cambiando de este modo no solo la forma de constituir pareja (y familia), sino que también la forma en que cría a sus hijos, ambos varones, inculcándoles que ellos también son parte del hogar, por lo tanto tienen que trabajar y/o aportar en él.

“Cambió mucho porque yo creo que uno aprende de los golpes, o algunas personas copian los golpes, más yo aprendí, y entonces yo ya aprendí a ser más fraternal, no quedé como con esa cicatriz de ser la madre víctima, entonces como yo fui víctima de violencia entonces yo también puedo violentar a mis hijos por ser así ¿Si?”

La mujer en este caso ya no se posiciona como víctima, sino que toma las riendas de su vida, y antes del movimiento migratorio, decide empezar a cambiar las dinámicas de género que en el pasado la violentaban. Lo femenino entonces también se relaciona al trabajo, al desarrollo profesional fuera del hogar; mientras que lo masculino también puede ser afectivo y encargarse de la crianza, y en el caso de Claudia también se dio de esta manera, ya que ella fue la primera en su familia en migrar fuera del país (y también fuera de la región), dejando el cuidado de sus hijos a su marido y a su suegra.

Esquema 1. Imaginarios de género dentro de las familias en el Valle del Cauca



3. El grupo, la comunidad y el imaginario de género

Las construcciones de femineidades y masculinidades no se construyen meramente en el núcleo familiar (aunque este sí tienen un papel fundamental en su concepción y desarrollo), por lo que en este apartado intentaremos profundizar en los imaginarios de género que circulan fuera de este, sobre todo a aquello que hace referencia a qué y cómo se debe comportar un hombre y una mujer en sociedad (dentro del Valle del Cauca), junto con resaltar la importancia del grupo en la construcción de estas subjetividades.

La sociedad vallecaucana que se refleja en los discursos de nuestras entrevistadas refiere principalmente a la percepción femenina que se tiene de la sociedad: qué se espera de las mujeres, cómo estas deben verse y actuar para, en el mejor de los casos, emparejarse con un hombre de bien: aquellos, como señala María (33 años, Cali), sean honestos, respetuosos y de casa²¹. Las mujeres, dentro de este escenario, son criadas desde

²¹ Ya que lo malo, que se escapa de la moral hogareña, se encuentra en la calle, asociada por estas mujeres a vicios y “malas costumbres”.

pequeñas para ser buenas jefas de hogar, encargándose de las labores domésticas y de cuidado.

Uno de los aspectos fundamentales dentro de la concepción de la femineidad va acorde a la estética, a la apariencia, a la imagen. Milena (50 años, Tuluá), lo refleja bien en su relato, ya que al ser una mujer de más edad no le era fácil encontrar empleo en su ciudad de origen:

“(...) yo voy a Colombia a vivir ahorita y si yo no tengo modo no me dan trabajo por la edad (...) Modo es que tenga dinero, para que usted se mantenga, para que usted monte su negocio, o viva de su plata, pero que yo vaya a buscar un trabajo no, no me dan trabajo porque yo ya estoy de mucha edad, no tengo cuerpo, allá dicen que lo que venden es la imagen, entonces tienen que ser mujeres así todas voluptuosas para poder trabajar en los almacenes, y después de los 35 años no te dan trabajo”.

Hay un mercado laboral que resalta aquellos atributos de la juventud: como señala Milena, la imagen es lo que vende, y esa imagen se va creando desde que las niñas son muy pequeñas. Si no cuentas con la imagen, necesitas dinero: no hay alternativa para aquellas mujeres adultas que no cuentan con ingresos para montar su propio negocio, pues la mayoría de la oferta laboral va destinada a mujeres jóvenes. Vemos entonces como también hay un sujeto no deseable, se castiga la vejez, teniendo estas mujeres que ingeniárselas de distintas maneras para la subsistencia, lo que en el caso de Milena, se transformó en su historia migratoria.

Los diversos relatos dieron cuenta de la inversión de recursos en el cuerpo femenino desde que son muy pequeñas, o mejor dicho, desde que se transforman oficialmente a mujeres. El cuerpo deseable ya no solo se vincula a generar mayor atracción del sexo opuesto, sino que también es recurso laboral, pues la imagen (femenina y masculina) resulta ser un aspecto fundamental para desarrollarse dentro de la sociedad colombiana, pues como señala Milena (50 años, Tuluá), *“todo entra por los ojos”*.

Uno de los hitos más destacados en este aspecto, es la primera salida en sociedad de las mujeres a los 15 años: esta es la fiesta que se constituye como rito de paso, o por lo menos el más importante, donde una niña se transforma en mujer:

“Bueno ahí cuando tienen los quince es su primera maquillada, su primer peinado bien bonito, su primera depilación de cejas ¿Qué más? Que ya de niñas se van convirtiendo a mujer y todo eso, una alegría pa’ uno pero a la misma es una tristeza”
(María, 33 años, Cali)

¿Pero qué significa ser mujer en estos contextos? O cuáles son los atributos que en estas fiestas se destacan. En primer lugar, estas fiestas siguen siendo una tradición dentro de la sociedad colombiana, donde las niñas pasan a ser mujeres a partir de una serie de actos

relacionados a la concepción de la belleza femenina: su primer peinado, depilación, maquillaje, etc. Los regalos que se dan en estas ocasiones no dejan de sorprender: en las familias más adineradas solían darse automóviles, mostrando en este acto también confianza hacia la mujer en desarrollo, pero también como símbolo de independencia. En la sociedad caleña actual, también se piden presentes que estén asociados a elevar su estatus o imagen, como anillos de oro o implantes de senos.

Juliana (35 años, Cali), claramente no pertenecía a este segmento: su familia vivía en uno de los barrios más pobres de Cali, llamado “Polvorines”²², donde ella debido a la pobreza y endeudamiento de su padre, no pudo celebrar sus 15. Señala este rito es muy importante dentro de la sociedad colombiana: en general en su barrio, a pesar de ser de muy bajos recursos, las familias hacían lo imposible para hacer esta celebración a lo grande. Señala:

“No, a nosotros nunca nos hicieron. Y siempre llegaban las compañeras del colegio, que el papá le regaló el viaje a Cartagena, que le regalaron el anillo de oro y les hicieron tremenda fiesta, y a nosotros no, nosotros no tuvimos nada de eso (...) mi tía me regaló una cadenita de oro y mi papá fue y la vendió”.

Por otro lado, las historias de machismo pueden verse reproducidas en las familias que conforman posteriormente nuestras entrevistadas. A pesar de que algunas de ellas sufrieron violencia física por parte de sus primeras parejas, hoy en día encuentran que en Colombia se están empezando a desnaturalizar estas prácticas, aumentando así el número de denuncias por violencia intrafamiliar. Por otro lado, se reconoce una opresión de género que está acentuada según la generación, pues las entrevistadas mayores de cuarenta años, aseguraban que en su época la opresión hacia las mujeres era mayor:

“(...) o sea como esa es la cultura que a uno allá le enseñan, de que si tú te casas así le salga mal marido tienes que estar ahí hasta que la muerte los separe, y que tienes que ser fiel, calladita, y sumisa, claro que eso ya en esta época no existe, pero en la época mía sí” (Milena, 50 años, Tuluá)

La mujer es de un solo hombre, el hombre por naturaleza es mujeriego. Con esta premisa van naturalizando muchas veces relaciones de violencia en su país, donde ven a sus amigas o familiares quedarse solas porque se separaron del padre de sus hijos, y no pueden proyectar una imagen de mujer promiscua (o puta²³) frente a la sociedad. El emparejarse, por otro lado, ya sea casándose o viviendo juntos en la misma morada, se

²² Polvorines se parece a lo que podríamos entender como una favela: una población ubicada en los cerros de Cali, de casas informales construidas con sus propias manos, con difícil acceso, calles de tierra, donde rigen códigos de población (no entran fuerzas policiales, están alejados de los servicios básicos, existe un lenguaje de violencia que involucra a todos los vecinos, entre otros.)

²³ Señalado por Marcela Lagarde (2015) como otro de los cautiverios o estereotipos en los que son encasilladas las mujeres.

relaciona directamente con la procreación. Finalmente, lo que la sociedad espera de una pareja, como forma ideal tiene que ver con el destino único de traer hijos e hijas al mundo.

“Bueno en Colombia es así, aquí no sé, pero en Colombia como que tú te juntas con alguien: está embarazada, una cosa así” (Julieth, 24 años, Cali)

Lo masculino, por su parte, se posiciona en el imaginario de estas mujeres como algo totalmente diferente: es lo deseable, es el lugar de las oportunidades, donde desde pequeñas se les inculcó que el hombre “siempre lleva las de ganar”. María (27 años, Palmira), fue criada junto a su hermano, donde nos relata:

“Nunca tuve ninguna diferencia con mi hermano, nada. De hecho yo quería ser igual que él: hombre, pero la verdad no se me dieron las cosas (...) No sé, como que era mi único hermano que tenía, y como que me sentía que si fuera como él me sentía como más persona siempre, no quería ser mujer la verdad...” (María, 27 años, Palmira)

Finalmente, el ser hombre también significa ser más persona: se tiene poder de decisión, se puede elegir si quedarse con su familia o no (pues no es tan mal visto que los hombres no asuman su paternidad, por eso en parte “siempre tienen las de ganar”), hacen su vida en sociedad, sin tantas reglas ni deberes con los que cumplir, atributos asociados a la libertad, que ven estas mujeres como algo deseable²⁴.

En general, las mujeres criadas junto a hermanos hombres (que dentro de mis entrevistadas eran seis), señalaban que la crianza respecto a ellos era muy diferente, en su mayoría favorable al hijo varón. Esto se explica por situaciones que mencionamos anteriormente: no tienen responsabilidades dentro del hogar más que el estudio, tienen más libertades en cuanto a elección de vida, a la mayoría los golpean menos durante la crianza, pueden llevar mujeres dentro del hogar sin que eso produzca un mayor problema, etc. Pero Juliana (35 años, Cali) con su hermano tuvo una experiencia diferente, al vivir en Polvorines, una población vulnerable dentro de Cali, su madre resultaba ser muy estricta con él:

“(...) Y mi mamá con él era súper estricta, y mi hermano a él si le pegaba durísimo, mi mamá con él era así como: “Y tú no me coges malos vicios, tú a mí no me vas a tomar alcohol”, y de verdad (...) Por ser el hombre y porque mi mamá tenía miedo de que mi hermano se echara a perder ¿Me entiende? O sea, porque igual el sector en el que vivíamos era muy feo y ahí cualquiera se dañaba”.

A pesar de que en este caso al hombre se le castiga más que a sus hermanas, no sale de la lógica del imaginario donde el hombre pertenece a la calle, que en este caso su madre, para que no cayera en malos vicios, lo obligaba a permanecer dentro del hogar a partir de

²⁴ Al contrario de la figura femenina, que como vimos anteriormente, se relaciona principalmente a su destino inherente de ser madre y de permanencia dentro del hogar.

la violencia. Mientras que sus hijas no corrían peligro en ese barrio (peligros asociados a vicios como a la delincuencia, alcohol o drogas), debido a que su identidad, prácticas y costumbres se formaban dentro del hogar, considerado en este sentido un santuario que se escapaba a la violencia que acontecía fuera de este.

Capítulo 2: “El sueño chileno”: vidas e imaginarios en transición

1. “El sueño chileno”

La decisión de migrar como señalamos anteriormente, es eminentemente familiar, sobre todo en aquellas mujeres que viajan dejando a sus hijos e hijas al cuidado de mujeres de su familia, ya sea madres, hermanas, suegras o tías, quienes forman parte de la cadena de cuidado. Esta decisión está impulsada en primer lugar por razones económicas, pero también por lo que Friedman (2002), citado en Hernández (2012), llama las “estructuras locales del deseo”.

En este caso, las fuerzas sociales que orientan la satisfacción del deseo se relacionan a una idea de consumo (impulsada por fenómenos globales), donde la falta de acceso al trabajo en el lugar de origen impide que estos anhelos sean realizados. Por otro lado, Colombia se sitúa dentro de los países de la región como el país que presenta una mayor tasa de emigración, lo que da cuenta de que la migración (desde aproximadamente mitad del siglo XX en adelante), se muestra como una estrategia difundida y aceptada para complementar las economías familiares, transformándose entonces, como señala Hernández (2012), en un acto de diferenciación dentro de las familias, donde el “estar allá” se transforma en una fuente de reconocimiento social.

Podemos ver como nuestras entrevistadas tienen amigos, familiares o conocidos viviendo en países como Estados Unidos y España, o en diversos países de la región como Argentina, Ecuador o Brasil. Por otro lado, también la mayoría de estas mujeres había decidido emigrar antes de decidir el destino. Entonces ¿Por qué eligen Chile?

La respuesta se puede ligar a lo que Saïd (2002), citado en Hernández (2012), nombra como las “geografías imaginarias”. Chile, desde hace unos años se ha proyectado como uno de los países más estables de la región, política y económicamente. Esto ha significado que gradualmente haya ido aumentando el interés como destino migratorio, y que por consiguiente haya aumentado también la tasa de inmigración de este país, donde el Censo 2017 señalaba que habrían alcanzado un 4,35% de la población total.

Pero más importante aún resulta ser el “boca a boca”, no solo por tener una imagen estable a nivel local, sino porque personas cercanas y de confianza, relatan su viaje migratorio como una “empresa exitosa”. Algunas de nuestras entrevistadas aseguran de que antes de pensar en viajar, Chile no se consideraba ni como destino turístico, por lo que resultó fundamental conocer la experiencia de otros compatriotas en tierras extranjeras para decidirse por este país. Se empieza a generar así un imaginario en torno a Chile como país de riquezas, donde el dinero “se triplica”, donde es fácil encontrar trabajo y poder ahorrar, ya sea para quedarse o para establecerse con una economía más estable (como un negocio, o una casa) en Colombia. Además, se ensalza esta imagen con la idea de que es

un país (al contrario de las opciones primermundistas), que se encuentra relativamente cercano, o por lo menos dentro de la región, por lo que cada cierto tiempo se puede volver a visitar a la familia o amigos.

“El sueño chileno” se relaciona al deseo de tener una economía familiar estable, que a estas mujeres les permita mantener a sus hijos e hijas y brindarles todo aquello que consideran necesario, en un mercado donde se ofrecen productos de consumo que ya parecen indispensables en torno a la infancia, a la femineidad y a la familia. Por otro lado, este sueño se sustenta materialmente en las redes migratorias, que alimentan la fantasía de Chile como país de oportunidades hasta el punto de decidir, con su pareja o solas, que el destino de migración será este país. Complementando este aspecto, una de nuestras entrevistadas señala dos dimensiones importantes al momento de elegir este destino, que se resumen en trabajo y seguridad:

“Que aquí [en Chile], otro país te brinda las oportunidades que en tu país no hay, o que las hay pero para otro tipo de personas, una clase más alta. O si no tenés, como decimos nosotros palanca²⁵, no tenés oportunidad. Porque ves que hay más seguridad que en nuestro país, que tú puedes salir con un teléfono como este y no te van a asaltar, no te van a matar por un teléfono (...) Si te dan la oportunidad, la facilidad, no a todo el mundo le sonrío las oportunidades como a muchos que nos ha ido bien, obviamente con dificultades, a otros que les va muy mal y en verdad no logran y se devuelven” (Julieth, 24 años, Cali).

Dentro de los discursos, la dimensión principal que emerge en torno a los motivos migratorios es la laboral. Pero en las mujeres esta dimensión adquiere un carácter especial, debido a que no solo influye el género dentro de este ámbito, sino que también la edad, siendo la sociedad vallecaucana (y colombiana) un lugar donde la oferta laboral se concentra altamente en la población joven, y donde las mismas entrevistadas aseguran que por sobre cierta edad (incluso sobre los 30 años), si no tienes ahorros, posición social o “palanca” es muy difícil obtener un empleo. Ese mismo aspecto se destaca además como atributo de Chile, donde los comentarios de las redes que tienen acá, aseguran que ven a personas de más edad buscando y accediendo a diversos tipos de empleos, lo que les da mayor seguridad al momento de decidir migrar hacia este destino. Esto hace que se potencie la idea de ver a este país como la tierra de las oportunidades, donde más que riquezas, lo que se viene a buscar es una estabilidad laboral.

Pero la seguridad para algunas de estas mujeres también resulta ser un tema fundamental al momento de elegir Chile como destino migratorio, sobre todo de aquellas que vienen de sectores más complejos (como Buenaventura o Tuluá), y que eran dueñas de ciertos negocios familiares, ya que a partir de “vacunas” o exigencias de un dinero de forma periódica (como un impuesto ilegal), delincuentes organizados amedrentan a estas familias

²⁵ Palanca en Colombia sería lo que en Chile es el “pituto”, es decir, la ayuda de personas con cierto poder para lograr acceder a determinados puestos de trabajo y/o beneficios.

con la amenaza de que si no pagan, les pueden secuestrar a los hijos o dar muerte a sus seres queridos. Entonces migrar resulta ser una forma de escape, de encontrar la seguridad que sus ciudades de origen actualmente no les pueden brindar.

De las once entrevistadas, vemos que cinco de ellas decidieron migrar en pareja, sin sus hijos e hijas, mientras que cinco tuvieron que migrar solas, ya sea porque se encontraban solteras o porque decidieron migrar antes que sus parejas, y solo en un caso fue el hombre quien decidió migrar antes que su familia. En los casos en que las mujeres deciden migrar solas, y que corresponden a casi la mitad de nuestras entrevistadas, vemos lo que podría considerarse como una ruptura a aquellas femineidades tradicionales (pasivas frente al varón), que suceden de manera previa a la migración hacia otro destino. La mujer ya es agente de cambio, convirtiéndose debido a esta decisión en la proveedora principal de su hogar, que en estos casos se encuentra a miles de kilómetros de distancia.

Chile en este sentido representa un cambio radical a la vida llevada, un lugar además nombrado a partir de sus oportunidades, donde las necesidades derivadas del consumo pueden ser satisfechas, donde además se puede ahorrar para planificar un posible retorno.

2. Contexto de recepción: Chile, ¿Lugar de oportunidades?

“[Mi suegra] nos decía a nosotros: “no, vénganse que acá ganan muy bien, hay mucho trabajo, a uno le va muy bien acá”, y nosotros llegamos y ella llevaba 4 años acá y no tenía nada. Nosotros: “bueno, pero se supone que ella está ahorrando, y que está ganando muy bien”, y no tiene ni siquiera cédula (...) Pero yo digo que sí es mejor que en Colombia, o sea, con un trabajo uno puede vivir, con un sueldo uno puede vivir”
(Diana, 20 años, Cali)

Vemos en este relato el choque abrupto que existe entre la expectativa y la realidad migratoria. Los discursos que emergen en torno a su lugar de destino no siempre coinciden con la realidad: no solo se encuentran en un lugar donde sin redes es muy difícil acceder a algún tipo de empleo, sino que también se encaran a la dificultad que existe hoy en día en torno a la documentación y regulación de sus papeles, pues conseguir una visa de residencia temporal o laboral resulta extremadamente dificultosa cuando no se cuenta con un contrato de trabajo que lo avale. Es así, como en esta sección vamos a dividir el contexto de recepción inicial en tres aspectos principales: la vivienda, el trabajo y la discriminación.

i. Vivienda inicial:

La entrada al mundo de la vida y al mundo del trabajo en un país extranjero a ninguna de estas mujeres le resultó fácil, sobre todo a aquellas que no contaban con redes de apoyo cercanas. La realidad chocó de golpe en sus vidas, de las comodidades y redes existentes en Colombia pasan a vivir un momento inicial (que muchas veces se mantiene en el tiempo) de hacinamiento, integrándose a las condiciones de pobreza más crudas de este nuevo

país. Es así como uno de los asuntos más duros que tuvieron que enfrentar al momento de llegada, y que para la mayoría fue una situación inesperada, fueron las viviendas iniciales en las que se tuvieron que instalar estas mujeres.

Al venir solas (o en pareja), en un inicio no iban en búsqueda de grandes comodidades, pero tampoco esperaban caer en situaciones de escasa higiene, mendicidad o hacinamiento. Las que contaban con mayor suerte, o con redes más sólidas, se quedaban en departamentos o habitaciones de amigos o familiares. En estos casos también vivían hacinadas, donde en dos habitaciones (o incluso una habitación), podían vivir hasta ocho personas, contando con un solo baño, pero por lo menos teniendo un techo para dormir. En estos casos las mujeres aspiraban desde un comienzo a la independencia.

Pero también existían mujeres que migraban a su suerte, recomendadas por amigos, pero sin un lugar físico donde llegar. Julieth (24 años, Cali) fue una de ellas, donde su experiencia resulta bastante ilustrativa para imaginar este tipo de casos, pues las condiciones iniciales fueron por lo menos traumáticas, señalando que con su pareja en un inicio terminaron viviendo en un espacio ubicado a un costado de un taller de buses:

“(...) yo llegué acá sola, no conocía a nadie... Llegué en invierno, y la persona que nos contactó con la persona que después me dio trabajo, y nos dio donde vivir... fue como una parte muy marcada, porque de pasar como a un lugar donde estaba bien, que era un hotel donde yo llegué inicialmente, al llegar después a vivir a un cuarto en un taller de buses fue un poco complicado porque no era como el más cómodo para uno como mujer, de pronto un hombre es más flexible, pero llegar a un baño donde cero higiene... era un poco más chocante como dicen ustedes aquí, entonces como eso... de que dejas todo: tu familia, tu hogar, tu gente, para buscar un mejor futuro en otro país es duro, porque no sabes qué te va a esperar acá, si te va a ir bien, mal, son culturas totalmente diferentes”.

Lo que les espera acá inicialmente a estas mujeres está muy lejos de ese futuro prometedor con el que salieron de Colombia. Algunas de ellas llegaron a vivir como Julieth a habitaciones precarias, poco higiénicas²⁶ y en algunos casos con altos niveles de renta, ya que como señalan, los arriendos a migrantes son un aspecto muy poco regulado y lleno de abusos dentro de Chile. La situación habitacional por otro lado afecta de distintas maneras a mujeres como a hombres: ellas esperan habitar lugares en condiciones más higiénicas y favorables, cuando vienen con hijos también es importante que el sector provea de los servicios básicos, además del acceso a la movilidad urbana junto con la deseable cercanía de los sectores donde se van a desempeñar laboralmente. Es así como en las ciudades se empiezan a formar distintos barrios o tugurios de población migrante, donde dependiendo

²⁶ Julieth señala además que en esta habitación, adaptada por ellos para el uso humano, había ratas, el baño se compartía entre decenas de personas, no contaban con agua caliente ni calefacción (considerando que llegaron en invierno, provenientes de un país cálido), ni con cocina, por lo que en un inicio se alimentaban a base de pan.

de los recursos y redes que estos tengan al momento de su llegada, van a alcanzar cierto nivel de hacinamiento, precariedad y centralidad dentro de la ciudad.

Diana (19 años) y Juliana (35 años), ambas provenientes de la ciudad de Cali, vivieron su primer embarazo en nuestro país sin tener recursos suficientes para poder mantener ni una vivienda adecuada, ni un trabajo estable, ni una alimentación saludable para su estado. En el caso de Diana fue aún más dramático, ya que vivió niveles de desnutrición que pusieron en riesgo su vida y la de su bebé, llegando incluso a tener que llegar a la indigencia a los ocho meses de embarazo, teniendo que regresar donde su familia en Colombia por unos meses. Vemos entonces que las mujeres migrantes vivencian de distinta forma la ciudad, pues cuando carecen de redes son sus cuerpos los que quedan expuestos a situaciones de indigencia que pueden afectar tanto su vida como la de sus hijos.

Dentro de la dimensión habitacional podríamos nombrar distintas situaciones a las que se tuvieron que enfrentar estas mujeres, en el sentido de que cada relato adquiere un valor único dentro de esta investigación (sobre todo explicitando a través de estos ejemplos las dificultades y tragedias sociales a las que se deben enfrentar las mujeres que deciden venir a probar suerte a Santiago). Además de mencionar que no todas estas mujeres sufrieron por igual el difícil acceso a la vivienda, pues algunas contaban con los recursos suficientes para una buena instalación y mantención durante los primeros meses, o como en el caso de Carolina (32 años, Cali) en que su esposo fue el primero en establecerse en el país y ella llegó cuando ya tenía un lugar y una economía estable. Pero para seguir la línea de esta investigación, basta decir con que las condiciones de salubridad, higiene y condiciones de habitabilidad resultaron para la mayoría ser muy precarias en los momentos iniciales; contrarios a la conectividad, donde la mayoría logró instalarse desde un comienzo en sectores centrales de esta gran capital.

ii. Trabajo:

Esta realidad inicial no solo se evidencia en las viviendas, sino que también en los primeros trabajos (la mayoría trabajos informales e irregulares), donde en muchos casos empiezan ganando menos que el mínimo, ocupando además la mayor parte de su día en ello. Las redes de apoyo fueron las que ayudaron a la mayoría de estas mujeres a encontrar su primer trabajo, carente de contrato y regularización. Es así como algunas terminaron cuidando niños, vendiendo boletos en la estación de buses, o trabajando en empleos para los que sí estaban calificadas (en base a estudios), pero ganando el sueldo mínimo, como es el caso de Milena (50 años, Tuluá), quien en un comienzo trabajó en restaurantes, y por el cargo de chef que ella cumplía le pagaban como asistente de cocina.

Otras de las entrevistadas tuvieron que apostar por su suerte, encontrando empleos de baja calificación ganando apenas, o menos que el sueldo mínimo. Es en estos contextos donde se exponen a condiciones de abuso y explotación, debido a que por la urgencia de obtener un contrato y así poder acceder a la regularización de sus papeles, muchas de ellas aceptan

condiciones laborales que solamente les permiten subsistir, más no ahorrar ni mandar dinero hacia sus hogares. Por otro lado, en muchos de estos casos termina la relación laboral sin el cumplimiento de la promesa inicial: la elaboración de un contrato, tal como nos relata María (33 años, Cali):

“Primero trabajé acá en Patronato vendiendo ropa y todo, pero como acá teníamos que tener trabajo pa’ un contrato, pa’ poder tener carnet, entonces trabajé 15 días y no me dieron el contrato entonces me tocó salir”.

Todas estas mujeres entraron a trabajar inicialmente al área de servicios, ya sea como garzonas en diversos restaurantes, trabajadoras del aseo en empresas, vendedoras en pequeñas tiendas ubicadas en los barrios centrales de la capital, o trabajando en el servicio doméstico, como asesoras del hogar puertas adentro. A pesar de que algunas tuvieron buenas experiencias en su primer trabajo, que les permitió regularizar sus papeles, la mayoría de estas mujeres tuvieron experiencias traumáticas, donde por ejemplo a Milena (50 años, Tuluá), la despidieron cuando su empleadora se enteró de que le detectaron cáncer; o como a Claudia (34 años, Tuluá), que fue despedida por quedarse cuidando a su hijo cuando este tenía fiebre, ya que la licencia la tenía el menor y no ella como trabajadora. Es así como vemos que los abusos cometidos en el ámbito laboral, donde el trabajo flexible y las bajas garantías legales son aplicados a estas mujeres con bajos niveles de apoyo, donde además tienen un escaso conocimiento sobre sus derechos de trabajadoras.

La separación de aquellas madres que dejaron a sus hijos en Colombia también empieza a pesar, por lo que una estrategia frecuente es una vida de doble jornada laboral, sin goces ni momentos de ocio, para apresurar la llegada de sus hijos e hijas, es decir, la reunificación familiar. De mis entrevistadas, la mayoría tuvo que pasar por condiciones laborales, de vivienda y de estilo de vida muy precario para lograr después de años trabajando, este cometido. Las únicas excepciones son aquellas mujeres que llegaron embarazadas a Chile, o que sus hijas o maridos migraron primero (como es el caso de Viviana, proveniente de la ciudad de Cali, que llegó siguiendo a su hija mayor, y a la vez trayendo a su hija menor consigo; o Carolina, que vino siguiendo a su marido), donde llegan a una realidad más estable, ya que sus familiares labraron el camino más duro dentro del relato migratorio, que es el momento de llegada.

iii. Discriminación:

El momento de llegada resulta ser uno de los más chocantes, donde las primeras impresiones calan hondo en los imaginarios y relaciones futuras que se puedan tener con la sociedad de acogida. Cabe destacar que el tema de la discriminación no fue tratado por todas las entrevistadas, porque sobre todo las que tenían más redes y recursos no se sentían aludidas frente a este tema, ya sea porque no sufrieron situaciones xenofóbicas ni

racistas en un comienzo, o porque contaban con una red tan fuerte de apoyo²⁷ que a pesar de comentarios que les pudiesen haber llegado, no les prestaban mayor importancia ya que no tenían un efecto material en sus cotidianidades.

La discriminación estructural resulta ser una de las primeras lógicas de exclusión que deben vivir estas mujeres: el difícil acceso a necesidades como vivienda, trabajo, o regularización de su situación migrante, junto con aquellas prácticas violentas de control fronterizo²⁸, son los primeros indicios de una realidad que posteriormente les va a resultar cotidiana, pues el simple hecho de provenir de otra parte del continente y considerarse un “otro”, hacen que su no-pertenencia a la colectividad nacional (Simmel, 1986; citado en Penschaszadeh, 2008) sea recalcada constante y negativamente por las instituciones y ciudadanos chilenos.

Por su parte, las experiencias y relaciones que han establecido con los santiaguinos tampoco han estado exentas de discriminaciones y violencias. A pesar de pertenecer a un sector específico de la población colombiana, se cristalizan en ellas los estereotipos (e imaginarios) generalizados de los migrantes colombianos: por un lado se destaca en esta población su alegría y amabilidad, junto con su destreza en el baile (la salsa) y su particular gastronomía; pero a la vez, y con aún más fuerza, se resaltan aquellos imaginarios que ligan a estos migrantes (y en específico, a estas mujeres) con el narcotráfico, la delincuencia y la prostitución. De esta manera, las discriminaciones que sufren en el ámbito laboral (por ser extranjeras, nuevas y mujeres), van acompañadas de estos imaginarios: las molestan por sus formas de vestir, las bromas que les hacen muchas veces se vinculan con drogas y con el personaje de Pablo Escobar, y las acusan de trabajar por menos y “robarle” así el trabajo a los chilenos. Afectan además en el acceso que tienen a diversos servicios, donde señalan que sobre todo en espacios públicos, se han visto discriminadas y/o amedrentadas por el hecho de ser colombianas.

Aquellas entrevistadas afrodescendiente de esta población, se les preguntó acerca del racismo. Solo dos mujeres correspondían a población afrodescendiente, señalando que más que racismo, lo que les había afectado había sido la xenofobia. En este sentido, les pesaba más ser colombianas que afro-colombianas, pues las discriminaciones las ligaban tanto más a su nacionalidad, que a su negritud.

“En cuestiones de trabajo nunca he tenido discriminación así, en mi trabajo no. Igual en ese tiempo que yo llegué no había tanto negro tampoco, ver un negrito era como ver algo así impresionante, el 2010 por ahí. El 2010-2011 había muy pocos negros, igual yo cuando tuve a mi hija la veían en la calle y se la querían comer, pero ahora hay muchos más po, hay miles” (María, 27 años, Palmira).

²⁷ En el sentido que sus familias ya estaban bien instaladas en Chile, y les podían a la vez brindar ayuda para encontrar empleo.

²⁸ Sobre todo de aquellas mujeres que realizaron su viaje migratorio por tierra, donde en el paso fronterizo de Chacalluta (paso entre Perú y Chile), se destaca en los relatos por los tratos xenófobos, violentos e impositivos frente a la población migrante.

Vemos en este relato el aumento progresivo que ha tenido la población afrodescendiente en Chile. María, en un comienzo no sintió discriminación hacia ella, lo que ella relaciona a la poca cantidad de personas afrodescendientes en Chile en el año 2010, pero señala que en la actualidad sí le afectan prácticas racistas que tienen diversas personas (e instituciones) hacia su hija. Esto puede estar ligado, y como señala María, a la baja presencia de población afrodescendiente hace diez años y cómo su aumento ha develado el pensamiento racista (y colonial) que tiene la población chilena frente a los migrantes latinos y caribeños²⁹.

Por último, cabe señalar que estos imaginarios y estereotipos que se generan frente a diversas comunidades, circulan hacia ambos lados con diferentes tipos de intensidad y poder. Es así como la visión del chileno desde el extranjero también se interpela como un delincuente, teniendo la mala fama de “lanza” y alimentando el temor de estas mujeres migrantes a Chile, por el miedo a ser ultrajadas por estos fugaces ladrones. Además, los prejuicios y estereotipos ejercidos hacia la población migrante colombiana, también son alimentados por los discursos de estos mismos migrantes. En todas nuestras entrevistas, estas madres se intentaban separar de aquellos “otros colombianos” que sí llegaban con intenciones de delinquir, prostituirse y ejercer el narcotráfico:

“(...) porque obviamente no falta la colombiana que se ha venido a putear, porque es la verdad, la colombiana que se ha venido a putear, el colombiano que ha venido a robar, el colombiano que ha venido a vender droga, el colombiano que ha venido a hacer cosas malas, si no vamos a decir mentiras, tampoco todos los que venimos acá somos buenos o venimos con buenas intenciones (...) En Antofagasta, la mayoría de colombianos que están allá están ilegales y hacen cosas que no deben” (Julieth, 24 años, Cali).

Se separan entonces sus tipos de migraciones, ligados a la necesidad de un bienestar económico, frente a unos “otros” connacionales que vienen a delinquir. Se liga este estereotipo a un lugar en específico (en este caso Antofagasta), donde van circulando imaginarios racistas/xenófobos entre la población nacional, pero también entre la población migrante. Vemos entonces una intención de solidarizar con las actitudes de distinción/separación de los chilenos frente a este otro, recalcando su existencia, pero separando aquella migración honesta de la delictual, pues no todos pueden ser calificados bajo las mismas categorías.

²⁹ Véase Tijoux (2107), en su texto en línea “El cuerpo como cicatriz. Relaciones coloniales y violencia racista”

3. Transformaciones en el mundo de la vida: cambios en las pautas culturales y en los imaginarios de género

La migración de esta manera, con los factores anteriormente analizados en cuanto a trabajo, vivienda y discriminación, se muestra como un proceso traumático, sobre todo en sus fases iniciales, donde se comparten ciertos patrones en la experiencia vivida, pero con diferentes destinos, dependiendo de la red de apoyo en la que estén insertas. Uno de estos elementos unificadores de la experiencia migrante resulta ser, como señala Alfred Schutz (1999), aquello que tiene que ver con las pautas culturales de la vida grupal, donde en este caso nos permitiremos analizar aquellas relacionadas a los imaginarios de género, pues sin excepción todas estas mujeres llegan de un mundo donde las valoraciones, instituciones y sistemas de orientación en cuanto a género y a las percepciones sobre lo masculino y lo femenino, son distintas a las de la sociedad de acogida, en este caso, la sociedad chilena.

En un comienzo, este “otro” les resulta completamente ajeno, donde el proceso de transición de una sociedad a otra lo viven por lo general solas o en pareja, evidenciándose en los discursos que la inserción inicial en la sociedad se busca mediante la obtención de un trabajo o de un hogar. Como imaginario de este otro, señalan el miedo que tenían de arribar a un país donde la gente no es amable, donde el chileno se caracterizaba por ser una persona altiva, grosera, “fría”, contraria a la sociedad que describen en sus lugares de origen, y que se condice finalmente con las experiencias iniciales que tuvieron en el país:

“Pesados. Pesados, groseros, que no les puede decir nada porque están... ¿Si me entiende? (...) no he conocido sino dos trabajos aquí, cuando trabajaba en Patronato, había gente así como pesadita” (María, 33 años, Cali)

“(...) en cambio acá llegaste a Santiago y te encuentras que en el metro, la gente que te choca, que te pasa a llevar, que no te dicen disculpas, o que tú entras a un lugar dices buenos días, nadie te responde, claro a lo mejor con esa diferencia al principio me chocaba un poco, porque por qué te pasan a llevar y nadie te voltea y dice oye disculpa” (Viviana, 45 años, Cali)

Pero llega un momento también en que esta “novedad chilena” se empieza a volver cotidiana, logrando con el tiempo una estabilidad económica tanto en lo laboral como en el concepto de hogar. Las redes ayudan en esto, pues la sensación de discriminación para estas mujeres se da principalmente en espacios callejeros, por lo que al encontrar un trabajo y un barrio estable, relacionándose con algunos chilenos, generando confianzas y amistades, hace que se sientan cada vez más familiarizadas con estos “otros”. Esto, sumado a una permanente nostalgia de su tierra, sobre todo anhelando el reencuentro con sus hijos, hace que estas mujeres decidan apostar finalmente por la reunificación familiar³⁰.

³⁰ En nuestros casos, la mayoría de las entrevistadas tuvo que traer a sus hijos años después de haber arribado a Chile. Pero en dos de estos casos, los hijos e hijas las tuvieron en este país, con

Nuestras entrevistadas en este sentido podrían constituir un ejemplo de lo que significa el aumento de la migración femenina, sobre todo de aquellas madres que dejan al cuidado de familiares a sus hijos en Colombia. La necesidad de criarlos ellas, junto a los miedos y culpabilidades que se suman en cuanto a su ausencia en el periodo de crecimiento³¹ hacen que se acelere esta necesidad de volver a vivir con su progenie. Es en este momento donde se empiezan a cuestionar más fuertemente la transformación que la migración ha traído a sus vidas, sobre todo a aquellas dimensiones relacionadas a la conformación de familia y a las maternidades, que difieren ampliamente de aquellas masculinidades y femineidades que practicaban en su sociedad de origen.

La primera particularidad, donde se evidencian en mayor medida los cambios, es la inserción completa de estas mujeres en el mundo laboral, sumado a una ausencia de redes, junto con la distancia del hogar que sugiere la inserción de estas mujeres en jornadas laborales extensas.

“Muy duro, me da la impresión de todos los que vienen para acá... o lo veo por mis amigos, duro, duro, porque en Colombia es diferente la forma de vivir. O sea uno llega acá y es: trabajo, trabajo, trabajo ¡Todo es trabajo! Y cuando uno tiene hijos, como que los hijos uno tiene por obligación dejarlos solos” (Milena, 50 años, Tuluá).

Esto genera una serie transformaciones que dividiremos en este apartado en tres grandes dimensiones: aquellas que están ligadas a la crianza y a las redes de apoyo; aquellas que se relacionan a los roles de género que se desarrollan dentro del hogar y aquellas que existen las relaciones de género que existen dentro de las familias involucradas.

i. Transformaciones en la crianza y redes de apoyo

Los efectos inmediatos de la inserción al mundo laboral de estas mujeres en un país extranjero tienen repercusiones profundas en los imaginarios de género que aún circulan en estas familias: como madres, como mujeres y como parejas, no pueden ejercer de manera plena el deber que implica para ellas pertenecer al mundo femenino, pues sus trabajos (en su mayoría precarios, flexibles y de mala paga), les demandan gran parte de su energía vital. Esto implica que su imagen propia se permea de aquellos significados otorgados antiguamente a los varones, ligados a las ausencias del hogar, a ser además en muchos casos las proveedoras principales de este, a cuestionarse si están haciendo lo debido en relación a sus hijos, fomentando sentimientos de culpabilidad, y a cuestionarse también sobre la posición que tenían en sus familias en el pasado. Como mujeres sentían

parejas antaños o con hombres que conocieron en las diversas redes migrantes en las cuales se insertaron al momento de llegada.

³¹ Sobre todo en aquellas madres que se separan de sus hijos pre-adolescentes o adolescentes, que temen a que puedan caer en malos hábitos como la droga, delincuencia o que sean víctimas de violencia en sus lugares de origen.

que tenían que marcar una presencia permanente, no solo en los temas de crianza, sino que también eran las responsables absolutas del mantenimiento del hogar, de su limpieza y de su reproducción.

En el Departamento del Valle del Cauca, las principales redes de apoyo de estas mujeres estaban conformadas por mujeres de su familia, sobre todo madres y abuelas que las ayudaban en temas de crianza y cuidado de sus hijos. Al trabajar remuneradamente, estas mujeres actuaban como una extensión de sus cuerpos, lo que permitía opacar aquellos sentimientos de culpabilidad por tener que salir de sus hogares durante gran parte del día.

Una vez realizado el movimiento migratorio, el cansancio y las largas jornadas laborales no les permiten marcar esa presencia en el hogar, evocando sentimientos de culpabilidad por sentirse ausentes en la crianza de sus hijos e hijas:

“A ver, en Colombia éramos más unidos. Éramos más unidos en el sentido que, mis hijas me reprochan mucho, que pues yo ya no les hago de comer, que yo ya no estoy más pendiente en ellas, que yo llego a acostarme, y no estoy así con ellas como en Colombia. En Colombia yo era todo lo de la casa, que les lavaba, les planchaba, les cocinaba, hablábamos, salíamos al parque, aquí no. Como te digo, pero ya es por el trabajo, porque yo trabajo imagínate de las nueve, y ya a la casa llegaba a las siete de la noche, y yo llego cansada y ellas también llegan cansadas de su colegio y se acuestan a dormir ¿Entonces qué conversación hay? Nada.”
(María, 33 años, Cali)

Actualmente, las redes de apoyo familiares han sido reemplazadas por redes de contactos conformadas también por mujeres migrantes, que se ayudan en temas de cuidado y crianza. Diana (20 años, Cali), antes de conseguir un empleo formal en Chile, trabajó de niñera cuidando a los hijos e hijas de las mujeres migrantes que pertenecían a su red más cercana. Ella viviendo en la comuna de Independencia³², sirvió de apoyo a aquellas madres trabajadoras de su red que no tienen recursos ni papeles suficientes para ingresar a sus hijos a salas cunas (ya sean gratuitas o pagadas).

Esta experiencia se repite en las otras entrevistadas, que para encargarse del cuidado de sus hijos una vez realizada la reunificación familiar, han buscado niñeras informales que los cuidan junto a otros niños provenientes de distintas regiones del continente. Solo aquellas mujeres que contaban con empleos más formales y mejor remunerados (como Lorena y Carolina, ambas de la ciudad de Cali), podían permitirse pagar salas cunas o “*after school*”, donde permanecen los niños después del colegio esperando a que alguno de sus padres vuelva del trabajo. Las demás mujeres, que cuentan con menos recursos, sus hijos e hijas no pueden concurrir a instancias formales de cuidado, por lo que se las ingenian con otras

³² En aquellos mega-edificios que tienen más de veinte pisos con cientos de departamentos, donde en terreno pudimos percatar la gran cantidad de población migrante que habitaba en este lugar.

mujeres de su red migratoria de manera segura y a bajo costo (como el trabajo que realizó Diana cuando arribó a Chile).

En este sentido, vemos también como las cadenas de cuidado femenino³³ se reproducen en el lugar de destino, donde las mujeres con ayuda de amigas o familiares, logran resolver el tema de la crianza de sus hijos a pesar de contar con muy pocos recursos económicos. Pero no todas las mujeres generan estas confianzas con sus redes, Juliana (35 años, Cali) al no contar con recursos ni amistades que la ayudaran, tenía que trabajar junto a su hijo, llevándolo a todos los complejos artísticos donde ella hacía clases de ballet, desde Peñalolén hasta Quinta Normal. Añoraba aquellos tiempos en que contaba con su familia como su principal red de apoyo:

“No pues en Colombia tendría todo el apoyo de mi familia, no tendría todas esas cosas de por ejemplo mi hijo está enfermo y yo me tengo que ir a trabajar y me lo tengo que llevar enfermo, porque no hay quién lo cuide. Aparte que nosotros dos somos solos acá, en cambio allá se estaría criando rodeado de un abuelo, de una abuela, de una tía, de un primo. Y a mi hijo le gusta eso, y a mí también me gusta estar rodeada en familia, el almuerzo familiar, la mesa, o sea la vida de familia” (Juliana, 35 años, Cali).

María (27 años, Palmira) también tuvo problemas con el cuidado de su hija cuando estaba pequeña, teniendo que llevarla a trabajar al negocio que estaban levantando con su marido:

“Ahí también le tocó muy duro a mi hija, porque no tenía dónde dejarla y gracias a Dios nunca fue el Sename al restaurante, teníamos como un ¿Cómo se llama eso? Un cooler chico que no lo utilizábamos, y de la cuna sacamos el colchón de mi hija, lo llevamos a ese cooler y ahí la colocábamos, ella mantenía todo el día, gracias a Dios es una niña muy tranquila”.

Vemos entonces cómo el cuidado es una de las esferas que no sale del mundo femenino, pues a pesar de que las mujeres del hogar ya no cuentan con jornadas laborales que les permitan dedicarse también a la crianza, sus parejas tampoco juegan un rol muy importante en esto. Son las madres las que se las tienen que ingeniar para dejar con alguien el cuidado de sus hijos, y estas son generalmente también mujeres migrantes, que dedican sus espacios y con remuneraciones mucho más bajas que una sala cuna o jardines establecidos, a cuidar a los hijos de sus redes de apoyo.

Se puede ver cómo hay dimensiones que no dan giros profundos en el movimiento migratorio, como es el tema del cuidado y crianza de los hijos, donde aún dentro de los imaginarios de género se ve como una tarea ligada al mundo femenino. En general las labores masculinas en relación a estos temas aún se conceptualizan como una “ayuda”, y

³³ Analizadas sobre todo en estudios de la migración con enfoque transnacionales, véase Herrera (2016), Zapata (2016), Pedone (2008), entre otros.

no en relación a los deberes compartidos. En las entrevistas, esto se exagera en aquellas mujeres que han dejado de trabajar para quedarse al cuidado de sus hijos, que de las once entrevistadas resulta que hay un solo caso:

“Es que la de todo soy yo, cuando está él de pronto es el de las órdenes, pero yo soy la que todo: la que plancha los uniformes, la que les da el desayuno, la que los baña, la que todo soy yo, la que los lleva al colegio, la que los trae, todo soy yo (...) y él de pronto es el que manda, el de la plata, ellos quieren algo pues dígame a su papá, ellos saben que el papá es el de la plata, y el que también obviamente da órdenes pero como casi no está...” (Carolina, 32 años, Cali)

De las mujeres entrevistadas, cuatro permanecían con los padres de sus hijos en Chile, cuatro estaban separadas sin pareja actual, y tres estaban separadas del padre de sus hijos, pero tenían nuevas parejas convivientes. En los casos de aquellas mujeres que viven solas, se evidencia más esta separación de los roles de crianza, pues los padres generalmente se encuentran lejos y son ellas las que se hacen cargo totalmente de sus hijos e hijas. Pero en este apartado nos enfocaremos más en aquellas mujeres que conviven con sus parejas y que representan a la figura paterna dentro del hogar, pues en ellas es donde se evidencian más las transformaciones que han tenido las familias en el movimiento migratorio. Una mujer que vivió estos dos estados fue Lorena, que llegó sola a Santiago en búsqueda de nuevas oportunidades laborales dejando a su hijo en Cali con sus padres. Acá conoció a su actual pareja, y juntos decidieron traer a su hijo y hacerse cargo de su crianza:

“(...) yo decía me voy a salir de trabajar, mi hijo me necesita, pero a la vez no porque entonces cómo va a seguir con el estilo de vida que tiene: o se baja el estilo de vida y tú te quedas en la casa, o trabajas y lo mantienes y aprendes a vivir como cualquier mamá lo hace porque acá la mayoría son las que dejan al cuidado a sus hijos a las que se quedan en sí en el hogar” (Lorena, 25 años, Cali).

Vemos el tiempo femenino distribuido entre el trabajo dentro y fuera del hogar, donde el trabajo se muestra como un sacrificio para la vida familiar, pero como algo necesario para mejorar o mantener el estilo de vida. Es en este escenario donde la tendencia de estas entrevistadas, ya sea con nuevas parejas o con los padres de sus hijos, es que se redistribuyen los roles familiares: los hombres también adquieren en el espacio privado una función en la crianza y en el cuidado de sus hijos, hijas o hijastros. Según las jornadas laborales de cada uno es que se distribuyen los tiempos en el cuidado de los hijos: el que entra más temprano se encarga de vestirlo y llevarlo al colegio, otro de alimentarlo, de bañarlo, y así con las diversas labores que se dan dentro de un hogar en torno a la crianza.

Entonces vemos cómo cambian las dinámicas familiares en cuanto a la relación con los más pequeños del hogar, pero no funcionan tan rápidamente estos cambios en los imaginarios. Las madres siguen siendo en última instancia las responsables de la crianza y el cuidado de sus hijos, transformándose el rol paterno en una “ayuda” más que en una

responsabilidad. De igual manera, los hombres de familia siguen teniendo autoridad frente a sus hijos, pero también desde un rol contenedor, donde ya no se caracterizan por su ausencia del hogar, sino que también tienen responsabilidades que cumplir y que van determinando finalmente su pertenencia a este espacio.

Vemos entonces que en la crianza también existe un imaginario que resulta dinámico, que por un lado sigue asociando a las mujeres como inherentes a este rol, pero ahora acompañadas por una ayuda masculina. Por otro lado, las labores masculinas dentro de la crianza ya no se relacionan solamente a la autoridad, también se permiten espacios donde se considera a la figura paterna como contenedora y protectora, insertando esta figura dentro del imaginario de hogar (alejándose de esta manera de la figura del padre ausente/autoritario). Se deja además de feminizar y subvalorar estas labores, ya que las diversas realidades cotidianas dan cuenta al universo masculino de que este trabajo, que hasta ese momento había sido invisibilizado, requiere de tiempo y esfuerzo que ya no se puede concentrar en la figura materna. Actualmente, muchos tienen que tomar un rol activo frente a la crianza y cuidado de sus hijos para sostener la realidad económica y material de su familia, cuestión que las entrevistadas reconocen como un espacio todavía incómodo para la mayoría de sus parejas.

ii. Transformaciones en los roles de género dentro y fuera del hogar

Como señalamos anteriormente, el movimiento migratorio de estas mujeres estuvo motivado principalmente por razones económicas, y de las mujeres entrevistadas, todas se encontraban trabajando remuneradamente en Chile al momento de concretar la entrevista, habiendo solo una excepción: Carolina (32 años, Cali), quien se dedicaba plenamente a la función de dueña de hogar, encargándose de la total reproducción de este junto con ser la única encargada de la crianza de sus hijos mientras su esposo tenía el rol de proveeduría.

Pero en todos los demás casos, el hecho de tener extensas jornadas laborales implica una menor presencia en el hogar, y por tanto, menor tiempo en la reproducción de este. Es aquí donde los roles e imaginarios de género ligados a la reproducción del hogar sufren un quiebre, pues hombres y mujeres tienen que tener un rol activo dentro y fuera del hogar para que este funcione.

“O sea por ejemplo con mi esposo pues bueno, yo me levanto en la mañana y dejo el almuerzo hecho. Entonces digamos si a la hora que yo salgo a almorzar no han llegado los niños, ellos se sirven su almuerzo o se los sirve el papá. Respecto a la casa pues yo llego en la noche y entre los dos organizamos, los ponemos a los niños a que doblen la ropa, el uniforme eso sí cuando llegan tiene que estar organizado porque es para el otro día” (Claudia, 34 años, Tuluá).

En este testimonio se refleja que no solo los padres se dividen las labores hogareñas, sino que a medida en que los niños van creciendo también se van haciendo cargo de diferentes tareas. En el caso de Claudia (Tuluá), su hijo mayor tenía en ese momento diez años, y ya se hacía cargo del menor cuando sus padres estaban ausentes, había aprendido a cocinar y mantenía el orden de su espacio dentro del hogar³⁴. Dentro de la visita a su hogar esta situación se puso en evidencia empírica, al ver que este niño era también el encargado (por voluntad propia) de recibir a las visitas, sirviendo vasos de jugo y meriendas a los amigos de su madre.

Las entrevistas evidencian no solo cambios producidos a nivel de prácticas dentro de las labores domésticas, sino que también aquellos cambios y resistencias en cuanto a los imaginarios de género que circulan en las familias migrantes. Las mujeres en este sentido, al conformar familia en el país en el que decidieron establecerse y decidir insertarse al mundo laboral, deciden también en un proceso autorreflexivo distribuir las labores del hogar con sus parejas, ya que ellas solas no pueden con el trabajo, la crianza y las labores domésticas:

“(...) me ha aliviado la carga pero él igual a veces él dice que yo no lo dejo por así decir, mandar, porque yo soy la que sigo mandando (...) Igual nos sentamos, hablamos de los temas que hay que tratar con la adolescencia, permisos, o algún cambio, algo que estamos haciendo mal, o qué decisión vamos a tomar en equis cosa de la casa, qué se va a hacer, cómo lo vamos a organizar, qué días vamos a mercar, cómo vamos a hacer lo del aseo, el oficio, los compromisos, los deberes, aquí todo lo cuadramos así: a quién le toca cocinar, a quién le toca lavar, a quién le toca barrer... quién va a ir con los que vamos a ir a mercar³⁵, y cosas así, que siempre lo hemos hecho así. Pero yo trato en lo posible que sea tanto él y yo como equitativo” (Viviana, 45 años, Cali).

De esta forma, se da un cambio en las jerarquías del hogar. La imagen masculina ya no es la de antaño, en estas familias el hombre también se hace responsable del espacio privado, no como una ayuda sino como un deber: las parejas de estas mujeres cocinan, van al supermercado, lavan, limpian y barren sus hogares. El hombre ya no lleva todas las de ganar, pues para mantener su lugar dentro de la casa debe aportar en la reproducción de esta; por otro lado, no cuenta con las mismas redes de apoyo que en Colombia, por lo que escapar de su situación (en relación a su imagen de hombre/padre ausente) no le resulta tan fácil: pierde con esto capital social, pues las redes más consolidadas por lo menos dentro de mis entrevistadas son aquellas redes familiares. Las entrevistadas no refieren a sus parejas como mujeriegos u hombres ausentes, sino que por el contrario, marcan igual presencia dentro de su hogar que ellas y toman roles activos dentro de la reproducción de este, en este sentido, su imagen también se refuerza en el mundo privado.

³⁴ Me refiero a espacio ya que su lugar de dormir se encontraba en el mismo living-comedor (y no en una pieza), mientras que el menor de ellos aún dormía con sus padres.

³⁵ Mercar refiere a ir a comprar a la feria o al supermercado la mercadería del hogar

La imagen femenina cambia de igual manera: el trabajo remunerado fuera del hogar ya se siente como un derecho propio, empiezan a tomar posición y poder tanto fuera como dentro del hogar. En el espacio privado son ellas las que en la mayoría de estas familias dirigen las funciones que va a cumplir cada uno, reconociéndose su voz y también su poder de mando; en el espacio público, se desarrollan en sus labores y oficios, transformándose ellas también en figuras proveedoras. La maternidad, aunque ya se ha hecho inherentes a sus vidas y a sus proyecciones de mujer y familia, ya no se muestra como un cautiverio (Lagarde, 2015) que las ate al mundo privado, sino que a pesar de reconocer que es la dimensión más importante de sus vidas, y de las que están inherentemente a cargo, no es la única: ahora también se reconocen como trabajadoras, como mujeres migrantes, como proveedoras de hogar y también como dueñas de casa.

“Todos, todos tienen aquí algo que hacer, que aportar. Obviamente que las decisiones casi totales en la parte económica, en cuanto a cómo vamos a pagar, todo eso, todos aportan pero yo soy la que paga” (Viviana, 45 años, Cali)

“Yo soy el pilar, yo soy la que mantiene este hogar, pero sí nos distribuimos todo. De repente los fines de semana uno se encarga de lavar, yo soy la que cocina, el otro se encarga de la casa, nosotros en la casa no tenemos problema por eso” (Viviana, 32 años, Buenaventura)

Los testimonios dan cuenta de que no solo se distribuyen las labores domésticas, sino que las jerarquías del hogar cambian. En el caso de Viviana, nacida en la ciudad de Cali, a pesar de tener una pareja que no es el padre de sus hijos, ella es la que regula los ingresos del hogar y los distribuye según sus necesidades. Por otro lado, Viviana de Buenaventura es madre soltera, pero sus hijos ya son adolescentes y también tienen deberes en la reproducción del hogar, a pesar de no formar parte de las personas asalariadas de este. Existe entonces un control de ingresos que antes no gozaban, y eso hace que tomen conciencia y acción sobre este nuevo rol que las afecta: la mujer no solo ya no está confinada a la vida privada, sino que adquiere un rol preponderante dentro de esta y también dentro del espacio público, sus ingresos ya son sostenedores primarios del hogar, y frente a este escenario es inherente el cambio sobre la percepción del rol y la figura femenina, y por consiguiente, la masculina.

Estas nuevas distribuciones de funciones dentro de los hogares se reconocen en ocho familias de los once casos, ya sea con parejas antiguas, con nuevos convivientes, o viviendo solas, donde en el último caso sus hijos e hijas pasan a apoyar en la reproducción del hogar, teniendo un rol fundamental dentro de estos y dejando a un lado esta imagen de la figura materna omnipotente. De las tres mujeres restantes, una de ellas es el caso visto al principio de este apartado que es Carolina (32 años, Cali), dedicada a la labor de dueña de casa; el otro es Juliana (35 años, Cali), madre soltera, donde su hijo al ser muy pequeño

no la puede ayudar en el hogar, y su ex pareja³⁶ nunca se hizo cargo de este ni en lo económico ni en lo reproductivo; y María (27 años, Palmira), que dentro de las entrevistadas es la única mujer que trabaja a la par con su marido, pero que no ha cambiado las dinámicas de género dentro de su casa, teniendo la triple labor de crianza, mantenimiento del hogar y trabajo remunerado.

A pesar de ser una excepción dentro de este estudio, el caso de María (27 años, Palmira) nos muestra que el proceso de cambio y de adaptación de las familias a la sociedad de llegada no se da de la misma forma en todos los casos, pues en este podemos visualizar relaciones de género más conservadoras, donde predominan las distribuciones de roles más tradicionales. Pero aún en este caso, es inevitable que el varón del hogar pase a “ayudar” en las labores, ya sea de aseo o de crianza, pues debido a las largas jornadas laborales de ambos padres no puede quedar todo el trabajo doméstico en las manos de una de las partes:

“Ay si mi esposo no hace nada, apenas trabaja. No hace nada, a mí me toca hacer todo porque yo llego más temprano po. Sí, no pues él entra a las 10 de la mañana, él lleva a la niña, la viste, yo la dejo a ella peinadita, no sé le hago su moñito en el pelo, él tiene que pararla, vestirla, lavarle los dientes, cepillarle... Él la lleva al colegio, yo salgo a las tres igual que ella y yo la recojo, yo la traigo a la casa, nos venimos a la casa, y ya llegando a las tres aquí descanso una hora, dos horas y ya me pongo a hacer las cosas: arreglar el apartamentito, cocinar, porque él ya sale tarde, ya sale a las siete de la noche. Entonces cuando él sale obvio, yo ya hice el resto de las cosas. Cosas así, y si él puede antes de irse no sé, si hay ropa la pone a lavar, cosas así, pero nada... hombre po” (María, 27 años, Palmira).

Vemos entonces como se sigue conceptualizando el trabajo doméstico masculino como una “ayuda”, no obligada, pero fundamental para la reproducción de la familia y del hogar. En el caso de María, su esposo se integra a la crianza de su hija: es el responsable de arreglarla en las mañanas para ir a la escuela, y de cuidarla mientras su madre no esté. Entonces por lo menos en las prácticas, casi todas las familias de estas entrevistadas sufren cambios relativos a la reproducción del hogar y a quiénes están encargados del trabajo remunerado, lo que produce diferentes grados de alteración o cambios en los imaginarios de género que portan desde sus lugares de origen.

El imaginario radical, tal como señalaba Castoriadis (2013) opera como un magma inagotable de representaciones, que en estas mujeres se expresa en una conceptualización diferente de lo femenino y lo masculino. Este se empieza a impregnar de distintos significados asociados, como veremos en el último capítulo, a la sociedad de acogida: la chilena, considerada una sociedad más liberal en sus costumbres, tradiciones y pensamientos.

³⁶ Chileno, no la deja salir del país con su hijo, pero tampoco le aportaba en lo económico ni con la crianza, por lo que Juliana tuvo que llevar a juicio esta situación.

Las representaciones sobre lo masculino y lo femenino que traían de sus lugares de origen, que decantaba en ciertas prácticas laborales y domésticas, ya no puede operar en sus nuevas realidades, lo que hace que para la sobrevivencia familiar tanto hombres como mujeres deban adoptar cambios en los roles dentro y fuera del hogar, como en las representaciones que se asocian a ello. Ya no funcionan como antaño, donde las labores domésticas los jefes de hogar las asociaban a mujeres o a homosexuales, sino que en una sociedad donde ambas partes vienen principalmente a desarrollarse laboralmente y buscar mejores oportunidades que en sus lugares de origen, tienen también que desarrollarse ambos en la esfera privada y en la constitución de familia.

“(...) porque yo en Colombia era igual, sino que acá ya el trabajo y todo, es que yo me he abierto un poquito, porque aquí ya trabajamos solo dos, en cambio en Colombia yo casi no trabajaba, el que trabajaba era él” (María, 33 años, Cali).

Es así como estas extranjeras, deben aprender a adaptarse a estas nuevas pautas culturales (Schutz, 1999), traduciendo y cuestionando ciertos elementos de la sociedad y cultura de llegada (chilena), en este caso asociados a las relaciones, roles y jerarquías de género. Este “abrirse un poquito” al que refiere María, es aceptar que las dinámicas familiares ya no pueden mantenerse estáticas, que el trabajo asalariado de ambas figuras parentales modifica también el imaginario que se entiende de familia. Abrirse también implica insertarse en una sociedad más liberal, donde la mujer cumple diversas funciones a la par del trabajo doméstico, y donde el hombre también debe hacerse parte en mayor o menor medida de las labores de este.

Pero también dentro de las familias se mantienen ciertos elementos relacionales que las vinculan a su cultura de origen, donde a medida que van pasando los años, se idealiza esta cultura en cuanto a sus prácticas y valores. Vemos entonces a la figura femenina del hogar, la madre, como una imagen poderosa dentro de este, donde se mantiene la estructura matriarcal dentro de la esfera privada que se reflejaba en la sociedad de origen, pero potenciada a su vez con su salida, y su reconocimiento sobre esta, a la esfera pública; por su parte, la figura masculina sigue teniendo jerarquías cuando se integra al tema de la crianza, el hombre es el de las órdenes y el de las palabras, pero ahora también integrándose a plenitud en este espacio que anteriormente era rechazado en función de lo llamativa que resultaba la vida fuera del hogar.

iii. Transformaciones en las relaciones de género

Los cambios de roles dentro de los hogares, el hacinamiento y los distintos niveles de compromiso en las funciones de crianza hacen que la relación entre las figuras masculinas y femeninas dentro del hogar también sufran transformaciones. En este sentido, las relaciones que llegan cristalizadas desde Colombia ya no funcionan; mientras que aquellas que se forman en el lugar de destino tampoco siguen las mismas lógicas que tenían con sus antiguas parejas en Colombia.

Dentro de los estudios de casos, hay una entrevistada que su historia resulta emblemática, y con la cual ejemplificaremos este apartado. Este es el caso de Milena (50 años), proveniente de la ciudad de Tuluá. En Colombia tenía una familia con tres hijos, y eran dueños de diversos restaurantes que administraba su esposo. Se fueron de Tuluá por deudas que estos negocios les habían dejado, además de que sus hijas ya estaban adolescentes y creían que este era un lugar muy inseguro para que viviesen allí. Milena migró antes que su marido y se dedicó a trabajar en lo que había estudiado, chef de cocina. A pesar de sufrir bastantes abusos en el aspecto laboral, después de varios meses esta mujer afrodescendiente logró una estabilidad suficiente para pagar sus deudas en Colombia, cosa que permitió que su esposo pudiese migrar a Chile. Pero este encuentro no resultó como ella esperaba, ya que su marido quería desarrollar su relación de la misma forma en que lo habían hecho en Colombia: ella a cargo del hogar y él de los negocios, pero para esta mujer esto ya no era posible.

“Entonces acá cuando llegó él quiso poner orden y yo le dije: “ah no. No gordo, acá yo soy la que mando, así que olvídese”, entonces él: “pero negra, mire...”, “gordo, allá en la casa mandaba usted, aquí no, le dije que así yo quiero”, “es que usted se modernizó mucho” me decía, “no, ya vivo bien, ya me siento bien, me siento como con otro ambiente”, yo salía con el niño así, nos íbamos pa’l parque, yo me sentía como liberada” (Milena, 50 años, Tuluá)

Vemos varios tipos de cambios en la vida de Milena: pasa de ser dueña de casa, encargada del hogar y de los negocios locales de la familia, sin recibir sueldo ni administrar sus recursos, a proveer a esta y sacarla de sus deudas. La importancia que adquirió en sus empleos también se proyectó en su hogar, cambiando las jerarquías dentro de este, pues la independencia económica también le dio a esta mujer, tal como ella señala, el sentimiento de libertad.

Esta libertad le permitió a Milena enfrentarse a su marido: al llegar, él le cuestionaba cómo se vestía, con quiénes se relacionaba, e incluso como señalaba en su relato, la manera en que decoraba el hogar. La sensación de perder el control sobre el tiempo de su mujer, y de como señala Milena, sentirse desplazado de su relación de pareja y de su rol de proveedor del hogar, hizo que este hombre empezara a tener actitudes cada vez más violentas con su esposa, llegando al punto de golpearla y de amenazarla a muerte.

“[Me decía] “negra usted Chile la cambió”, yo le decía “gordo, pero cómo que me cambió”, “sí porque mira ya tú me das órdenes a mí”, yo le decía “pero es que así tiene que ser, toda la vida no tenía que estar ahí, usted era el que me mandaba porque usted era el de la plata y ahora se cambiaron los papeles”

“O sea no sé por qué, horrible, llegó a tal extremo de que me pegaba, entonces yo dije ¡No, esto no es conmigo! Pa’ vivir de nuevo a mi papá ¡Olvídese!, yo le dije: “no gordo, eso sí no”. Entonces me maltrataba, me decía vulgaridades, y al rato aparecía con un ramo de rosas, yo le decía ¡No, no!” (Milena, 50 años, Tuluá).

Esta mujer señala uno de los aspectos importantes dentro de los análisis de poder dentro del espacio privado, y es la concepción de que el que “manda” en el hogar es aquel que trae dinero a este. Las relaciones de género en este sentido, ya no pueden estar cargadas con las mismas dinámicas machistas que en la cultura de origen, donde la palabra masculina ejercía absoluto poder sobre los demás miembros de la familia, sobre todo sobre sus mujeres y sus cuerpos. Es debido al poder que adquiere en otras esferas de su vida, sobre todo en aquellas ligadas al trabajo, que Milena decide terminar la relación con su marido, significando el regreso de este a Colombia y el establecimiento definitivo de esta mujer en Santiago.

El caso de Viviana (32 años, Buenaventura) resulta ser algo similar, pues en Colombia, el padre de sus hijos la tenía prácticamente secuestrada en una finca: no la dejaba salir, hacía que se encargara de las labores del hogar además de cocinarle a todos sus trabajadores, y no le permitía tomar medidas para la anticoncepción. Al llegar a Santiago, e incluso antes, esta mujer empieza a desprenderse de todos aquellos significados que la posicionaban como víctima de su vida, deja a su marido y se viene con sus hijos a probar suerte a un país distante, evitando relaciones con el género masculino por miedo a perder esta libertad que tanto tiempo le costó ganar.

Los casos de estas dos mujeres se podrían mostrar más reveladores, en el sentido de que el movimiento hacia lugares lejanos hace que empiecen a saborear aquello que ellas entienden como libertad, sobre todo en cambiar elementos que se relacionan con dinámicas machistas y violentas que mantenían con sus antiguas parejas. Pero estos cambios se presentan en distintos grados en cada caso, ya que no todas experimentan un alejamiento o pleno rechazo hacia las figuras masculinas que representaban en sus lugares de origen, donde como hemos visto, algunas incluso siguen reproduciendo sin cambios aparentes la distribución de roles y poderes dentro del hogar.

Dentro de este encuadre, cabe destacar que lo femenino y la construcción de familia se liga aún al tema de la filiación, donde la maternidad se muestra como destino inherente al ser mujer. Entre las entrevistadas, más de la mitad tuvo a sus hijos antes de los veinte años, y en esto pudimos percatar que la maternidad joven/adolescente no se ve como una tragedia, sino más bien como parte de un destino al cual le es natural llegar. Es así, como a pesar de estar en un país ajeno desarrollándose en el ámbito laboral, las proyecciones de futuro

siguen más ligadas a un proyecto de familia que a una carrera profesional, lo que se expresa en ensoñaciones de retorno que aseguren por un lado el futuro de sus hijos (educación y hogar), además del reencuentro con lo que más extrañan de sus lugares de origen, sus familias extendidas. Surgen entonces actualmente sentimientos de culpa frente al considerado abandono del hogar, que implica no poder realizar las tareas que en sus culturas de origen le eran asignadas. A esto se le suma la reducción del tiempo con sus parejas e hijos, y el miedo a que esto desvíe sus modos tradicionales de crianza³⁷.

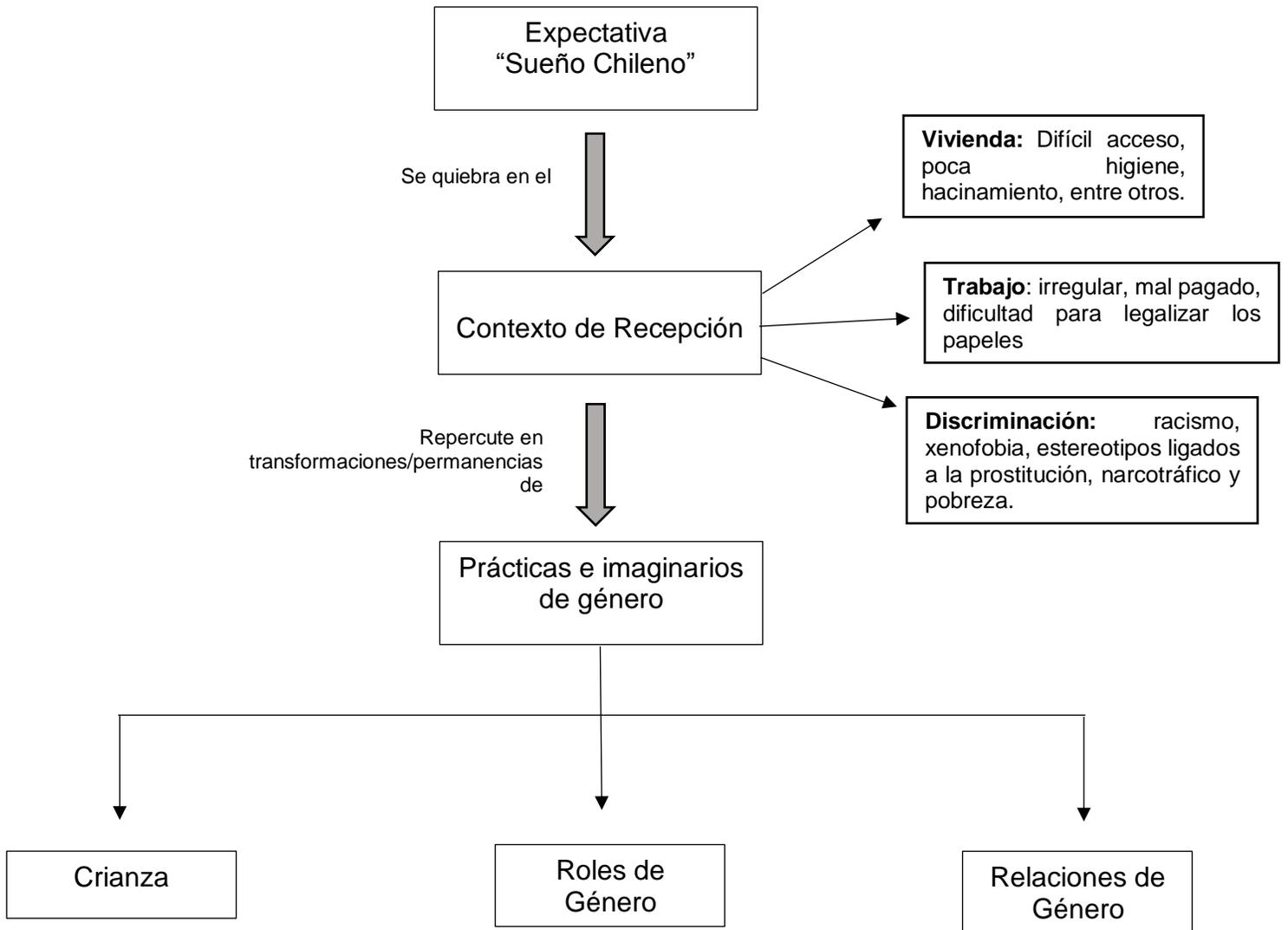
Por último, señalar que en esta constitución de familia todavía la imagen masculina, y sobre todo paternal, tiene mucha importancia. Como se vio anteriormente, dentro de la crianza se le carga al hombre de un aura de sabiduría, pero también es necesaria su figura para tener lo que se entendería como una familia “bien constituida”.

“Sola. Siempre enfrente mi situación sola, por eso será que al llegar acá conseguí marido, porque la soledad te hace a ti como aferrarte a algo que de pronto tu no quieres pero es la única opción que tienes. Entonces así, y era el único amigo que tenía así, lo conocí a él de la nada y fuimos siendo amigos, hasta que terminamos siendo pareja (...) Bueno yo he salido buena mujer y él salió un buen marido, buen trabajador y nunca nos falta nada” (María, 27 años, Palmira).

No todas las mujeres entrevistadas para este trabajo estaban en pareja, pero sí anhelaban más que un hombre, una figura paternal para sus hijos. Como señala María, la soledad hace que las mujeres se aferren a algo que de pronto no quieren, pero es la única opción que tienen. El padre se ve todavía como una imagen presente, a pesar muchas veces de su ausencia material, ya que siempre es reemplazado simbólicamente por otra figura masculina: ya sea nuevas parejas, tíos de estas mujeres o abuelos. El destino femenino es ser madre, pero también es idealmente en pareja, cuestión que traspasa fronteras y que se mantiene como un elemento que permanece dentro de los imaginarios de estas vallecaucanas.

³⁷ Se ahondará sobre este tema en el tercer capítulo, donde se evidencia más claramente el choque que surge en este tema con la sociedad chilena

Esquema 2. Cuadro sintético de las transformaciones de imaginarios de género en el lugar de recepción



Capítulo 3: Influencia de la sociedad chilena en los imaginarios de género

En este apartado del trabajo, nos adentraremos en un tercer momento del movimiento migratorio, y es aquel en que estas mujeres ya se encuentran asentadas en los lugares de destino y donde hay una mayor claridad de quién es este “otro” al que se enfrentan: conocen en mayor o menor medida sus costumbres, prácticas y significaciones. De esta manera, hay una mayor concientización de las exigencias que le impone la sociedad chilena en cuanto a ciertas acciones/actitudes distintas de sus lugares de origen, relativas a las relaciones de género y a la constitución familiar.

Vemos que tras los movimientos migratorios, el cambio de espacialidad y de estilo de vida dispone al inmigrante a experiencias de cambios y reformulaciones no solo en el lugar de acogida, sino que también en la forma de vincularse con la sociedad de origen (Imilan, Márquez & Stefoni, 2015; citado en Contreras, Ala-Louko & Labbé, 2015). Podremos ver entonces como hay elementos de su cultura de origen que permanecen, son valorados y se re-apropian; mientras que hay otros elementos de la sociedad chilena que se asimilan.

En este sentido, no todas las entrevistadas han llegado a este estado, sobre todo aquellas que llevan poco tiempo en Chile. Pero debido a que todas ya vivieron la reunificación familiar, sobre todo destacando el reencuentro con sus hijos e hijas, nos da a entender de que ya cuentan en su mayoría con una estabilidad económica y de vida que les permite traer a su progenie, y que se refleja en la realidad en el hecho de que la mayoría de estas mujeres llevan más de tres años viviendo en el país. De esta manera, este apartado estará dividido en tres fases: una que refleje la percepción que tienen estas mujeres de este “otro”, reflejado en masculinidades y feminidades de la sociedad chilena; otra que se enfocará principalmente en la inserción de estas mujeres en una sociedad de consumo, donde la familia y los imaginarios de género se verán involucrados; por último se indagará en las proyecciones que tienen estas mujeres y cómo estas se relacionan con la reproducción cultural de estos imaginarios.

1. Sociedad chilena: el “otro” en los imaginarios de género

Los cambios que han sufrido estas mujeres en sus trayectorias migrantes se grafican con mayor nitidez en el discurso cuando aparece este “otro” chileno: aquel personaje que se contrasta con las prácticas culturales asociadas a sus lugares de origen, perteneciente a una sociedad más liberada y consumista, donde los valores inculcados en la sociedad colombiana se ven mermados frente a familias que no tienen tiempo para la educación familiar, sino que solamente para el trabajo. Este “otro” está inserto además entre una cultura local de elementos conservadores, y una cultura globalizada.

“(...) ustedes son un país más moderno que nosotros en Colombia, que aquí es normal que por lo menos que no sé alguien fuma marihuana en la calle, es normal, pero en nuestro país no ... la persona que lo haga es como lo peorcito, el vago, el flaute, una cosa así(...) las parejas gays, lesbianas, son más reservados, o sea, se respetan sus derechos pero ellos tienen su espacio, no como hoy en día y que tú lo ves aquí, y que se besan en la calle ... ¡Y la gente lo tolera!” (Julieth, 24 años, Cali).

Esta sociedad moderna, liberal que representa la sociedad chilena, se traduce en varios elementos en sus cotidianidades, ya sea por ejemplo en cómo entienden las familias en este contexto, o en la concepción de las diversas femineidades que traían desde sus lugares de origen. En relación a las familias, están siendo cuestionadas e interpeladas constantemente por la sociedad de destino: hay un reconocimiento en los temas de género, donde madres y padres chilenos ocupan posiciones distintas en cuanto a roles y jerarquización que sus familias en Colombia; por otro lado, las posiciones en cuanto al trabajo también varían, lo que les impide a estos núcleos familiares mantener su estructura intacta.

Algunas de las entrevistadas que tienen a sus hijos en escuelas públicas y que comparten con familias chilenas, señalan elementos que les llamaron la atención al conocer estas otras realidades: los núcleos familiares son diferentes, el divorcio es una realidad cultural que está normalizada, donde se puede visualizar en los cursos de su progenie una gran cantidad de madres y padres solteros.

“(...) las familias chilenas son como muy dispersas me parece a mí. O sea, son muy poquitas las familias que yo veo que son papá, mamá, hijos, sino que una gran mayoría son papás o mamás solteras, o sea no hay ese núcleo familiar como en el que antes uno crecía (...) Pero de pronto los jóvenes ahora cualquier problema o dificultad que tiene con su pareja: ya, separémonos.” (Carolina, 32 años, Cali)

Talvez esta realidad no contraste con la vida que muchas de estas mujeres llevaban en Colombia: madres solteras sin el apoyo de los padres de sus hijos, o criadas muchas veces solo con el esfuerzo materno. Pero esta realidad sí repercute en los imaginarios que tienen de familia, donde a pesar de no ser en muchas de estas mujeres sus realidades actuales, sí forman parte de sus ideales, y donde además la separación en sus lugares de origen todavía tiene una connotación negativa, no-normalizada, en que el divorcio se ve como una “desgracia” ya que emparejarse nuevamente es mal visto³⁸. Es interesante en este sentido destacar que los relatos de vida, relativos a la conformación de parejas y hogares, se caracterizan por presentar una realidad heterogénea en cuanto a la conformación de estos, donde por ejemplo, la mayoría de las mujeres entrevistadas para este trabajo estaban separadas, con nuevas parejas o casadas por segunda vez (7 de las 11 mujeres vivían esta

³⁸ En este sentido, no es que no realicen estas prácticas de separación/divorcio, sino que son sancionadas socialmente mediante la crítica de sus círculos más cercanos.

realidad), y que precisamente muchas de ellas relataban también el conflicto generacional que tuvieron con sus madres por no permanecer junto al padre de sus hijos.

A pesar de que cambian los roles dentro de estas unidades sociales, y de que finalmente también cambian las jerarquías de género junto a los imaginarios, se puede apreciar cómo el concepto de familia es re-valorado y re-apropiado en los discursos de estas mujeres. Esta es una dimensión que ellas diferencian en cuanto a la sociedad chilena: pues en Colombia ellas distinguen a las familias como más tradicionales, donde el valor que más se repite en sus discursos es el respeto, cosa que no ven en las familias chilenas, más centradas en dinámicas de trabajo/consumo que en la cotidianidad familiar. El respeto se relaciona a las jerarquías dentro del hogar, donde los mayores deben ser valorados y respetados por los más pequeños, cosa que en Chile sorprendentemente lo ven de manera invertida:

“En el sentido de la familia he visto que los hijos manipulan más a los papás. Los hijos son los que hacen todo, y los papás que he cogido esa costumbre yo. Que los hijos son como los que mandaran en la casa, no uno” (María, 33 años, Cali)

“En cambio en la educación que a nosotros nos dan, que es la base de una familia, es escucharse, entenderse y saber de qué la mamá es la que está en lo alto, en la casta más alta, la mamá y el papá, así el papá y la mamá tengan muchos errores, porque nadie es perfecto, pero enseñarles de que, con sus errores, con sus valores (...) bueno y con sus cosas positivas pues, hay que aceptarlos tal cual y hay que respetarlos” (Claudia, 34 años, Tuluá)

Como vimos en relación a las pautas culturales de la vida grupal (Schutz, 1999), estas mujeres llegan cuestionando todo aquello que parece natural a aquellos grupos a los que se están incorporando (la sociedad chilena), pues no comparten su tradición histórica vivida. En este proceso, también es autorreflexivo en cuanto a las prácticas e imaginarios que traían de sus lugares de origen, que se naturalizaban en su cotidianidad, pero que hoy en día también se ponen en duda. Es así como conscientemente se realzan aquellos elementos que producen sentimientos y prácticas de comunidad e identidad, mientras que por otro lado también se asimilan otros elementos de la sociedad de acogida que les permitan desarrollarse fluidamente en esta.

La familia se significa entonces mucho más que una unidad social, sino que su conformación, dinámicas y jerarquización formarían parte del imaginario de sociedad que estas mujeres traen de sus lugares de origen. Esta forma de relacionarse estaría además ya concientizada, en el sentido de que no se reproducen las familias ahora de manera automática o natural, sino que por el contrario, rescatan aquellas formas y elementos que no ven propios de la sociedad chilena, para realzar una “buena” manera de hacer las cosas, de hacer familia, una manera que traen de su cultura local donde las relaciones se basan en el respeto y en la importancia de las figuras parentales dentro de las jerarquías familiares. Es en estos núcleos donde se dan aquellas dinámicas que ahora, concientizadas

y re-apropiadas, quieren reproducir en la crianza de sus hijos para acercarse, mantener y proseguir de esta manera con la cultura de origen:

“No, yo siempre le he inculcado a ella mi cultura, como me criaron a mí. Como me criaron a mí así. Siempre lo mismo: lo que me decían a mí yo con ella” (María, 27 años, Palmira)

Lo tradicional de la crianza tiene como objetivo alejar a sus hijos e hijas de las formas modernas/liberales de las familias chilenas, lo que genera conflictos con su progenie, sobre todo aquellas madres que tienen hijos e hijas adolescentes, ya que estos exigen las mismas formas de crianza que ven en sus compañeros chilenos. *“¡Es que ya tiene que entender que somos chilenos, ya tenemos cédula chilena, ya somos de aquí, a Colombia iremos a pasear nomás!”* (Milena, hablando de su hijo de 17 años, Tuluá). Vemos en las exigencias de este adolescente lo difícil que se hace el tema de la crianza en estas mujeres, pues en este caso Milena le rebate a su hijo señalando que sus costumbres son otras, y que no está de acuerdo en el tipo de crianza liberada que tienen las madres con sus hijos acá³⁹.

Entonces podemos ver que lo que se mantiene, se re-apropia y valora dentro del imaginario de género en cuanto a masculinidades, pero sobre todo a femineidades, tiene que ver con su rol e imagen de madre, como una figura autoritaria y fuerte dentro del hogar. Estas mujeres son las que reproducen aquellos elementos y valores familiares, como la cohesión de este núcleo, el respeto y el amor, como aquellos elementos fundantes dentro de la vida social, mostrándose la familia como la principal red de apoyo de sus integrantes.

Pero esta imagen de madre y de mujer, se ve cuestionada también por las femineidades que rondan en la sociedad receptora, haciendo que estas entrevistadas se cuestionen sus prácticas, vidas e imaginarios anteriores al proyecto migratorio. La “mujer chilena” también es estereotipada por estas mujeres: por un lado, las miran como dejadas y poco preocupadas por el aspecto físico, lo que para ellas denota una entrega total a los espacios domésticos junto con una baja autoestima. Vemos así relatos como los de Juliana (35 años, Cali), que al ser bailarina y trabajar con niñas también le toca relacionarse con sus madres, y describe a la “chilena promedio” de la siguiente manera:

“(…) pero como la mujer normal de casa, con hijos, la encuentro que igual es un poco físicamente como que se abandona, o no se saca mucho partido así. Ahí como que la diferencia entre la chilena y la colombiana así” (Juliana, 35 años, Cali)

Por otro lado, aquellas entrevistadas que se relacionan de mayor manera con mujeres nacionales, ya sea por trabajo o por sus hijos, destacan en ellas ciertas tendencias

³⁹ Lo que entienden mis entrevistadas con hijos adolescentes como una crianza liberada, se relaciona a las prácticas que tienen sus compañeros pertenecientes a liceos municipales, en su mayoría en la comuna de Santiago Centro. Ven que a estos se les permite fumar, teñirse el pelo, donde el alcohol y las drogas son sustancias recurrentes que consumen los compañeros de sus hijos, y no ven a los padres ponerse firmes respecto a esos temas.

diferenciales en la relación que tienen con el género masculino, lo que en un principio les causaba cierta admiración y distancia, pero que a medida que ha pasado el tiempo y sus prácticas y dinámicas familiares también han ido cambiando, las han ido adoptando en mayor o menor medida. Ocurre de esta manera un cuestionamiento a las representaciones e imaginarios de género traídos de la sociedad de origen:

“Por lo menos allá no es como acá que yo veo que la mujer más liberada, en el sentido que por lo menos llegan allá en Colombia la gente estaban pendientes a la hora que iban a salir los esposos” (María, 33 años, Cali).

“(…) porque igual en eso yo encuentro que la chilena es más parada así, como que no se la deja montar, en cambio en ese sentido yo sentía que era como más bobita con él” (Juliana, 35 años, Cali).

Vemos en estos testimonios no solo una diferenciación de las dinámicas de género entre la sociedad chilena y la vallecaucana, sino que también denotan un deseo de cambio, o más bien, de justificar los que ya han tenido. A la vez que sus hijos e hijas cuestionan sus relaciones parentales más tradicionales, estas mujeres también se cuestionan las relaciones que tenían en sus países de origen, donde muchas de ellas vivían cargadas de situaciones de inferioridad y/o violencia. Como hemos podido ver en los distintos relatos, hay entre estas mujeres situaciones y percepciones diferenciales en cuanto a violencia de género, pero aun así en los pensamientos más conservadores/pegados a su cultura de origen (como es el caso de Carolina, Cali, quien asume que sus dinámicas familiares no han cambiado mayormente desde el movimiento migratorio), sí vemos que la mantención de esas dinámicas también pasaron por un proceso reflexivo, donde se reconoce la diferencia en los modos de vida y en los modos de relacionarse, pero se prefieren aquellas dinámicas más tradicionales.

Sayak Valencia (2016, p.160), señala que el empoderamiento puede entenderse como *“los procesos que transforman contextos y/o situaciones de vulnerabilidad y/o subalternidad en posibilidad de acción y autopoder, revirtiendo así las jerarquías de opresión”*. El empoderamiento tiene que ver entonces, con la idea de que las personas fortalezcan su capacidad de controlar su propia vida, y en el caso de mis entrevistadas, de cómo el proceso migratorio ayuda a tomar este control. En este sentido, no solo el cambio de prácticas y roles estaría afectando de manera directa al empoderamiento de estas entrevistadas, sino que el imaginario que tienen sobre las mujeres locales, “las chilenas”, reafirman los cambios que están experimentando en sus familias y sociedades: se están integrando a un nuevo mundo, donde para lograr la adaptación, tiene que haber un cambio.

Uno de los aspectos en que podemos evidenciar este proceso es en el ámbito discursivo, donde podemos ver cómo la auto-percepción de estas mujeres va poco a poco transformándose. En muchos de estos casos se puede ver que en el comienzo de su relato de vida estas mujeres se posicionan como víctimas de su propia historia: con padres y madres violentas, abusos sexuales y de poder de figuras masculinas dentro de sus familias,

junto con abandonos y/o malos tratos por parte de sus parejas. Hoy en día hablan de manera distinta, reconociendo la independencia que les ha dado no solo el desplazamiento hacia un lugar lejano y su consiguiente falta de redes, sino que destacando de igual manera su incorporación al mercado laboral, con sus aspectos positivos y negativos, pero reconociéndose protagonistas de su propia historia, en el sentido de que este destino fue el que ellas eligieron y no fue la sociedad, ni sus madres, ni sus parejas las que condujeron a que tuviesen su situación actual.

“Para mí acá fue independencia total, porque yo acá no me mandaban un peso, nada, fue lo que yo pudiera hacer acá, me la sudé sola” (Lorena, 25 años, Cali).

Este sentido de autosuficiencia va de la mano con el empoderamiento, estas mujeres empiezan a definirse como trabajadoras/jefas de hogar, a la vez que empiezan a cuestionar sus relaciones anteriores, las situaciones de violencia que tuvieron, y la forma de vida que llevaban en sus lugares de origen, que contrasta con aquel discurso nostálgico por el lugar de origen, ya que en este sentido su antigua vida ya no la desean: vemos, en este sentido, la conformación de nuevas mujeres, más liberales y pluriculturales.

2. Mujeres liberales, migrantes y pluriculturales: sociedad de consumo, familia e imaginarios de género

Como vimos en el apartado anterior, la imagen o estereotipos de la “mujer chilena” refuerzan aquellos cambios de género que se produjeron en las prácticas e imaginarios de estas mujeres. En este juego entra también la sociedad a la que se insertan, ya no solo como prácticas individuales de ciertas familias o entornos, sino que también como prácticas masivas, que como vimos anteriormente estas mujeres la asocian a una sociedad moderna y de consumo.

La producción capitalista tiene como resultado una cultura basada en el consumo. Y esto, según Lechner (2003), afecta profundamente en los estilos de convivencia. La característica más relevante de este proceso, es la del paso de la acción colectiva, propia del mundo productivo, a la estrategia individual típica del consumo. A partir de ella, el individuo se define a sí mismo, prevaleciendo esta identidad individual por sobre la colectiva (Lechner, 2003).

En Chile, desde los años '90 que el consumo se ha convertido en uno de los ejes centrales de la cultura, donde la “cultura del consumo” se extiende desde el acceso a bienes materiales hasta el consumo cultural como forma de entretenimiento (Larraín, 2001). Jorge Larraín, en su libro *Identidad Chilena* (2001, p.248), sostiene que *“uno de los legados de la dictadura ha sido un cambio cultural profundo que se manifiesta en que se ha pasado del énfasis en el movimiento colectivo a un énfasis en el consumo como base de la construcción de identidades y de la búsqueda de reconocimiento”*.

De esta manera, se ha producido una integración masiva de diversos sectores sociales a partir de la masificación del consumo, como forma de disciplinamiento y despolitización efectiva. Tal como lo señala el autor: el que no paga, pierde su ciudadanía (Larraín, 2001), donde el crédito se muestra como señal de identidad ligada al deseo y placer, capaz de construir subjetividades a través del acceso a objetos de consumo. Es así como la cultura del consumo no solo está definida por el acceso a bienes materiales y servicios, sino también por su capacidad de crear sentidos de pertenencia e identidad.

Dentro de los discursos emitidos a lo largo de esta investigación, podemos ver que en un comienzo las motivaciones que guían la decisión de realizar el movimiento migratorio se relacionan principalmente a la búsqueda de estabilidad en la esfera laboral. Pero al llegar, las percepciones y expectativas en cuanto a la sociedad chilena se amplían, empezando a valorar otras esferas que le ofrece el mercado chileno, relacionado a la adquisición, producción y circulación de bienes y servicios. Lo que Friedman (2002), citado en Hernández (2012), llama “las estructuras locales del deseo”, que refiere a las fuerzas sociales que orientan la satisfacción del deseo, se relacionan en este momento plenamente a la capacidad de consumo y endeudamiento de estas nuevas habitantes, donde la oportunidad de elección se muestra como un valor que está por sobre sus experiencias vividas en sus lugares de origen.

“¿Qué oportunidades vi? Yo te voy a contar una anécdota que me pasó en Chile. Resulta que cuando yo llegué aquí, me dijo mi mamá: “mami alístese, vamos a comprar unas cosas al súper” Y entramos al Líder y yo entré al pasillo donde estaban los Kellogg’s, los cereales(...) y yo miraba los precios y yo me puse a llorar. Porque en Colombia es muy difícil, esas cosas son muy, muy caras (...) Así que cuando yo vi eso dije: yo tengo que vivir aquí con mis hijos. Y por eso decidí quedarme, y por eso decidí traerme a mis hijos” (Viviana, 32 años, Buenaventura).

Además, hay una conciencia acerca de la diferencia que existe entre las formas familiares y genéricas de vivir en Chile y en Colombia, donde al primero se le asigna esta connotación más moderna. Estos aparentes deseos de consumo de bienes y servicios, afectan directamente a la conformación y dinámicas familiares: las relaciones en Chile pareciesen estar mediadas por los objetos, y no por aquellas dinámicas consideradas más conservadoras, donde uno de los valores reconocidos era el del respeto.

Destacamos entonces la pluriculturalidad de estas mujeres, en tanto pertenecen y habitan corporalmente en un territorio en que se dan distintas expresiones de diversidad (Bernabé, 2012). Vemos en sus discursos la presencia de diversas tendencias ideológicas, que se contradicen muchas veces en el discurso y que muestran la interrelación de dos o más culturas a las que pertenecen actualmente, donde se identifican por lo menos aquella ligada a la sociedad vallecaucana, considerada más conservadora; junto con los valores, prácticas y tendencias de la sociedad de recepción.

La sociedad chilena de consumo/neoliberal la asocian con la rapidez, con la falta de vínculo y con la tecnología. Estas mujeres pareciese que buscasen un estado intermedio: de acceso a los beneficios del capitalismo, pero sin abandonar aquellas costumbres que sienten inherentes al momento de constituir familia. El trabajo las aleja un poco de eso, y las hace parecerse más a lo que entienden como las formas de constituir familia en Chile: padres que se dedican excesivamente al trabajo y que descuidan a la familia, sobre todo a sus hijos, que se crían de una forma mucho más liberada de la que les gustaría. Es aquí donde ocurren los choques o contradicciones dentro de sus imaginarios, pues sus hijos e hijas les exigen ir de acuerdo a esa “chilenidad” con la que se enfrentan diariamente, mientras ellas quieren mantener aún las dinámicas jerárquicas, de mando y de respeto con las que se manejaban en Colombia⁴⁰.

Por otro lado, podemos ver que las libertades que ellas experimentan en una sociedad de consumo, se aplican también con distinta forma e intensidad en sus hijos e hijas (sobre todo aquellos que están pasando por la adolescencia), donde se les abre un mundo de posibilidades que pone en jaque esta lógica de valores familiares traídos desde sus lugares de origen. En este sentido, la tecnología pasa también a ser un agente crucial dentro de estos cambios, ya que este es el medio por los que ven estas mujeres que las familias chilenas se relacionan, y son estas dinámicas virtuales en específico en las que no quieren caer.

“Y como aquí no hay comunicación en este país, los padres no se comunican con los hijos, si se comunican es con el celular (...)ya todo lo volvieron tecnológico, porque la vida del chileno es así, agitada, agitada. Sí, la vida del chileno es agitada, y piensa que todo lo pueden transmitir por medio de un papel, o por medio de un mensaje por Messenger o por Whatsapp. O sea esa es mi perspectiva, mi hijo no tiene Whatsapp en estos momentos, entonces yo con él me comunico verbalmente, y cuando tenía Whatsapp no me comunicaba con él” (Claudia, 34 años, Tuluá)

Las masculinidades y femineidades que se van formando en estas nuevas generaciones distan mucho de la crianza que tuvieron gran parte de estas mujeres: primero, se enfrentan a un sistema judicial y de crianza que no permite la violencia infantil, ni siquiera en la crianza, por lo que las “pelas” (o golpes como parte correctiva de la crianza) ya no pueden ser aplicadas. Esto genera una serie de reacciones, donde estas mujeres ven afectadas lo que ellas entienden como “libertades” para ejercer su crianza, y que no son respetadas en el país de destino, pues en más de una ocasión señalaron que ya no lo hacían por miedo

⁴⁰ Señalar además que, para muchos de estos niños y niñas, la estadía en Chile (que en su mayoría cumple más de dos años) significa un gran momento/porcentaje de sus vidas. Por lo mismo, se van formando a partir del encuentro de lo que sus madres entienden por “lo otro”, pero que para ellos ya es parte de su ser: se enfrentan cotidianamente, a partir de diversas instituciones y convivencias (escolares, de barrio, juegos, etc.), a lo que se entendería como “lo chileno”. Se forman y se incluyen en “lo otro”, por lo mismo empiezan a exigir modos de crianza que no van acorde a las reglas de su hogar, pues las reglas de afuera, de sus compañeros, se mueven en lo que estas madres ven como una sociedad liberalizada, y por consiguiente, una mala influencia para sus hijos.

de que las profesoras o la institución escolar pudiese llamar al Servicio Nacional de Menores (SENAME). En segundo lugar, a todas estas mujeres las criaron colaborando en la casa, o sea, realizando labores de trabajo doméstico junto a sus madres: en este aspecto muchas recalcan la diferencia que existía entre su crianza y la de sus hermanos varones, pues ellos estaban exentos de estas tareas, dedicándose principalmente a jugar, a los estudios o a medida que iban creciendo en incorporarse en las economías familiares. Esta lógica tampoco la aplican en las nuevas generaciones, pues la inserción de estas mujeres (ya sea en familias monoparentales o bi-parentales) a un mundo laboral con jornadas extremadamente extensas, decanta en que sus hijos e hijas deban contribuir, a medida que van creciendo y de manera pareja, en la reproducción del hogar.

La sociedad de consumo genera cambios en distintas dimensiones de la vida, un ejemplo de esto resulta estar vinculado a los usos que hacen de sus tiempos libres, donde las mujeres en este caso pasan de relacionar sus tiempos de ocio a elementos vinculantes con sus corporalidades y su cultura (donde los más destacados de estos resultan ser la salsa, la familia y festividades propias de la zona); a pasar a relacionar el ocio a un ámbito más familiar y de consumo: idas al cine, salir a comer, a comprar a grandes centros comerciales, etc⁴¹. En estos casos, podemos ver dos dimensiones que afectan a este cambio en las prácticas y concepciones del ocio: por un lado está la transformación de estas mujeres en madres, lo que hace que desde antes del movimiento migratorio los espacios de ocio se vinculen progresivamente a actividades familiares y dentro del hogar; pero por otro lado, también este movimiento resulta imprescindible para la comprensión de estos cambios, ya que al contar con menos redes de apoyo (sobre todo la red familiar), junto con la inserción a un mercado laboral y de consumo, hacen que perciban el ocio desde una perspectiva más individual (o familiar) a partir de prácticas de adquisición de bienes y servicios.

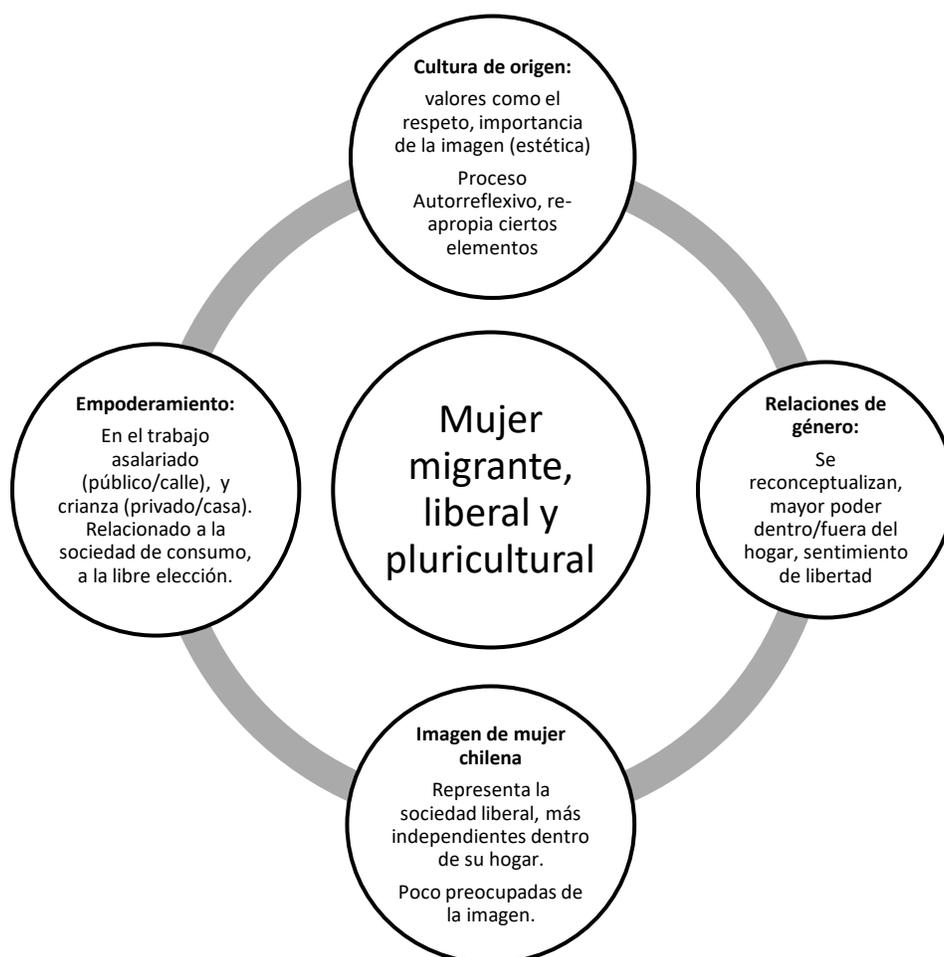
Señalar por último una de las diferencias fundamentales que refiere a cómo la sociedad chilena de consumo ha afectado a los imaginarios de género, que se manifiesta como hemos mencionado anteriormente a la incorporación de la mujer a la esfera pública/laboral. Esto, simbólica y prácticamente hace que las dueñas de hogar (ya sea en familias monoparentales, pero sobre todo en las biparentales) no solo provea con los mismos recursos económicos a este, sino que también tiene la posibilidad de acceso a diversos bienes y servicios ofrecidos por la sociedad de acogida. En este sentido, y a partir también de lógicas mercantiles/consumistas, se produce una nivelación en las jerarquías del hogar:

⁴¹ Este tema lo desarrollé en una investigación llamada “Trabajo, Trabajo, Trabajo: Análisis biopolítico del ocio en mujeres provenientes del Valle del Cauca (Colombia), residentes en la ciudad de Santiago, entre los años 2016 y 2017” (Le-Bert, 2017), donde a partir de las entrevistas realizadas para la presente tesis de grado, hice una lectura desde la biopolítica del concepto de ocio, aplicado a la realidad que tienen estas mujeres migrantes en la capital de Chile. Todo esto, en el marco de la tesina final del diplomado “Cuerpo y Capitalismo: entre la ciudad neoliberal y la geopolítica occidental”, impartido por la Universidad de Santiago (USACH)

ambas figuras parentales aportan lo mismo a la casa, pueden acceder a bienes/servicios de consumo similares y trabajan largas y extenuantes jornadas.

Los privilegios que antiguamente mantenían las figuras masculinas antes del movimiento migratorio, ya no funcionan de la misma manera en la sociedad chilena, pues podríamos decir que el machismo actúa bajo otras lógicas. Es así como las familias, una vez reunificadas, tienen que cambiar de códigos y adaptarse (hasta cierto punto) a la sociedad de acogida. Es aquí donde entra en juego lo que se denomina “la sociedad de consumo”, pues es esta la que contribuye a generar condiciones más igualitarias dentro de los hogares, donde las mujeres adquieren más poder dentro de estos cambiando lógicas culturales y de poder que se creían cristalizadas dentro de sus familias.

Esquema 3. Dinámicas y cambios del imaginario de género



3. Proyecciones: de forasteras a locales, repercusiones en los imaginarios de género

Finalmente, vamos a abordar brevemente algunas de las proyecciones que tienen estas mujeres en sus vidas, en cuanto a su futuro y el de sus hijos, y cómo esto refleja el impacto que ha tenido el movimiento migratorio no solo en los cambios establecidos dentro de los hogares en cuanto a roles y percepciones de género, sino que también el futuro que proyectan respecto a eso para ellas, sus parejas e hijos.

Este fue un tema que no se trató directamente en las entrevistas, pero que emergía de las palabras de estas mujeres a medida que iban desarrollando sus relatos de vida. Es por esto que no todas las mujeres logran ahondar en este tema, pero aun así se pueden inferir ciertos patrones, que a pesar de pertenecer a diversos proyectos de vida, apuntan hacia una dirección similar.

En su gran mayoría se explicita el deseo de permanecer en Chile. Nueve de estas once mujeres señalan proyectar su futuro acá, ya sea a través de la compra de un inmueble, poniendo un negocio o imaginando a sus hijos adquiriendo prácticas locales, donde a los adolescentes los imaginan preparando la Prueba de Selección Universitaria (PSU), mientras que los más pequeños los ven adoptando progresivamente un lenguaje con modismos chilenos. Por otro lado, ven que la situación en sus lugares de origen no cambia: en el sentido de que todavía no hay una seguridad social ni laboral que les permita planificar el retorno, por lo que hay una cierta nostalgia cuando hablan de aquellos lugares, pero los sitúan como momentos pasados, que no tienen cabida en su futuro familiar.

“Quedarme. Pues como ves estamos como tratando de tener un apartamento con cosas de nosotros (...) Sí queremos quedarnos ya del todo, como comprar pues más adelante un apartamento acá, y que mi hijo hable así “cachai” (...) Yo creo que la razón principal es la economía, que en Colombia con lo mínimo uno no puede vivir como está viviendo acá, en cambio acá con lo mínimo entre dos uno paga arriendo, compra comida y le queda un poquito para salir” (Diana, 20 años, Cali).

Por el contrario, las familias que quieren volver y que vinieron a Chile como una estrategia no solo de subsistencia, sino que también de ahorro para un hogar o negocio en Colombia (proyectando desde un inicio el plan de retorno), o que no lograron una economía estable mejor que en sus lugares de origen, ven truncado este proyecto por las voluntades de sus hijos e hijas, debido a que al crecer y generar redes de amigos en Chile ya no se proyectan volviendo.

Muchos de estos niños/as se han transformado en adolescentes, que van generando redes más sólidas, apropiándose de esta cultura que a sus madres y padres aún les resulta muy ajena, y exigiendo de este modo la permanencia en lo que ya consideran como un hogar estable. Es así, como el Valle del Cauca (Colombia) se mira solamente como un lugar de

visitas y paseos familiares, quitándole desde esta generación la connotación de lugar ideal para proyectar sus vidas.

¿Cómo afecta esto en los imaginarios de género? Podríamos decir que el futuro se proyecta de acuerdo a las posibilidades laborales que ven estas mujeres en la sociedad de origen y de acogida, junto con el desarrollo educacional y profesional que esperan para su progenie. Hoy en día, algunas señalan ver gente mayor trabajando, donde la búsqueda de empleo para personas adultas no se torna algo imposible, y eso se refleja en diversos discursos que reafirman su decisión de haber realizado este movimiento migratorio y de mantenerse además en la sociedad receptora:

“(...) por lo menos a mí me da seguridad que tú ves abuelitos trabajando, gente adulta trabajando, que en nuestro país tampoco se ve, si tú cumpliste 30 o 32 años, y si estás trabajando cuida tu trabajo porque no vas a encontrar pega fácil en otro lado. Entonces eso también, discriminan, tu propio país te discrimina a ti, te pone trabas a ti, tú llegas a otro país y encuentras las puertas abiertas, eso te hace migrar”
(Julieth, 24 años, Cali).

Esta diferencia no se refleja solamente en términos etarios, sino que también (y como vimos anteriormente), va acorde a las posibilidades y restricciones que les brinda el género en la sociedad de receptora, donde ser mujer se vivencia de manera distinta que en sus lugares de origen. Que las mujeres se proyecten con sus familias, no solo implica que se logró un bienestar en cuanto a estabilidad económica, sino que también muestra un cierto equilibrio en las relaciones sociales/culturales con la sociedad de acogida, sobre todo en cuanto respecta a temas de crianza. Hay una especie de “tira y afloja”, donde se acepta que ciertos elementos considerados aún foráneos se reproduzcan dentro de las familias (por ejemplo, la comunicación a través de la tecnología, o las diversas estrategias de cuidado infantil), pero donde a la vez se resisten otros, en pos de mantener algunos elementos intactos relacionados a la cultura y valores de la sociedad de origen.

La proyección en esta sociedad liberal también se relaciona a estos imaginarios que se vieron transformados en el camino: no querer irse también implica no querer abandonar esa libertad e independencia ganadas. En cierto sentido, volver a sus hogares en Colombia significa también aceptar cierta dinámica en las relaciones familiares y volver a ser parte de una lógica e imaginarios donde pasan nuevamente a ser más hijas, esposas y madres, que mujeres trabajadoras, consumidoras e independientes.

Por otro lado, los diferentes discursos evidencian un cansancio en torno a la figura masculina tradicional, señalando que han logrado mayor equidad (y mayor libertad) en torno a los quehaceres hogareños. En aquellas familias bi-parentales, el trabajo es de a dos, y el hogar se divide de la misma forma; mientras que en la mayoría de las familias monoparentales, son ellas las que levantan económicamente el hogar, pero sus hijos e hijas a medida que van creciendo se van haciendo más responsables de las labores domésticas.

De esta manera, las proyecciones van de acuerdo también con este imaginario transformado: con aquellos elementos que cambian, pero también deseando mantener este ámbito más valórico y de respeto en la educación de sus hijos e hijas. A la vez, se sigue manteniendo una imagen idealizada de sus lugares de origen, permeada de nostalgia y de deseos de retorno, pero reconociendo además que por diversas condiciones estructurales y de violencia les es imposible proyectarse en esos lugares. Los distintos discursos evidencian este cambio progresivo que ocurre en los imaginarios de género de estas mujeres, donde el futuro se proyecta en la “otra” sociedad, mostrando así la transición entre sentirse totalmente forasteras, extrañas a la cultura local, a pasar a sentir, imaginar y proyectar un futuro dentro de esta (Schutz, 1999).

Conclusiones

Revisión sintética de resultados

A lo largo de este trabajo, hemos visto los cambios que ha tenido el imaginario de género, es decir, la concepción/significación de lo femenino y lo masculino en nuestras entrevistadas provenientes de diversos sectores del Valle del Cauca, Colombia. En este sentido, los relatos de vida entregados por estas mujeres, nos dieron la oportunidad de ver e interpretar linealmente los cambios que han tenido en sus vidas, y de entender de esta manera que las modificaciones/continuidades relacionadas a estos imaginarios no son influidas solamente por el movimiento migratorio, sino que hay múltiples variables como el tiempo (pertenecer a distintas generaciones), las violencias sufridas en el pasado, las condiciones socioeconómicas actuales, las prácticas y percepciones de la sociedad de acogida, entre otras.

El primer capítulo nos dio un indicio histórico de cómo parten estas transformaciones, al asignarle primero un significado y un valor a las figuras maternas/paternas que tenían en su hogar. Es así como parten con un imaginario de lo femenino ligado completamente a la idea de maternidad, donde su campo de desarrollo se encontraría dentro del hogar, relacionado a la reproducción de este junto a la crianza y cuidado de sus hijos. Esta imagen se contradice un poco con la realidad que viven, puesto que la mayoría de estas mujeres/madres tuvieron que trabajar remuneradamente dentro o fuera de sus hogares, hecho que potenciaría esta imagen de autoridad sagrada de la figura materna. Pero a pesar de trabajar remuneradamente, la imagen femenina no se liga a esta esfera pública de la vida, sino que el imaginario la ubica dentro de la casa, encargada de la crianza de los hijos y las labores domésticas. Por otro lado, el poder de la madre se limita frente a la presencia de su marido, pues los padres/parejas se muestran como la figura de autoridad máxima dentro del hogar, donde se les respeta a pesar de su ausencia o de la violencia desmedida que puedan ejercer contra los miembros de su familia.

De esta manera, podemos ver que el imaginario masculino/paterno se relaciona en la mayoría de estos discursos al ámbito público, ya sea como proveedores del hogar o como padres ausentes. Hay una tendencia a señalar de que el hombre es quien administra la economía familiar (a pesar de que no siempre es el único que genera recursos), y dentro del hogar, es el poseedor del mando, de la palabra. En esta generación existe una especie de fobia masculina hacia las actividades domésticas, consideradas femeninas y que ponen en riesgo su hombría. Son hombres que no expresan su parte emotiva, que imponen los valores, el orden y el respeto. Fuera de casa muchas de las entrevistadas cuentan de la doble vida de sus padres, ya sea con otras mujeres, metidos en el alcohol o en las apuestas, donde en algunos casos estas consideradas malas prácticas son sancionadas dentro del hogar, quitándoles poder a las figuras masculinas; pero nunca terminan con la expulsión de esta, pues el divorcio no se ve como una opción dentro de la generación de sus padres.

La salida del hogar de estas entrevistadas se relaciona principalmente a la conformación de una nueva familia, ya sea por embarazo o matrimonio, donde vemos que en la mayoría de estos casos las relaciones e imaginarios de género no distan mucho de lo que vivieron en sus familias nucleares. Vemos entonces cómo la familia se constituye como un lugar determinante para la conformación de relaciones e imaginarios de género, donde a pesar de que la mayoría de mis entrevistadas no vivía dentro de lo que se podría considerar una familia tradicional-conservadora (pues se encontraban separadas, algunas solteras, otras en segundos matrimonios o parejas), en el discurso sí recalcan positivamente estos valores asociados a un ideal de familia.

Vemos luego que las mujeres que conformaron familia en su lugar de origen no distan mucho de aquellos imaginarios promovidos por sus padres: aquellas mujeres que quedaron solteras recurren al yugo familiar, donde la autoridad la asume una matriarca; aquellas mujeres que conformaron hogar con una pareja estable (sobre todo las que lo hicieron a más temprana edad) replicaron aquellos roles tradicionales de sus familias: se quedaron al cuidado de sus hijos y del hogar, trabajando remuneradamente en algunos casos pero identificándose en primera instancia como dueñas de casa, mientras que sus maridos hacían su vida en el espacio público, teniendo el control económico y de poder dentro del hogar. En algunos casos se vieron situaciones de violencia extrema e incluso de control reproductivo, en que sus antañas parejas decidían sobre sus vidas y futuros. Finalmente, la última categoría que llamamos “familias en transición” (búsqueda de equidad de roles de género), se dio en un caso aislado (Claudia, Tuluá) y con vivencias muy particulares, en específico el femicidio de su madre y la ausencia total de su padre, por lo que esta mujer al conformar familia no lo hace pasivamente, sino que se posiciona con fuerza dentro de su hogar, intentando no replicar el pasado violento al que se tuvo que enfrentar de pequeña.

Es así como vemos en los discursos relacionados a masculinidades y femineidades, significaciones que no se alejan de la realidad vivida por sus figuras parentales: lo femenino se relaciona a la estética, a la imagen, y esto influye/determina su inserción familiar, laboral y social. En pareja, la mujer también tiene que demostrar ciertos atributos: ser fiel, calladita y sumisa como lo señala Milena (50 años, Tuluá); en contraposición de la imagen masculina, que se caracteriza por su naturaleza lasciva, mujeriega. Lo masculino es lo deseable, donde se encuentran las oportunidades, las opciones y la realización, pues el hombre siempre está en una posición ventajosa.

El segundo y tercer capítulo ahondan principalmente en la experiencia migratoria, en los momentos de inserción y cómo la sociedad chilena ha afectado también en las transformaciones de los imaginarios de género. Vemos cómo cambios y continuidades en torno a este tema se trataron desde la propia experiencia femenina y migrante, donde a partir de los diversos relatos se logró idear este imaginario común que se tiene en torno a Chile (lo que llamamos “el sueño chileno”), y como este se rompe al momento de abordar al país. Es así como las condiciones iniciales de vivienda, trabajo, acceso a servicios y documentación están llenos de prácticas discriminatorias, asociadas a la pobreza extrema,

al racismo y a la xenofobia, donde el hacinamiento, la falta de salubridad, trabajos irregulares y explotadores, son algunas de las dimensiones de la realidad social a la que se tuvieron que enfrentar estas mujeres, sobre todo aquellas que migraron sin los recursos suficientes para mantenerse en el país de acogida, teniendo en su mayoría una economía inicial de subsistencia.

Los resultados arrojan que la tendencia de estos movimientos migratorios fue partir este viaje sin sus hijos, para luego dar cabida a la reunificación familiar. La femineidad se sigue ligando a las maternidades, por lo que la migración y los efectos que esta conlleva hacen que estas mujeres, en un proceso de autorreflexión, se cuestionen las formas y significados que le atribuían antiguamente a sus propios roles dentro y fuera del hogar. El trabajo (y la capacidad de generar recursos) toma un lugar central en sus vidas, generando en un inicio sentimientos de culpabilidad debido a que su auto-imagen empieza a permearse de aquellos significados otorgados antiguamente a los varones: ausencia del hogar pero proveedoras de este.

Una de las continuidades dentro del imaginario femenino, es aquel que liga la femineidad a la maternidad. A pesar de que el movimiento migratorio ya no permite que desarrollen lo que se considera una crianza tradicional, lo que Sharon Hays (1996) llama la "*ideología de maternidad intensiva*", esta sigue operando en el imaginario de estas mujeres. Son ellas las que se deben hacer cargo del cuidado y crianza de sus hijos, buscando generalmente apoyo en otras mujeres. Sus parejas actuales realizan labores, pero son catalogados como una ayuda dentro del hogar, más no como un deber o responsabilidad compartida. Pero podríamos decir también, que al compartir roles reproductivos dentro del hogar, se le quita un poco de peso a esta intensidad dentro de la maternidad, puesto que parejas e hijos/as deben asumir progresivamente tareas dentro de este.

Además, tener pareja o casarse también se sigue relacionando a la procreación, de ahí que la maternidad adolescente en por lo menos la mitad de los casos no haya sido considerada una anomalía dentro de sus vidas, sino que parte de lo que ellas significan como familia. Lo femenino se sigue ligando a estas significaciones, pero ya no son exclusivas dentro del imaginario de lo que se entiende como femenino, pues van acompañadas de una realización laboral y de la proveeduría del hogar por parte de estas agentes.

Vemos entonces cómo los elementos que mantienen se asocian a ciertos valores de sus lugares de origen, que son ensalzados para asegurar su reproducción a pesar de la lejanía física con el Valle del Cauca. Uno de estos elementos es la maternidad, pero también ciertas dinámicas y jerarquías familiares, donde la figura materna se muestra muy fuerte respecto a los demás integrantes de la familia, y que infunde de esta manera ciertos valores y actitudes como el respeto y sumisión por parte de sus hijos e hijas.

Por otro lado, como señala Alfred Schutz (1999), las pautas culturales de la vida grupal de estas mujeres, entendidas como las valoraciones, instituciones y sistemas de orientación que caracterizan a un grupo social, se ven enfrentadas a unas lógicas diferentes, más

liberales, que las impulsan al cambio. Dentro de lo que se propone esta investigación, podemos ver que las pautas culturales e imaginarios de género se ven afectados, o puestos en tensión, respecto a tres elementos fundamentales: los modos de crianza, roles de género y relaciones de pareja.

A pesar de estas continuidades, son los cambios los que se muestran con más fuerza y como elemento diferenciador (y destacado) dentro de las experiencias vitales de estas mujeres. En primera instancia, podemos inferir que se cambian las jerarquías dentro del hogar: los resultados de las entrevistas muestran que en aquellas familias biparentales, la tendencia es que el hombre también se hace responsable del espacio privado, ya sea en su reproducción como en aquellas tareas de cuidado y crianza relacionadas a sus hijos, o a los hijos de sus parejas. En este sentido, la figura paternal también cambia, pues ya no se le asocia directamente a la “calle” o a los vicios asociados a esta, sino que el padre (o la figura paternal), también es un sujeto presente dentro del hogar, es contenedor, se hace parte de lo que es considerada la esfera privada.

La inserción de la mujer a la esfera laboral en estos casos, hace que se potencie su imagen positiva: ahora son figuras proveedoras y administradoras de sus propios recursos. Además, los diversos discursos muestran que existe una tendencia femenina por dirigir esta redistribución de roles, tanto a sus parejas como a sus hijos e hijas, que a medida que van creciendo se van haciendo parte en el apoyo de las tareas reproductivas del hogar. Se muestra así también en la crianza una proyección hacia roles más equitativos de género, pues tanto hijos como hijas van adquiriendo diversas funciones en el hogar que no se diferenciarían según sexo, o por lo menos no tan marcadamente como antaño.

Por otro lado, podemos ver que los cambios también se dan en las relaciones de pareja, donde antes del movimiento migratorio estas se caracterizaban por la sumisión femenina frente a la autoridad masculina. Algunas de las mujeres que ya habían formado familia en Colombia nos relataban de sus vivencias: eran sus parejas las que decidían por su futuro, si se quedaban en la casa o salían a trabajar, la opinión masculina influía en su apariencia y en su actitud frente a la sociedad. En la actualidad, estas mismas mujeres señalan que se sienten “liberadas”, pues ahora ellas son las que proveen y por lo mismo, se sienten más capaces de tomar decisiones en cuanto a su vidas y proyecciones.

En el último capítulo pudimos ver cómo la sociedad chilena influye también en este proceso autorreflexivo y cambiante de los imaginarios de género. Estas mujeres se ven paradas en una sociedad que consideran mucho más liberal, lo que hace que paulatinamente y a medida que van desarrollando su cotidianidad en el lugar de destino, van cambiando sus relaciones, percepciones e imaginarios, también como una estrategia de adaptación a este nuevo contexto que se les presenta en sus vidas. De esta manera, va naciendo lo que entendemos por mujer migrante, liberal y pluricultural, en tanto se autodefinen a partir de los conceptos de independencia, poder y empoderamiento femenino. Además, la inserción de nuestras entrevistadas en la sociedad de consumo hace que se igualen en sus hogares tanto en la esfera laboral (trabajadoras), como en la esfera de mercantil (consumidoras), lo

que fortalece esta autopercepción de independencia. Pero a la vez, este encuentro con “el otro” chileno hace que resalten aquellos valores ligados a la sociedad de origen, sobre todo aquellos valores relacionados a la constitución familiar, donde el respeto y la jerarquía de los padres aún resultan parámetros incuestionables.

Reflexiones y miradas hacia la construcción de imaginarios de género en el fenómeno migratorio

Esta investigación nos dio a conocer cómo se conceptualizan los imaginarios de género, principalmente en las familias migrantes, desde la perspectiva femenina. Las transformaciones en esta esfera no son unívocas, pero en ciertos aspectos muestran patrones los discursos de las entrevistadas, representantes de un sector específico de Colombia: el Departamento del Valle del Cauca. La antropología en este sentido nos ayuda a entrever cómo en los diversos grupos sociales se van cambiando y cuestionando aspectos considerados propios del sentido común, donde se naturalizan aspectos como la maternidad, femineidades dentro del hogar, o masculinidades lascivas.

Además, nos ha permitido indagar en un tema que ha sido evadido dentro del trato público hacia los fenómenos migratorios, y que se puede entender como la construcción de diversas subjetividades relacionadas a procesos de movilidad y asentamiento en nuevas sociedades. En este caso, pudimos ver cambios y continuidades relacionados al imaginario de género, que permitieron entender la apertura femenina hacia culturas consideradas “más liberales”, como la chilena.

Su llegada nos recuerda a lo que Baumann señala como residuos humanos, donde estos cuerpos femeninos se transformarían en lo que él entiende como “residuos” en el contexto global, mostrando cómo algunas personas son “inadecuadas” e incómodas dentro de la sociedad receptora (citado en El Clarín, 2010). Por otro lado, nos hace pensar sobre la conceptualización que Simmel tiene sobre el extranjero (en este caso, la extranjera), donde se ve esta imagen dentro de la esfera social como un sujeto ambiguo y móvil, no-perteneciente al grupo (citado en Penschaszadeh, 2008). Es así como la integración en este nuevo contexto se basa principalmente en su exclusión, como mujeres no deseadas, liminales, encasilladas en los estereotipos xenófobos relacionándolas a las drogas, escándalos, prostitución.

Es en este escenario donde cabe el asentamiento de nuestras entrevistadas, que señalan en más de una ocasión dos realidades de que a pesar de sonar excluyentes, resultan ocurrir en un mismo momento o periodo dentro de la experiencia migratoria. Por un lado está este sentimiento de exclusión, de no-cabida, donde en un comienzo la inserción en torno al trabajo, vivienda y nueva sociedad es relatada como una experiencia traumática y negativa. Al mismo tiempo se habla de libertad, de este sentimiento que se da tanto dentro como fuera del hogar y que implica una apertura hacia lo que consideraban como “femenino”, aumentando sus posibilidades de acción tanto en lo laboral como en el consumo. Esto va

en directa relación con sus experiencias actuales, donde estas mujeres además de trabajar en la reproducción de sus hogares forman parte de la esfera productiva, lo que les permite a su vez tener control de sus propios ingresos, y como lo vimos en el último capítulo, insertarse también a esta nueva sociedad desde su rol de trabajadora/consumidora. Este nuevo escenario produce cambios en cuanto a sensibilidades y prácticas de su propia identidad (imaginario de género), pero también fomenta ciertas continuidades, que podríamos relacionar a prácticas más conservadoras arrastradas (y re-valoradas) de la sociedad de origen.

Respecto a esto, Alexander & Talpade (2004, p.142) señalan que la cultura del consumo da cuenta de la necesidad que existe en cuanto a teorizar sobre las diferentes formas en que la desigualdad estructura los valores, los deseos y necesidades de los diferentes grupos y clases de mujeres. En este caso, desde mujeres provenientes del Valle del Cauca y residentes en la ciudad de Santiago, vemos que los imaginarios de género también provienen y se insertan en lógicas de desigualdad: primero desde un contexto conservador, donde se relatan experiencias relacionadas al machismo y abusos en tanto mujeres/madres; luego, arrastrando parte de esas lógicas e insertándose en una sociedad de consumo, donde se evidencia la precariedad y explotación.

Además, podemos señalar que las relaciones e imaginarios de género en su lugar de origen eran sostenidas por ciertos dominios económicos y culturales, que una vez que salen de ese contexto, se desmoronan y pierden sentido. Es lo que Schutz (1999) entendía como las “pautas culturales de la vida grupal”, como aquel sentido común o sistemas de orientación que caracterizan a un grupo social en un momento definido, pero que al abandonar su contexto, pierden su validez.

En este sentido, podemos ver que las pautas o coordenadas que siguen estas mujeres, empiezan a tomar ciertos elementos de la nueva sociedad y rescatar otros de su lugar de origen, lo que se transforma finalmente en este nuevo imaginario de género. Relacionado a los cambios, uno de los conceptos más fuertes que resuenan y que lo mencionamos anteriormente es el de empoderamiento, donde pudimos ver las nuevas funciones y nuevas distribuciones de roles tanto dentro como fuera del hogar, cosa que estas mujeres lo señalan como algo positivo dentro del movimiento migratorio, pues les ha brindado una mayor capacidad de acción.

Acá resulta importante hacerse la pregunta: ¿Hasta qué punto podemos hablar de empoderamiento femenino? Tal como señala Valencia (2016), este concepto iría relacionado a procesos que ayudan a transformar contextos y/o situaciones de vulnerabilidad en posibilidad de acción y auto-poder, revirtiendo así las jerarquías de opresión, siendo capaces, a su vez, de controlar su propia vida. Pero el empoderamiento femenino del que hablan nuestras entrevistadas tiene una doble cara: por un lado, dentro del hogar se sienten más libres en cuanto que ya no son las únicas responsables de su reproducción, además de no aceptar violencias físicas y psicológicas anteriormente vividas por parte de sus parejas. Pero por otro lado, podemos ver que su inserción en tanto

trabajadoras y consumidoras en esta nueva sociedad, implica también un reordenamiento de las relaciones de poder que finalmente siguen existiendo.

Es así, como estas mujeres entran en su totalidad en un sistema social discriminatorio, donde la libertad que sienten en la esfera pública implica en su mayoría una sobre-explotación laboral, una inclusión evidentemente compleja a la sociedad de acogida y una disminución considerable de los tiempos dedicados al hogar y a su familia. La emancipación en este sentido lleva a un costo, que podría considerarse que es otro tipo de esclavitud, más moderna y liberal, pero que implica su introducción en un mercado que no las va a acoger más que como mano de obra barata.

Acompañado de esto van ciertas prácticas laborales y de consumo que las insertan en una sociedad más liberal que la de sus lugares de origen, donde la libre elección y la capacidad de acceder a una variedad de productos se erige como una de las razones de permanencia en este país, acompañado de la conveniencia de la moneda, que “se triplica” al enviar remesas a sus familiares o cuentas de ahorro en el Valle del Cauca. Esto resuena en las prácticas e imaginarios de género, donde el rol femenino se percibe más activo dentro de la economía local, lo que repercute en la tendencia hacia una igualdad o emparejamiento en los roles femeninos y masculinos dentro del hogar.

Por otro lado, podemos ver que una de las continuidades que mayor resuena se relaciona a las dinámicas dentro de las familias y hogares. Es así como se intentan mantener ciertas jerarquías dentro del hogar, ahora no desde su naturalización sino que más bien producto de un proceso autorreflexivo. Es así como estas continuidades recaen principalmente en la familia, afectando sobre todo a sus hijos e hijas, que estas mujeres engloban en el concepto de “respeto”. Tal como señala Anzaldúa (2004, p.75), el respeto es un concepto que *“conlleva una serie de reglas que mantienen en orden las categorías sociales y las jerarquías: el respeto está reservado para la abuela, papá, el patrón, aquellos con poder en la comunidad”*. Este concepto es uno de los elementos narrativos consientes y realzados de la cultura de origen: ven la autoridad parental como un valor irremplazable dentro de las familias, señalando este punto como algo que las diferencian de las familias chilenas, vistas como inestables, sin valores ni respeto (donde se recalca también la idea de niños chilenos malcriados, madres permisivas, familias distorsionadas).

Pero dentro de este escenario, se encuentran con un punto de choque importante. El nuevo contexto laboral les quita el tiempo y las energías que estas mujeres encuentran necesarias para mantener una buena vida (y control) familiar. Por otro lado encuentran un alto desde el punto de vista legal, donde la figura del Servicio Nacional de Menores (SENAME), impide que estas mujeres puedan ejercer las “pelas” o golpes dentro de la crianza, cuestión que consideran necesaria para la crianza de sus hijos e hijas. Estas limitaciones hacen que se acerquen cada vez más a lo que ellos entienden como “familias chilenas”, reconociendo en el discurso cambios relacionados a su movimiento migratorio. Ahora sus hijos e hijas les exigen también dinámicas de crianza que se acerquen a las de sus compañeros de colegio, los niños chilenos, y que nuestras entrevistadas descalifican como prácticas demasiado

liberales. Finalmente, con el tiempo muchas mujeres han tenido que ceder, pues la disminución en cuanto al tiempo y permanencia dentro del hogar, también les ha hecho perder cierto control en este, viéndose sometidas a las exigencias de su progenie, que antaño no se hubiesen atrevido tampoco a alzar la voz⁴².

El choque con una nueva cultura y su narrativa sobre aquello ha evidenciado que estos cambios también son productos y acciones conscientes de enfrentarse a una nueva realidad, que les resulta mayormente compleja sobre todo al tener que enfrentarlas junto a sus hijos e hijas. Vemos de esta manera cómo la maternidad sigue siendo un aspecto crucial que define sus femineidades, donde la crianza es uno de los aspectos que más se ha transformado en sus vidas de mujeres/madres.

Finalmente, esta investigación logró dar cuenta el cuestionamiento que está ocurriendo en ciertas familias migrantes, en este caso provenientes del Valle del Cauca, donde las mujeres/jefas de hogar se cuestionan el prototipo de familia que venía prácticamente naturalizado desde sus lugares de origen, existiendo actualmente un discurso que mezcla diferentes prácticas e imaginarios culturales para generar un tipo ideal de lo que entenderíamos como masculino/femenino, junto con los roles parentales que conllevan. Pudimos evidenciar igualmente que este discurso muchas veces se contradice con la práctica, pues la nueva sociedad a la que se insertan les exige otras formas de vivir que se condicen con los imaginarios de género que circulan en el territorio habitado en la actualidad.

Por otro lado, se evidencia en muchos aspectos la diferencia que existe entre los cambios de prácticas y los cambios de imaginarios/significaciones, y que estos no siempre van de la mano. Es así como en nuestras entrevistadas vimos diversos grados de adaptación a la sociedad de origen, donde a pesar de cambiar prácticas relativas a la familia, las significaciones de esta misma se mantenían intactas, pero ya no desde la naturalización que conlleva pertenecer a una cultura y seguir sus patrones de orientación, sino que también como un acto reflexivo en torno a cómo ellas desean mantener y/o cambiar estas significaciones arrastradas desde sus lugares de origen.

⁴² De esta manera, podemos ver que los cambios de imaginarios afectan tanto al género como a las jerarquías etarias dentro de los hogares, donde los hijos e hijas también exigen un lugar que se adapte al nuevo contexto en el que están viviendo.

Bibliografía

Aguilar, Y., Valdez, J., González-Arratia, N., & González, S. (2013). Los roles de género de los hombres y las mujeres en el México contemporáneo. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 207-224.

Alexander & Talpade (2004) *Genealogías, legados, movimientos*. En Bell Hooks, Avtar Brah, Chela Sandoval, Gloria Anzaldúa..., *Otras Inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (págs. 71-80). Madrid: Traficantes de Sueños.

Alméras, D. (2001). *Lecturas en torno al concepto de Imaginario: Apuntes Teóricos sobre el aporte de la Memoria a la Construcción Social*. Cyber Humanitatis.

Anzaldúa, G. (2004) *Los movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan*. En Bell Hooks, Avtar Brah, Chela Sandoval, Gloria Anzaldúa..., *Otras Inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (págs. 71-80). Madrid: Traficantes de Sueños.

Anzieu, D. (1998). *El grupo y el inconsciente*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Appadurai, A. (2001). *La Modernidad Desbordada*. Buenos Aires: Trilce - Fondo de Cultura Económica.

Arvelo, L. (2004). Maternidad, Paternidad y Género. *Otras Miradas*, 92-97.

Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Buenos Aires: Paidós.

Beauvoir, S. d. (1981). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo XX.

Bernabé, M. d. (2012). Pluriculturalidad, multiculturalidad e interculturalidad, conocimientos necesarios para la labor docente. *Revista Educativa Hekademos*, 67-76.

Butler, J. (1990). Actos performativos y constitución de género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *Performing Feminism: Feminist Critical Theory and Theatre*.

Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación social. Introducción a los oficios*. Santiago: LOM.

Cano, M. V., Soffia, M., & Martínez, J. (2009). Conocer para legislar y hacer política: los desafíos de Chile ante un nuevo escenario migratorio. Santiago : CEPAL.

CASEN. (2015). Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional [CASEN], 2013. Inmigrantes. Síntesis de resultados. Santiago: Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional. Ministerio de Desarrollo Social. Gobierno de Chile.

Castles, S. (2006). *Factores que hacen y deshacen las políticas migratorias*. En A. Portes, & J. Dewind, *Repensando las migraciones. Nuevas perspectivas teóricas y empíricas* (págs. 33-66). México: Miguel Ángel Porrúa/INM/UAZ.

Castoriadis, C. (2013). *La Institución Imaginaria de la Sociedad*. Buenos Aires: Tusquets Editores.

Cegarra, J. (2012). Fundamentos Teórico Epistemológicos de los Imaginarios Sociales. *Cinta de Moebio*, 1-13.

CELADE. (2006). *Migración Internacional de Latinoamericanos y Caribeños en Iberoamérica: características, retos y oportunidades*. Santiago de Chile: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía- División de Población de la CEPAL.

CEPAL. (2005). Departamento de Valle del Cauca, Colombia. Perfil Sociodemográfico básico. Recuperado el 19 de Febrero de 2018, de Comisión Económica Para América Latina y el Caribe: https://www.cepal.org/celade/noticias/paginas/2/40392/3_V_del_Cauca.pdf

Charriéz, M. (2012). Historias de vida: una metodología de investigación cualitativa. *Revista Griot*, 50-67.

Contreras, Y., Ala-Louko, V., & Labbé, G. (2015). Acceso exclusionario y racista a la vivienda formal e informal en las áreas centrales de Santiago e Iquique. *Polis. Revista Latinoamericana*.(42).

Correa, S., & Novoa, T. (2013). Percepción sobre la incorporación de los inmigrantes laborales colombianos en Chile. Resultado de investigación finalizada. Grupo de trabajo N°09: Estructura social, dinámica demográfica y migraciones. *XXIX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) 2013*. Recuperado en: <http://actacientifica.servicioit.cl/mensualasgt.html>.

Cortés, P. (2005). *Mujeres migrantes de América Latina y El Caribe: derechos humanos, mitos y duras realidades*. Santiago de Chile: CEPAL.

d-maps.com. (s.f). *Mapa Valle del Cauca (Colombia)*. Recuperado el 2018 de Junio de 15, de d-maps.com: https://d-maps.com/carte.php?num_car=87718&lang=es

Departamento de Extranjería e Inmigración. (2017). *Estadísticas Migratorias del Departamento de Extranjería y Migración, 2015*. Santiago: Migraciones. Chile.

Departamento de Extranjería. (2013). *Permanencias Definitivas Otorgadas Año 2013*. Santiago: Gobierno de Chile.

Díaz, N. (1999). El relato de vida: apuntes teóricos-metodológicos en comunicación. *Revista Latina de Comunicación Social*(22).

El Clarín. (2010). ZYGMUNT BAUMAN: SOCIOLOGO “Los migrantes son el principal residuo humano de la globalización”. Recuperado el 20 de Mayo de 2018, de El Clarín.com: https://www.clarin.com/sociedad/migrantes-principal-residuo-humano-globalizacion_0_BkozC5bADml.html

El País. (21 de Junio de 2012). Polémica por programa de televisión chilena que señala a inmigrantes de Buenaventura. Recuperado el 21 de Agosto de 2015, de Elpaís.com.co: <http://www.elpais.com.co/elpais/california/noticias/indignacion-por-programa-chileno-muestra-imagen-negativa-inmigrantes-colombianos>

EL TIEMPO. (14 de Agosto de 2017). Alerta en el Valle por el asesinato de más de 100 mujeres en este 2017. Recuperado el 22 de Enero de 2018, de El Tiempo: <http://www.eltiempo.com/colombia/california/asesinatos-de-mujeres-en-el-valle-en-el-2017-119660>

El Tiempo. (23 de Mayo de 2018). Mujeres, víctimas de 88 % de casos por abuso intrafamiliar en el Valle. Recuperado el 5 de Noviembre de 2018, de ElTiempo.com: noticias principales sobre Colombia y el mundo: <https://www.eltiempo.com/colombia/california/3-506-casos-por-violencia-de-parejas-el-ano-pasado-en-el-valle-221070>

Erreguerena, M. J. (2001). Cornelius Castoriadis: sus conceptos. En UAM-X, *Anuario de Investigación 2001* (págs. 39-47). Ciudad de México.

Fuller, N. (1995). *Acerca de la polaridad Marianismo-Machismo*. En L. Arango, M. León, & M. Viveros (Edits.), *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Bogotá: Tercer Mundo S.A.

García Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la Interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.

García Canclini, N. (2014). ¿Todos somos híbridos? *Cuadernillos 40 años de la UAM*.

Gómez, J. (2010). La migración internacional: teorías y enfoques. Una mirada actual. *Semestre Económico*, 13(26), 81-100.

Gregorio Gil, C. (1998). *Migración femenina. Su impacto en las relaciones de género*. Madrid: Narcea.

Guil, A., & Bascón, M. (2012). La construcción de la identidad de género, de la misoginia histórica a las nuevas perspectivas psicológicas de análisis. *I Congreso Internacional de Comunicación y Género* (págs. 176-199). Sevilla: Universidad de Sevilla.

Guillou, V. (11 de Agosto de 2014). Sexo y drogas: la migración colombiana vuelve a desnudar la discriminación de los chilenos. Recuperado el 21 de Agosto de 2015, de Eldesconcierto.cl: <http://eldesconcierto.cl/migracion-colombiana-en-chile-construccion-de-imaginario-contrapelo-de-la-discriminacion-y-el-racismo/>

Hays, S. (1996). *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Barcelona: Paidós.

Hernández, G. (2012). Cuatro aportes desde la antropología para comprender la emigración. *Universitas Humanística*(74), 35-56.

Hernandez, R., Fernández, C., & Baptista, P. (1997). *Metodología de la Investigación*. México D.F: McGraw Hill.

Herrera, G. (2016). Trabajo doméstico, cuidados y familias transnacionales en América Latina: reflexiones sobre un campo en construcción. *Amérique Latine Histoire et Mémoire*.

Herrera, P. (2000). Rol de Género y Funcionamiento Familiar. *Revista Cubana de Medicina General Integral*, 568-573.

Hurtado, D. (2004). Reflexiones sobre la teoría de imaginarios: una posibilidad de comprensión desde lo instituido y la imaginación radical. *Revista Cinta de Moebio*.

INE. (2018). Síntesis de Resultados. Censo 2017. Santiago: Instituto Nacional de Estadísticas.

INE & DEM (2019) Estimación de Personas Extranjeras Residentes en Chile. Estadísticas Migratorias. Santiago: Instituto Nacional de Estadísticas (INE) y Departamento de Extranjería y Migración (DEM).

Khoudour-Castéras, D. (2007). ¿Por qué emigran los colombianos? Un análisis departamental basado en el Censo de 2005. *Revista de Economía Institucional*, 255-271.

Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México D.F: Universidad Nacional Autónoma de México.

Lamas, M. (1995). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género. *La Ventana*, 9-61.

Larraín, J. (2001). *Identidad Chilena*. Santiago de Chile: LOM.

Le-Bert, A. (2017). Trabajo, Trabajo, Trabajo: Análisis biopolítico del ocio en mujeres provenientes del Valle del Cauca (Colombia), residentes en la ciudad de Santiago, entre los años 2016 y 2017. Tesina para optar al Diplomado Cuerpo y Capitalismo: entre la ciudad neoliberal y la geopolítica occidental. Santiago: USACH.

Lechner, N. (2003). Los desafíos políticos del cambio cultural. *Nueva Sociedad*, 46-65.

López, L., & Loaiza, M. (2009). Padres o madres migrantes internacionales y su familia: Oportunidades y nuevos desafíos. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 837-860.

Mañero, R. (2001). El concepto de imaginario en la psicología social. *Tramas*, 101-136.

Mejía, W. (2012). Colombia y las Migraciones Internacionales. Evolución reciente y panorama actual a partir de cifras. *Revista Interdisciplinar de Movilidad Humana*(39), 185-210.

Ministerio de Desarrollo Social. (21 de Diciembre de 2016). Casen 2015. Inmigrantes, principales resultados. Recuperado el 10 de Octubre de 2018, de Observatorio Ministerio de Desarrollo Social: http://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/casen-multidimensional/casen/docs/CASEN_2015_INMIGRANTES_21122016_EXTENDIDA_publicada.pdf

Mora, C. (2008). Globalización, género y migraciones. *Polis. Revista Latinoamericana*(20).

Motta, N. (2007). Las dinámicas culturales y la identidad vallecaucana. *Revista Historia y Espacio*(28), 127-154.

OCDE-UNDESA. (Octubre de 2013). La migración mundial en cifras. Obtenido de OECD: <https://www.oecd.org/els/mig/SPANISH.pdf>

Padilla, B. (2013). Género y Migraciones: Nuevas reconfiguraciones y protagonismos de las mujeres latinoamericanas. A modo de introducción. *Anuario Americanista Europeo*, 1-9.

Palacios, C., & Blanco, B. (2011). Así es la "rumba" de los colombianos en Santiago. Recuperado el 23 de Agosto de 2015, de La Tercera: <http://diario.latercera.com/2011/10/09/01/contenido/santiago/32-86358-9-asi-es-la-rumba-de-los-colombianos-en-santiago.shtml#comentarios>

Palomar, C. (2005). Maternidad: Historia y Cultura. *La Ventana*, 35-67.

Parella, S., & Cavalcanti, L. (2010). Dinámicas familiares transnacionales y migración femenina: el caso de las migrantes bolivianas en España. Recuperado el 27 de Julio de 2015, de Estudios de Género. Postgrado Oficial de la Universidad de Vigo: http://xenero.webs.uvigo.es/profesorado/sonia_parella/migracion.pdf

Pedone, C., & Gil, S. (2008). *Maternidades transnacionales entre América Latina y el Estado español. El impacto de las políticas migratorias en las estrategias de reagrupación familiar*. En C. Solé, S. Parella, & L. Cavalcanti, eds, *Nuevos retos del transnacionalismo en el estudio de las migraciones* (págs. 149-176). Madrid: OPI- Ministerio del Trabajo e Inmigración.

Penschaszadeh, A. (2008). La cuestión del extranjero. Una mirada desde la teoría de Simmel. *Revista Colombiana de Sociología*(31), 51-67.

Pizzinato, A., Calesso-Moreira, M., Cé, J., & Eid, A. (2013). Inmigración y maternidad en la transición a la vida adulta en jóvenes Latinoamericanas. *Psicología desde el Caribe*, 236-256.

Polloni, L., & Matus, C. (2011). *SOMOS MIGRANTES. Experiencias de integración a la ciudad de Santiago*. Santiago: Fundación Ideas; Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

Portes, A. (2006). La nueva nación latina: inmigración y la población hispana de los Estados Unidos. *Reis*, 55-96.

Pozo, V., & Briceño, E. (19 de Julio de 2013). Providencia, Las Condes y Santiago concentran el 45% de los extranjeros en la RM. Recuperado el 20 de Noviembre de 2015, de LATERCERA: <http://www.latercera.com/noticia/santiago/2013/07/1731-533667-9-providencia-las-condes-y-santiago-concentran-el-45-de-los-extranjeros-en-la-rm.shtml>

Puyana, Y., & Mosquera, C. (2005). Traer "hijos o hijas al mundo": significados culturales de la paternidad y la maternidad. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 111-140.

Royo, R. (2011). *Maternidad, Paternidad y Conciliación en la CAE ¿Es el trabajo familiar un trabajo de mujeres?*. Bilbao: Universidad de Deusto.

Sanhueza, T. (2005). De prácticas y significancias en la maternidad, transformaciones en identidad de género en América Latina. *La Ventana*, 146-188.

Sassen, S. (2006). *Inmigrantes en la ciudad global*. Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía.

Schutz, A. (1999). *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Solís, A. (2005). Estrategias y mecanismos para el afrontamiento psicológico de la experiencia migratoria: dilemas, costos y complejidades. Seminario Internacional de Migración Transfronteriza. San José: Universidad de Costa Rica. Obtenido de Universidad de Costa Rica: <http://ccp.ucr.ac.cr/noticias/migraif/pdf/solis.pdf>

Stefoni, C. (2002). Mujeres migrantes peruanas en Chile. *Papeles de Población. Universidad Autónoma de México*(33), 118-145.

Stefoni, C. (2011). *Perfil migratorio de Chile*. Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

Tijoux, M. E. (2017). *El cuerpo como cicatriz*. Relaciones coloniales y violencia racista. Recuperado el 16 de Marzo de 2018, de Uabierta. Universidad de Chile: http://uabierta.uchile.cl/c4x/Universidad de Chile/UCH_22/asset/Tijoux_2017.pdf

Ulloa, O., & Quaresma da Silva, D. (2010). Imaginarios de género en las prácticas de educación sexual y formación profesional en instituciones educativas de Brasil y Cuba. *Diasporas, Diversidades, Deslocamentos*.

Valencia, S. (2016). *Capitalismo Gore. Control económico, violencia y narcopoder*. Ciudad de México: Paidós.

Valles, M. (2003). *Técnicas cualitativas de investigación social*. Madrid: Proyecto Editorial Síntesis Sociológica.

Zapata, A. (2016). Madres y padres en contextos transnacionales: el cuidado desde el género y la familia. *Desacatos* 52, 14-31.

Anexo

Tablas con Síntesis de Resultados

En el presente apartado, se expondrán en cinco cuadros sintéticos los resultados generales de cada entrevista, en los cuales se basan los análisis realizados en esta investigación. Estas tablas separan lo que propusimos como los tres momentos de la migración, acompañados por experiencias, significaciones de género y elementos significativos que puedan dar cuenta de los cambios y continuidades en los imaginarios. Entonces, las cinco tablas se ordenarán de la siguiente manera: (1) presentación de la situación actual de las entrevistadas (lugar de residencia, ocupación, estudios, entre otros.); (2) Imaginarios y roles de género el lugar de origen, (3) Situación inicial/arribo de entrevistadas; (4) Prácticas parentales e imaginarios de género en Santiago de Chile; y por último, (5) Choque cultural en ciudad de destino, cambios y continuidades en las dinámicas de género.

Cuadro Sintético 1. Situación actual de entrevistadas.

Nombre	Ocupación	Comuna	Habitantes del hogar y piezas	Estudios	Motivo de migración
DIANA	Aseo en Gimnasio	Independencia	Arriendo de departamento. 2 piezas; vive con el padre, pareja, primo de la pareja y dos inquilinos (6 personas)	Universitaria incompleta (comunicación social, 1er semestre)	Reunificación familiar.
CLAUDIA	Vendedora Mall Chino	Santiago Centro (San Diego)	Arriendo de departamento. 1 pieza; vive con el esposo y sus dos hijos (4 personas)	Secundaria	Pionera en su familia nuclear en migración hacia Chile, su hermano estaba viviendo hace unos años acá.
JULIETH	Administrativa en local de despacho	Estación Central	Arriendo de departamento. 2 piezas; vive con su madre, la pareja de su madre, su hermana, su hija y su ex pareja (6 personas)	Técnico (CENA)	Se vino en un primer momento con su pareja, debido a que un amigo suyo que había migrado le comentó las buenas opciones que tenía Chile. Fue pionera en su familia, pues más tarde se separó de la pareja y decidió quedarse.
CAROLINA	Dueña de casa	Santiago Centro (Barrio Brasil)	Arriendo casa. Esposo y dos hijos (4 personas)	Secundaria	Reunificación familiar
LORENA	Jefa administrativa en una consultora	Santiago Centro (Barrio Brasil)	Arriendo de casa. Pareja e hijo (3 personas)	Universitarios (Publicidad)	Dificultad de encontrar trabajo en Cali, acá se encontraba su prima; búsqueda de independencia familiar.

MARÍA (Cali)	Garzona (Mall Costanera)	Santiago Centro (Plaza de Armas)	Arriendo de departamento. 1 pieza; vive con pareja e hijas (4 personas)	Secundaria Completa	Motivo económico, sus hijas estaban creciendo y ya no les alcanzaba para mantenerlas. La decisión la toma su pareja.
MARÍA (Palmira)	Empresa de limpieza	Santiago Centro (Franklin)	Arriendo de departamento informal (Galpón remodelado). 1 pieza, vive con su esposo y su hija (3 personas)	Secundaria Incompleta	En general ha tenido una vida itinerante. Después del terremoto vio una oportunidad en Chile y la aprovechó. Migró sola, acá conoció a su esposo.
MILENA	Asistente Terapeuta de pacientes psiquiátricos	Santiago Centro (San Diego)	Arriendo de departamento. 2 piezas; vive con su hijo	Chef Asistencia en pacientes psiquiátricos	Por sus hijas decide venirse: alejándola de su ex pareja; por la violencia en Colombia (vacunas y violencia de género)
VIVIANA Cali	Garzona	Estación Central	Arriendo de departamento. 2 piezas; vive con sus dos hijas, su nieta, su pareja y la ex pareja de su hija (6 personas)	Secretaria	Se vino su hija, se quedó con su nieta en Colombia. Al querer la hija traerse a su nieta, decidió venirse con ella
VIVIANA Buenaventura	Peluquera con negocio propio	Santiago Centro (Portugal)	Arriendo de departamento. 1 pieza, vive con sus dos hijos (3 personas)	Primaria	Violencia. Acompañando a su madre que tuvo que escapar por violencia en Buenaventura, la tenían amenazada.
JULIANA	Bailarina; profesora de danza y pilates.	Santiago Centro (Santa Lucía)	Arriendo de departamento. 1 pieza, vive con su hijo (2 personas)	Secundaria. Estudios informales de danza	Viene embarazada, su ex pareja es un bailarín chileno

Cuadro Sintético 2. Lugar de Origen

Nombre	Figura materna	Figura paterna	Tipos de Violencia	Roles y significaciones de género
DIANA	<p>Madre violenta con ella, "igualada", más apegada a su hermano. Encargada de hacer las labores del hogar, junto a ella, si no cumplía la castigaba y la golpeaba. Femeidad ligada a lo privado.</p> <p>Se marcha en su adolescencia, lo que gatilla resentimiento hasta el día de hoy.</p>	<p>Padre cumple para ella el rol proveedor, más contenedor. Referencia máxima de la familia, actualmente viviendo con ella en Chile.</p>	<p>Crianza: su madre le pegaba "horrible", hasta el punto hacerla sangrar, se igualaba con ella; imagen entre mujeres competitiva</p>	<p>El trabajo reproductivo, dentro del hogar, lo hacía su madre. Cuando se fue, Diana se hizo cargo de las labores del hogar (a los 17 años).</p> <p>En un inicio, la figura de autoridad dentro de el hogar era la madre, a ella se le consultaban las decisiones a pesar de que el padre fuese el proveedor. Luego, al hacer la madre abandono de su hogar, esta figura no se desplaza a Diana sino que al padre, quien toma el mando dentro y fuera de la casa, eso sí que con dinámicas más colaborativas.</p>
CLAUDIA	<p>Madre asesinada por su antigua pareja, se cría con su abuela; nunca le entregó cariño, desde pequeña se tuvo que "ganar" su lugar en la casa (trabajo infantil remunerado).</p>	<p>Abuelo: padre ausente. Discursos altamente machistas, las niñas no tienen derecho a estudiar, tienen que dedicarse al hogar.</p>	<p>De género: preferitismo hacia su hermano. Madre víctima de femicidio (nació en la violencia)</p> <p>Sexual: abusos sexuales por parte de su tío</p> <p>Crianza: "pelas" o golpes; las mujeres no tienen derecho a estudiar.</p>	<p>Criada bajo un paradigma altamente machista, fue obligada a trabajar desde pequeña dentro y fuera de la casa. Hombres son los que reciben estímulos/educación, mujeres se dedican a servir.</p> <p>Muestra rebeldía contra estas imposiciones de género.</p>
JULIETH (Hija de Viviana, Cali)	<p>Madre y padre a la vez, es Viviana la que se hace cargo de ella, no teniendo apoyo cotidiano del padre. Trabaja, estudia, saca adelante a sus hijas con la ayuda de su madre, es un ejemplo de valor, de resiliencia. Además de madre la ve como una mujer muy trabajadora/guerrera.</p>	<p>Padre más viajado, fue el primero que migró en su familia (ya separado) y decidió irse a España. Por lo mismo, tiene una visión del mundo más liberal, que Julieth reconoce en su discurso. Figura del padre que trabaja, pero que está ausente en el cotidiano.</p>	<p>Violencia por parte de la abuela/matriarca: es la que tiene el poder en la casa, la que impone su voluntad</p> <p>Infancia: pelas cuando niña</p>	<p>Roles muy conservadores, tradicionales. Abuela es la matriarca de la familia, abuelo tiene doble familia, es machista, maltratador. Las figuras femeninas son muy poderosas, pero siempre desde el conservadurismo, es decir, a pesar de tener un mandato sobre su casa, está esa concepción de que una mujer tiene que estar adentro cuidando, reproduciendo, mientras el hombre afuera provee. No hay figuras masculinas durante su niñez, pues el padre se separó de su madre y a pesar de cumplir económicamente, siempre estuvo ausente. En cambio la madre, ejemplo femenino de esta protagonista, la ve como una mujer luchadora, trabajadora, aguerrida. A pesar de eso, están en una sociedad donde ser madre soltera le pegó duro, donde emparejarse con otros hombres estuvo lleno de prejuicios, donde se refiere a ella misma principalmente como</p>

				<p>madre, sin victimizarse pero sin tomar protagonismo finalmente de su propia historia.</p> <p>Acostumbrada a trabajar desde pequeña, y acorde a su maternidad adolescente, Julieth tenía esta cuádruple tarea: estudiar, trabajar, criar y hacer las labores del hogar. En esto buscaba apoyo en las mujeres de su casa.</p>
CAROLINA	<p>Madre dueña de casa, encargada de la crianza en todos los aspectos junto a las labores del hogar.</p> <p>Familia unida (como uno de los valores de la familia colombiana)</p>	<p>Figura de un padre que no solo provee, sino que también ayuda en la casa. Idea de que es colaborador debido a que quedó huérfano desde pequeño.</p>	<p>Violencia de género: tipo de familia conservadora, pocas oportunidades para las mujeres.</p>	<p>Familia de clase media alta: padres juntos, roles tradicionales. Madre se encarga del mundo privado; padre trabaja pero ayuda en el hogar, cosa que lo relaciona a su condición de huérfano.</p> <p>Lo masculino está afuera, no se mete dentro del hogar, tiene una relación más interesada con sus hijos (a través del dinero), es la autoridad.</p> <p>Lo femenino se encarga de las decisiones dentro del hogar; es más cuidadosa, frágil.</p>
LORENA	<p>Madre soltera, trabajadora (fuera del hogar). Fue criada por los abuelos. Apoyo de la familia materna en su crianza</p>	<p>Presente en lo económico, pero no en la crianza ni en su presencia</p>	<p>Padre ausente en términos de crianza</p>	<p>Criada por una madre soltera junto a sus abuelos, Lorena ya conoce todo lo que significa que la madre sea la jefa y proveedora del hogar. A pesar de tener marcadas igualmente ciertas tendencias conservadoras, como las del matrimonio, la iglesia y la pareja única, su vida la llevó por un camino bien distinto, teniendo que ingeniárselas sola con su hijo ayudada por su madre y por sus abuelos. Reconoce a otras regiones del país como machistas, más el Valle estaría fuera de eso.</p>
MARÍA. Cali	<p>Diversas figuras maternas: mamá, abuela, tías. De estas figuras, la que recuerda con más cariño es a su abuela, con quien pasó la mayor cantidad de tiempo. La ayudaba en el colegio</p> <p>Abuela cumplió principalmente el rol de su crianza, sobre todo en las dudas que se generan cuando niña: sexo, menstruación, etc.; es la que contiene, la que aconseja.</p>	<p>Padre muy estricto, cuidaba más a sus hijas mujeres, mandato de género No le podía contar nada por lo mismo</p> <p>Proveedor/afuera</p>	<p>Violencia simbólica: mujeres catalogadas en estereotipos, los rompe cuando llega a Chile y comienza a trabajar. En este sentido, se ve a la mujer como dueña de casa, encargada de la crianza, junto al hombre machista, alcahueta</p> <p>Poca preocupación en su niñez: se movió de casa en casa de familiares, debido a la falta de recursos de su familia</p>	<p>Roles de género más tradicionales, una vez que se emparejó y tuvo a sus hijas, no trabajaba remuneradamente, se dedicaba por completo a las labores reproductivas del hogar.</p>

<p>MARÍA Palmira</p>	<p>Madre siempre trabajó, fue madre y padre a la vez ya que su pareja la abandonó con sus hijos. Trabajaba mucho para mantener a sus hijos, era la que imponía el orden, daba las "pelas".</p>	<p>Padre biológico nunca lo conoció, abuelo tomó ese rol. No impuso su fuerza, nunca los maltrató, muy buenos recuerdos y referencias al hablar de él, está como idealizado. Trabajaba para brindarle estudios a sus nietos.</p>	<p>Violencia en la crianza: con látigo le pegaban. Esta fuerza era ejercida por las mujeres, su madre y su abuela les pegaban a ella y a su hermano, pero su padre (abuelo) nunca los tocó.</p>	<p>Dentro de su hogar, las mujeres son las que mantienen el poder. Se cría con madre, abuela y abuelo, donde la matriarca es la que pone el orden y puede hacer el uso de la violencia en términos de crianza.</p>
<p>MILENA</p>	<p>Madre se caracteriza como mujer blanca, de buen pasar, dueña de fincas. Muy sumisa frente al marido. Era la que mandaba en la casa, ya que ella era la que traía la plata. Afectiva</p>	<p>Negro, campesino, pobre. Se dedicaba a las fincas, pero igual lo consideraban un vago. Traía todo lo que sacaba de la tierra y del mar, comidas varias. Muy estricto, no sabían cómo su mamá lo soportaba. Era el que le daba las pelas a sus hijos. Seco, poco expresivo.</p>	<p>Violencia en la crianza: su padre le pegaba, era muy estricto con ella. Violencia en el lugar de origen: muchos muertos por vacunas, dificultad de tener un negocio por esto, sumado a una hija que le gusta la fiesta.</p>	<p>Padres: Mujer proveedora con cierto liderazgo; hombre mantiene el poder y la violencia dentro de su crianza. Factor de razas: madre dueña de finca, padre trabajador, negro y campesino.</p> <p>Familia Milena: reproducción de roles tradicionales, donde esposo es proveedor y administrador del dinero del hogar (a pesar de que ella también trabajaba). Ella, ya en una situación más acomodada, se encargaba de su hogar mediante la contratación de una asesora del hogar, quien se encargaba también de la crianza de sus hijos.</p>
<p>VIVIANA Cali</p>	<p>Exigente: autoridad en la casa. Son de la época del respeto, del no contradecir. Muchas reglas a sus hijas dentro del hogar. Mandan dentro de la casa: limpian, cocinan, lavan, a las mujeres las educaron para hacer todo adentro de la casa. Siempre ha trabajado y se las arregló para criar a sus hijos en una situación de pobreza extrema.</p>	<p>Machista, tomaba mucho por lo mismo empieza a perder autoridad dentro de la casa</p>	<p>Violencia en la crianza: enseñanzas a partir de golpes.</p>	<p>Roles de género tradicionales, dentro de su hogar su padre era machista y borracho; madre los sacó adelante a base de una crianza muy estricta (pelas, horarios, restricciones).</p> <p>Viviana fue madre muy joven, por lo que se tuvo que ir de su hogar para criar sola a su hija. Ella considera que los hombres en Colombia son muy machistas, tomaban decisiones sin siquiera contarle.</p>
<p>VIVIANA Buenaventura</p>	<p>Ama de casa, a veces trabajaba en una peluquería pero su padre no la dejaba trabajar. Mujer errante, desde que se separó va de ciudad en ciudad en busca de oportunidades. Es el pilar de Viviana, la que se preocupó de su crianza, de su educación.</p>	<p>Conductor de autos. Hombre machista, agresivo, ignorante. Le pegaba muy duro a su madre, la dejaba sangrando. Abusaba de ella cuando era pequeña.</p>	<p>Violencia machista-patriarcal: su padre abusaba de ella cuando pequeña Violencia social: familia amenazada de muerte, tíos y primos muertos por vacunas. Violencia de género: antiguas parejas la mantenían encerrada, no le permitían tener control de embarazos, ni salir de la finca.</p>	<p>Figura paterna muy violenta, empleaba todo el poder que le otorga una sociedad machista golpeando físicamente a su madre y abusando sexualmente de ella. Desde pequeña tuvo que tomar medidas violentas, golpeando y expulsando a su padre del hogar.</p> <p>A los 13 años se convierte en madre, sufriendo excesivas violencias por su pareja (no podía salir del hogar sin su permiso, ni</p>

			<p>Violencia en la crianza: abuela le pegaba, la hizo trabajar desde pequeña</p>	<p>usar métodos anticonceptivos, pues "las mujeres sirven para procrear"). Es así como desde adolescente, tuvo que hacerse cargo de todas las labores del hogar, siendo su esposo el proveedor económico de este (se dedicaba al trabajo en su finca).</p>
JULIANA	<p>En un momento fue una madre muy preocupada, pero debido a los problemas en que metía el papá a su familia (de deudas sobre todo), se descuidó de sus hijos dejándolos prácticamente solos. Trabajaba como obrera en una fábrica costurera. Le aguanta todo a su papá.</p>	<p>Mujeriego, endeudado siempre por lo mismo. Se metía en problemas con los prestamistas y más de una vez lo fueron a buscar a su casa. Honesto (no ha robado), nunca ha estafado a nadie, nunca le ha hecho daño a nadie, no fuma, no toma, no consume drogas. Muy respetuoso, muy atinado.</p>	<p>Violencia de género/sexual: tíos abusaban de ella cuando niña. Social: vivió en la "zona roja", donde se enfrentó a varias situaciones con la guerrilla, balaceras, de niña. De género: padre al tener muchas amantes no llevaba los elementos básicos para el hogar, por lo que tuvo que trabajar desde niña.</p>	<p>Los roles de género dentro de su hogar eran conservadores, donde el padre a pesar de trabajar desfalcaba el dinero en alcohol, amantes, prestamistas, mientras que en su casa pasaban hambre.</p> <p>Su madre entonces tiene que trabajar para sustentar las deudas de su esposo, haciéndose cargo de las tareas y crianza dentro del hogar.</p> <p>La imagen de su madre como ejemplo de sumisión frente a figura paterna, donde le aguanta todo, incluso llegando a descuidar de sus hijos. Lo masculino se interpreta como mujeriego, irresponsable, producido por imagen del padre y de su ex pareja.</p>

Cuadro Sintético 3. Situación inicial/arribo de entrevistadas

	Vivienda inicial	Redes de Apoyo	Trabajo	Violencias
DIANA	<p>8 personas en un departamento de dos piezas, con un baño.</p> <p>No todos son familiares, subarriendan una pieza a una pareja de colombianos.</p>	<p>En un comienzo suegra, pero por un momento, durante el embarazo, no tenía redes (se tuvo que devolver a Colombia); hoy en día padre y pareja Sin amigos.</p>	<p>Primera venida de garzona, en discoteques, sin mucho filtro</p> <p>Después garzona y personal de aseo en un gimnasio; pareja trabajó de prestamista.</p> <p>Percepción de que en Chile lo único que te asegura el bienestar es el trabajo, pues hay falta de redes.</p>	<p>En el ámbito laboral, ella y su pareja (al ser prestamista), es objeto de violencias por parte de la población nacional. En el ámbito personal, al ser jóvenes sin capital social, se vieron expuestos a violencias por parte de los mismos colombianos</p> <p>En Yapo.cl, buscando departamentos, en los avisos sufren discriminación xenófoba (“no se admiten colombianos”).</p> <p>Discriminación estructural: difícil acceso a necesidades básicas como vivienda, trabajo, salud; se les cobra más por vivir en condiciones miserables. Se cristalizan los estereotipos de los migrantes: alegres, pero también narcos, delincuentes.</p>
CLAUDIA	<p>Pasan por un trayecto de viviendas precarias: estafas de propietarios, ruido, drogas, prostitución, hacinamiento.</p>	<p>Hermano en lo laboral; amigos le han ayudado a conseguir departamento</p>	<p>Siempre de vendedora en el área de servicios, hoy en día trabaja en el mall chino, pero estuvo en el Alto Las Condes y en bazares como empleada. Es en este ámbito donde ha sufrido mayor discriminación</p>	<p>Mayormente en el ámbito laboral, despidos injustificados, falta de protección legal. En su vivienda le pasó lo mismo, por falta de información y de protección terminó entregándole dinero a un señor por habitaciones inexistentes, y después se las entregaron en muy malas condiciones.</p>
JULIETH (Hija de Viviana, Cali)	<p>Vivienda muy precaria, prestada, ubicada en Estación Central. Era una pieza grande adaptada para vivir, mala higiene en los baños, ratas, frío casi insoportable. Se las prestó su antigua jefa, quien la ayudó a arreglarla, pero debido a la falta de redes y recursos está situación de extrema pobreza duro casi seis meses (2-4 personas)</p>	<p>Julieth al migrar antes que su familia, tuvo tiempo y disposición para generar muchas amistades que la han apoyado a lo largo de este proceso migratorio (Junto a sus antiguas parejas). Hoy en día su máximo apoyo es su familia: su madre, padrastro, su hermana y su hija, entre ellos se contienen y se ayudan.</p>	<p>Acostumbrada a trabajar desde que fue madre, Julieth al migrar ha conseguido trabajos de distinto tipo, pero siempre en el área de servicios. Partió como vendedora de boletos en el terminal San Borja (Estación Central). Hoy en día se dedica a temas administrativos en una automotora.</p> <p>Trabajo absorbente, no le queda tiempo libre, lo invierte en la familia.</p>	<p>En espacios públicos: relación de colombianos a la delincuencia, el narcotráfico, drogas y putas. Julieth se ha visto enfrentada a esto en varias ocasiones: callejeras, de servicios.</p> <p>En espacios privados: en la escuela, su hija y hermana también han sufrido violencia escolar. Julieth lo atribuye a que "son muy flaquitas" y por eso las molestan, pero termina admitiendo que algo tiene que ver de que vengan de afuera</p>

CAROLINA	No se profundizó en el tema, pero ya estaban acomodados debido a que su esposo fue quien migró primero	Prima Lorena; pero también la comunidad escolar de sus hijos, al ser dueña de casa se involucra más en estos aspectos, tiene referencias de lo que son las familias chilenas, conoce a los padres de los compañeros de sus hijos.	Migración fue un retroceso en este sentido, trabajaba en Colombia y cuando llegó a Santiago. Acá comenzó trabajando en una empresa de envíos, pero se dedica en este momento a ser dueña de hogar. Se percibe un malestar en su discurso cuando habla de su vida de dueña de casa, se sentía más libre en Colombia.	No ahonda en el tema (también es una cuestión de clases /interseccionalidad)
LORENA	No se profundizó en ese tema	En general otros colombianos, no hay relación con familias chilenas. Principalmente su prima Carolina, su pareja y la comunidad cristiana a la que asiste	Concebido principalmente para mantener el estilo de vida, en contraposición a la vida familiar (sacrificada para mantener ciertas comodidades). Le permite independencia de su familia en Colombia, no lo ve como un castigo, sino como una forma de realizarse. Actualmente, es Jefa administrativa de una consultora.	No ahonda en el tema (también es una cuestión de clases/ interseccionalidad)
MARÍA. Cali	Pieza de cuñado, la considera horrible porque "habían gays", alcohol, sin control. Les niegan habitaciones de hoteles. Terminaron durmiendo en el piso de la amiga de una amiga (hacinamiento)	Amigos les han brindado más ayuda en temas de vivienda, o amigos de amigos, lo que denota la importancia de las redes, e impiden que queden en la calle. Familiares, como su hermana y cuñado, la han ayudado a encontrar trabajo. Jefes chilenos igual han sido un apoyo, le ayudaron a traer a sus hijas.	Comenzó trabajando en Patronato, pero no le hicieron nunca un contrato. Con la ayuda de un cuñado, entró a trabajar de garzona en un restaurant ubicado en el Costanera Center, al momento de la entrevista seguía en el cargo.	Primera discriminación fue en el acceso a servicios, debido a que a pesar de contar con dinero no les permitieron hospedarse en un hotel, por lo que quedaron en la calle. Fútbol acrecienta los roces con los chilenos, hijas sufren violencia verbal. Forma de vestir llamativa: considerada flaite.

<p>MARÍA Palmira</p>	<p>En un principio, vivía en piezas hasta que consiguió el trabajo como asesora del hogar puertas adentro, ahí se quedó hasta que tuvo a su hija, momento en el cual se fue a vivir en una pieza con su esposo. Viven actualmente en una especie de cité. Las construcciones son muy precarias, a las piezas les entra mucha humedad y poca luz, están ahí desde que se construyó. El baño es compartido, las casas son de material ligero, se escucha todo lo que hacen los vecinos.</p>	<p>Se vino con muy pocas redes de apoyo. Una conocida la alojó en un comienzo, luego vivió con un primo en condiciones de hacinamiento, pero no tuvo redes cercanas hasta que conoció a su marido. Entonces, la falta de redes se ha prolongado en el tiempo, no tiene gente de confianza con quién dejar a su hija. A pesar de tener familiares en el país, estos no viven en Santiago.</p>	<p>Partió limpiando para empresas, hasta que terminó trabajando como asesora del hogar. Por la falta de documentos, los únicos trabajos a los que podía acceder eran muy precarios, por el día, sin contrato. Negocio con esposo: en un comienzo fue un restaurant, después una panadería. Vida familiar se configuró en torno al trabajo. Por malos manejos financieros, perdieron todo, por lo que ahora María se encuentra trabajando en una empresa de aseo.</p>	<p>Racismo por parte de niños del jardín hacia su hija, María atribuye ese tipo de violencias a los padres. Discriminación en el acceso a viviendas, criterios injustos por ser migrantes.</p>
<p>MILENA</p>	<p>No se profundizó en el tema.</p>	<p>Amigos le han brindado apoyo emocional. Ella también los ayuda cuando tienen problemas.</p>	<p>Trabajó primero como chef en un restaurante colombiano. Ahí sufrió explotación por parte de su jefa, pues a pesar del alto cargo trabajaba por el mínimo, a causa de desinformación en cuanto a sueldos. Actualmente trabaja como asistente de enfermería de pacientes psiquiátricos.</p>	<p>Primera discriminación en la frontera: a pesar de tener sus papeles en regla no la dejaron pasar. Discriminación laboral: aprovechamiento de la ignorancia de las leyes y sueldos en el país hacen que trabaje muchas horas por el mínimo. Por nacionalidad: comentarios alusivos a prostitución y drogas ("culombiana"). De género: amenazas y celos por parte de su marido, culmina en el divorcio.</p>
<p>VIVIANA Cali</p>	<p>Viven de allegados en la casa de su hija Julieth, después se cambian todos juntos a un nuevo departamento.</p>	<p>Principalmente la familia, entre ellos se brindan apoyo y se ayudan mutuamente. Tienen amistades de otras nacionalidades dentro su edificio.</p>	<p>Actualmente tiene el mismo trabajo desde que llegó, como garzona en barrio "Sanhattan".</p>	<p>En el trabajo: compañeras la reciben mal por su condición de migrante. Vivienda: dificultad de arrendar un espacio para ella y su familia por los requisitos que les piden para regularizar sus papeles.</p>
<p>VIVIANA Buenaventura</p>	<p>Llega a vivir con su madre en el departamento que ahora habita Viviana con sus hijos. En ese momento vivían aproximadamente seis personas en ese espacio (1 pieza)</p>	<p>Su madre principalmente, luego unas amigas chilenas que la ayudaron a traer a sus hijos, y están ahí cada vez que tiene problemas.</p>	<p>Tiene su propia peluquería en Pedro de Valdivia, siempre se ha desempeñado en su rubro, pero antes lo complementaba trabajando en un hotel.</p>	<p>No entrega información al respecto.</p>

<p>JULIANA</p>	<p>Departamento en Santiago Centro, Bellas Artes. Barato pero sin muebles, a pesar de no vivir hacinados, pasan hambre.</p>	<p>Hermana, amigas la han guiado y ayudado con su proceso de crianza. Aún así se siente sola, tiene que llevar a su hijo a todos lados ya que no tiene con quién dejarlo.</p>	<p>Trabaja como profesora de danza en distintas instituciones a lo ancho de la capital, hace clases en Peñalolén, Quinta Normal, en la Escuela Moderna, tiene seminarios en regiones, etc. Su vida actualmente se mueve en torno al trabajo, y este la hace sentirse realizada de cierta manera.</p>	<p>Ha tenido diversos episodios callejeros en los que su nacionalidad ha sido objeto de discriminación. También problemas con la entrada con las instituciones que vigilan el acceso al país.</p>
-----------------------	---	---	--	---

Cuadro Sintético 4. Prácticas Parentales e Imaginarios de Género en Chile

	Maternidad	Paternidad	Crianza
DIANA	Muchas carencias, preocupada de su bebé, apoyada por su padre y pareja. En Chile ha trabajado y ha relegado las funciones de crianza a una niñera	Presente, excepto en su separación mientras se vino primero a Chile. Imagen infantilizada del padre, la autoridad la ejerce el abuelo.	Conciliar lo laboral con la crianza de un bebé, por lo mismo suspendió obligatoria y deliberadamente su lactancia
CLAUDIA	<p>Crianza desde el amor y protección a sus hijos. Es de las mujeres que ha tenido un mayor aprendizaje a lo largo de su vida, y las violencias y favoritismos que le fueron impuestos a ella durante su niñez no las repite con sus hijos.</p> <p>Les enseña valores como la autoestima y la confianza, pero también ese respeto ciego y jerárquico que deben tener los hijos frente a sus padres. Cría a la par con su esposo, y entre todos se dividen las labores del hogar</p>	<p>Su esposo junto a ella son base fundamental en su familia, no solo económicamente sino que también encargándose de las labores del hogar y del afecto hacia sus hijos. Él junto a su madre se hicieron cargo de ellos cuando Claudia migró, y se los trajo cuando ya se pudo establecer económicamente.</p> <p>Hoy ayuda en las labores del hogar, cocina, limpia a la par con Claudia, pues los dos trabajan.</p>	<p>Cuando migró sus hijos se quedaron en Tuluá con su madre y esposo. Cuando ocurre la reunificación familiar, rompe con las divisiones tradicionales de género.</p> <p>La infancia pasa de ser concebida como trabajada, donde ella tuvo que aportar económicamente al hogar, a ser sobreprotectora, evitando cualquier acercamiento de esas experiencias a sus hijos.</p> <p>Factor religioso, respeto y autoestima. Sin violencia física, pero con castigos.</p> <p>Buena relación con los servicios de salud.</p> <p>Sus hijos se ocupan también de su propia crianza, se movilizan solos, el mayor se encarga del cuidado del menor, están gran parte del tiempo solos en la casa, realizando labores del hogar.</p>
JULIETH (Hija de Viviana, Cali)	<p>Maternidad adolescente en Colombia, embarazo no planificado</p> <p>Julieth ha tenido en su vida muchos ejemplos de mujeres trabajadoras, y ella misma lo es, desde que tuvo a su hija se ha dedicado a trabajar, estudiar y hacer las labores del hogar para darle un mejor futuro. Su decisión de migrar también radicaba en eso.</p> <p>Es más liberal que su madre y abuela, por el hecho también de que su hija es pequeña y ella junto a su pareja de ese momento fue la primera de su familia en migrar. En este sentido construye una crianza más liberal, donde existe conscientemente una adaptación a los cambios, creyendo que una crianza conservadora no se podría aplicar aquí en Chile.</p>	<p>La figura paterna en este caso no la tiene el padre de la niña, sino que la tiene su padre (abuelo) y la pareja de su madre, que representan figuras de autoridad. Por otro lado, se relaciona a la figura paterna como una figura de poder, a pesar de que en la realidad han sido en su mayoría figuras ausentes.</p>	<p>División de roles de crianza entre toda la familia, la madre fue la que se quedó con Susana cuando Julieth migró, y hoy en día viven todos juntos. Percepción más liberal de la crianza, tiene que adaptarse al "modelo chileno" (más liberal), mayor libertad lo ve como algo positivo.</p>

<p>CAROLINA</p>	<p>Maternidad intensiva (Sharon Hays), intenta reproducir su crianza, los valores que le inculcaron sus padres en su infancia Madre abnegada, sacrificio por la familia/ enseña valores a sus hijos; mayor preocupación por la niña Se encarga de todos los detalles del hogar</p>	<p>Paternidad más ausente, encargado de proveer económicamente el hogar, pero fuera de él. Cuando está, es la voz del mandato, de la orden, del dinero. Cuando está de "buenas pulgas" ayuda en el hogar.</p>	<p>Al ser fiel representante de lo que Sharon Hays llama "maternidad intensiva", esta mujer dedica todos sus esfuerzos a la crianza de sus hijos, reconociéndose ella misma como una mujer abnegada. Muy preocupada de mantener los valores (respeto, honestidad, etc.). Frente a esto, comunica una nostalgia más que de su familia y redes, de su independencia. Hoy en día cualquier movimiento depende de su marido.</p>
<p>LORENA</p>	<p>Maternidad adolescente en Colombia, el padre la acompañó durante dos años y después se desentendió. En Colombia, después de terminar sus estudios decide venirse a Chile para lograr encontrar trabajo, dejando a su hijo al cuidado de sus abuelos. Cuando su hijo llegó a Chile, esperó a que se adaptara para volver a buscar trabajo (migración acelera la reunificación familiar). Muy apegada a su hijo.</p>	<p>Ausente desde los dos años de Juan Esteban. El rol paterno lo han tenido otras figuras que son parte de la vida del niño: el abuelo y la pareja actual de Lorena. En este caso la figura paterna se caracteriza no solo por aportar en lo económico ni en lo autoritario (poder), sino que también se distribuyen las labores del hogar, criando al niño a la par de Lorena Esposo criado como "paisa", debería ser más machista pero como es huérfano Lorena explica la voluntad de él de llevar la casa.</p>	<p>En un comienzo, deja a su hijo con sus abuelos, lo que provoca angustia en Lorena ya que es muy apegada a él. Debido a su trabajo, ha tenido que buscar diferentes alternativas para el cuidado de su hijo, lo que me llama la atención es que en vez de recurrir a sus redes familiares, lleve al niño a un after school. Dificultad de conciliar la maternidad con el trabajo (pero acá "todas lo hacen", hay que adaptarse) Niños también tienen un rol dentro del hogar</p>
<p>MARÍA. Cali</p>	<p>Maternidad más estricta, tuvo a sus hijas en la adolescencia. En un principio se encargó ella de sus hijas, hoy en día las educa con su cría con su actual pareja Es la que impone el orden dentro del hogar, por su trabajo, las labores de crianza las comparte con su pareja. Conoce a los amigos de sus hijas, a los padres del novio de la mayor, se involucra mucho (maternidad intensiva)</p>	<p>Ejercida por su actual pareja Padres alcahuetas: dejan hacer lo que quieran a sus hijos No se considera con el derecho de ejercer autoridad sobre ellas, por no ser su papá biológico Apoyo emocional, afectivo a sus hijas</p>	<p>Hijas son su prioridad, se acelera de esta manera la reunificación familiar por su bienestar. Pareja ejerce función paternal, pero sin la autoridad, se siente sin derecho a eso. Roles de género tradicionales, mantienen tradiciones de Colombia (Como los 15) Crianza muy estricta, padrastro la desautoriza en frente de sus hijas Autovalentes, no estar metidas en casa ajena</p>

MARÍA Palmira	Respeto la autoridad del padre por sobre la hija, aunque esta autoridad signifique golpes. Madre hace todo en el hogar, hoy en día como los dos trabajan han tenido que repartirse los roles.	Más cercano a las reglas, más estricto. Es el que impone el orden, el que da las "pelas". Es más controlador en la crianza Hombre como autoridad/violencia.	Tema de la tecnología (Diferencia generacional) Hombre como autoridad, pelas. Conciliar crianza con trabajo: ha tenido que idear diversas estrategias, como cuidar a su bebé en horarios laborales. Importancia en mantener los valores: a pesar de que todo cambia, no cambiar la forma de vida. Dificultad de criar cuando ambos padres trabajan y sin redes de apoyo. Prioridad de la crianza por sobre el trabajo, renunció a empleo de asesora del hogar por criar a su hija con sus dos padres.
MILENA	Madre y padre a la vez. Es la única que cría a su hijo, pues su ex esposo se devolvió a Colombia y ya tampoco la ayuda económicamente. Le importa más que trabajar, pasar tiempo con su hijo.	Pareja llega después que ella a Chile. Empieza con actitudes violentas hacia ella, debido a su reciente libertad, evocando a los celos. Culmina en la separación, convirtiéndose en un padre ausente, ya que se devolvió a Colombia	Hay un choque entre la crianza que tenía antes (pelas, estricta) con la de ahora. Su hijo le saca en cara esta diferencia cultural, por lo que no puede aplicar en plenitud el modo en que ella educaría a su hijo.
VIVIANA Cali	Necesidad de mantener los valores de crianza que le inculcaron cuando ella era pequeña, por sobre todo el respeto. Dificultad en la crianza de su niña adolescente debido a que exige tratos similares a los de sus compañeros, si desobedece, pelas.	Parejas padres de sus hijas ausentes, del primero se separó, el segundo falleció. Actualmente vive con su pareja, quien ejerce con su nieta e hija menor la figura paterna, ayudando en la casa, trabajando y criando a sus niñas.	Intento de criar a sus hijas con el respeto y obediencia con que fueron ellos criados, problemas al chocar con la cultura chilena que la consideran más liberal. Dificultad en la crianza por interacción con niños criados en familias chilenas.
VIVIANA Buenaventura	Madre soltera, dedicada completamente a sus hijos. Los trajo a Chile poco después de migrar, cuando ya tenía una situación más estable. Prefiere no tener parejas que interfieran con su crianza, por lo que ella se pospone hasta que sus hijos hayan terminado sus estudios.	Padres ausentes. Figura paternal la ejerce su actual pareja, controlándose en la crianza pues no se siente con el derecho.	Crianza exhaustiva, ligada al concepto de "maternidad intensiva" propuesto por Sharon Hays (1996), pospone proyectos personales por darle la mejor vida, educación y bienestar a sus hijos.
JULIANA	Madre soltera, se dedica a trabajar y a cuidar de su hijo. Tiene poco apoyo del padre, por lo que ella es el sustento principal, llegando a ir a tribunales de familia.	Padre irresponsable, a menos de que se lo dicte un jurado no se hace cargo de su hijo. No permite a Juliana volver a Colombia, teniéndola obligada a estar en Chile por no separarse de su hijo.	Ligada totalmente al trabajo. Siente cierta culpabilidad con su hijo por no poder darle una "vida de niño normal", pues él la tiene que andar siguiendo a todos los espacios donde se desempeña laboralmente, quedando poco tiempo de distensión y de juego.

Cuadro Sintético 5. Presente: Choque Cultural e Imaginarios de Género

	Proyecciones	Percepción Chile/Chileno	Percepción Colombia/Colombiano	Cambios y Continuidades en los roles de Género
DIANA	Quedarse en Chile, ver a su hijo crecer "como chileno"; principalmente por factores económicos, encuentran más tranquilidad y comodidades que en Colombia	No ahonda en el tema.	Es muy quedado, se devuelven sin buscar realmente un trabajo, hay oportunidades en muchos lados, pero no con buenos sueldos.	Roles cambian parcialmente en la familia de Diana. A pesar de que los hombres empiezan a formar también parte de la crianza y empiezan a ayudar en las labores del hogar, al final del día siempre va a ser una mujer la que cuida a su hijo, ya sea Diana o una niñera. Las figuras masculinas se asocian al concepto de "ayuda", y no de labor dentro del hogar.
CLAUDIA	No ahonda en el tema.	Buena relación con las instituciones (salud y educación). Los chilenos tienen mala crianza, los hijos son falta de respeto con sus padres. Adolescentes relacionados a las drogas. Vida del chileno es agitada (rapidez, relacionado a una sociedad neoliberal, falta de vínculo, tecnología)	Malos servicios en comparación con Chile Cultura más respetuosa, la base es la familia	Roles cambian de acuerdo a las necesidades de esta familia, por un lado el esposo en un principio tiene que hacerse cargo de la crianza de sus hijos en Colombia; cuando ya ocurre la reunificación familiar, los hijos también deben adquirir nuevos roles, como hacerse cargo de la limpieza del hogar. Todos trabajan en ese sentido, Claudia no se lleva toda la carga en el hogar. Esposo cocina, entre todos limpian.

<p>JULIETH (Hija de Viviana, Cali)</p>	<p>Se proyecta en Chile, no queriendo volver a Colombia ni a mediano ni a largo plazo. Hay en este sentido una cierta nostalgia de lo que fue, un ensalzamiento de Cali y Colombia como lugares buenos, cálidos para vivir, pero una inseguridad social y laboral que no están dispuestas a retomar.</p>	<p>Chile como un país moderno, más liberal, se permiten cosas que se ven solo en el mundo desarrollado: drogas como la marihuana son de más libre consumo, las parejas homosexuales pueden expresar más libremente su amor, país más ordenado, más seguridad laboral. En este sentido hay una imagen idealizada aún del país, en comparación con la cultura colombiana que la considera más conservadora.</p> <p>En contraposición, pero perteneciente a su propio discurso, Santiago se muestra como una ciudad gris, fría (en cuanto a clima y gente), rápida, moderna.</p> <p>Imagen del chileno en el exterior: el lanza chileno (ladrón, peligroso) Experiencias e imágenes negativas de chilenos: discriminador, prejuicioso, malcriado, jóvenes desbandados.</p>	<p>Muy conservador, no se le dan oportunidades en Colombia a las personas adultas. Vidas en este sentido ya delimitadas, hay un destino para las mujeres, que se limita a la familia y a la maternidad, ven Chile en ese sentido como un país de oportunidades.</p> <p>También hay una discriminación entre compatriotas, distinguen colombianos migrantes buenos (trabajadores) de los malos (delincuentes, narcos, prostitutas).</p> <p>Más respetuosos, importan los valores, la familia como de las cosas más sagradas de la vida.</p> <p>Hay una consciencia de lo que significa ser migrante, padrastró (colombiano) trabaja esta problemática desde lo audiovisual, para visibilizar aquellas realidades.</p>	<p>Cambio de paradigma: ya no hay un destino inherente, se le abren las posibilidades de ser mujer. Pero es una mujer acorde al mercado: en cuanto a su desarrollo laboral, tomar decisiones monetarias, donde el hombre no tiene el poder y la palabra, sino que hay un diálogo y consenso dentro del hogar. No hay libertad en el sentido del tiempo (largas jornadas laborales), provocando nostalgia de la vida familiar.</p> <p>Julieth y Viviana (hija y madre) trabajaban fuera del hogar, la primera de secretaria y la segunda de garzona. Al no disponer de mucho tiempo libre, para sostener la casa era necesario que todos los integrantes se involucraran en esta labor.</p>
<p>CAROLINA</p>	<p>No ahonda en el tema.</p>	<p>Niños chilenos son muy "igualados" con los adultos, hay poco respeto (malcriados)</p> <p>Familias chilenas son muy dispersas, hay pocas que mantengan el núcleo familiar intacto (papá, mamá, hijos).</p> <p>Muchas madres solteras, no saben superar problemas, mucho libertinaje con sus hijos.</p>	<p>Colombiano es de piel (nostalgia)</p> <p>Familias de Cali son distintas a las de otras regiones, que considera más machistas (así explica el machismo de su esposo, ya que es paisa)</p>	<p>No hay cambios, sino que todo lo contrario, se da el proceso inverso: Carolina pierde la libertad que había logrado con su trabajo en Colombia, libertad de tiempo y de consumo, para dedicarse a tiempo completo a las labores del hogar; hay una cierta nostalgia de aquellos tiempos donde podía elegir qué hacer sin pedirle recursos a su esposo.</p>
<p>LORENA</p>	<p>No ahonda en el tema.</p>	<p>Más liberales, discurso crítico en cuanto a los modos de crianza del chileno, muy permisivos, no guían los procesos de los niños.</p> <p>Trato irrespetuoso entre parejas; padres e hijos; etc.</p> <p>Chilenos más de amigos en festividades (navidad, año nuevo), Colombianos más de familia.</p> <p>Distinción entre</p>	<p>En pareja somos muchísimo más respetuosos</p> <p>Alegres</p> <p>Más pendientes de la crianza de sus hijos, los guían en su camino, "no los dejan ser"</p>	<p>Rol equitativo dentro del hogar entre la pareja: ambos trabajan, ambos se ocupan de la crianza del niño, ambos se encargan en los quehaceres del hogar.</p> <p>Migración = Independencia. Para Lorena este paso fue decisivo en su vida, pues salió de la casa de sus padres debido a esta búsqueda de oportunidades.</p>

		santiaguinos y gente de región		Es así como empieza a adquirir valores liberales, como el del trabajo (que lo relaciona con la realidad de las mujeres chilenas), teniendo que adaptarse gustosamente a esta realidad. Lo femenino todavía se liga a la maternidad, pero ya no exclusiva, sino que acompañada de una realización laboral y proveeduría en el hogar. Entonces las tareas de la casa las comparte con su esposo, ya que los dos tienen la misma carga en el trabajo y por tanto deben ayudar lo mismo en el hogar.
MARÍA. Cali	Ella y su pareja quieren volver, están ahorrando para construirse una casa allá en Colombia, pero sus hijas ya no quieren, se acostumbraron a vivir en Chile, solo irían de paseo	Rompen con los estereotipos que traían de Colombia, donde al chileno se lo pintaba como frío, pesado. Ve a la mujer chilena como más liberada, no está pendiente del marido como allá en Colombia. Por otro lado, está lo decente/indecen- te en la forma de vestir, acá las mujeres muestran mucho, se besan en frente de todos, parejas allá son más recatadas. Los hijos manipulan más a los padres, y sus hijas han cogido esa costumbre (hijas adolescentes).	Desconfianza de otros colombianos que migran, no son lo mismo que aquellos que pertenecían al barrio Conflictos de sus hijas con otras compañeras colombianas. Más respeto en las relaciones de pareja (no andan besuqueándose en espacios públicos). La mayoría de los colombianos que migran no están en Chile, llegan acá porque se les abre una oportunidad Cuando llegan idealizan Colombia, muchos retornan a su país pero vuelven al encontrarse en la misma situación (poco empleo, pocas oportunidades) y vuelven.	Es una de las entrevistadas que evidencia más cambios en torno a los imaginarios de género y a su migración: En Colombia mujeres están pendientes del marido, en su casa esperando para atenderlos. Con el trabajo, en Chile abren su mentalidad, debido al tiempo que ambos tienen para dedicarle a la casa (ella ve esa transformación, ese cambio). Hijas le reprochan su ausencia, la falta de hogar (cambio en su concepción, en lo que significa la familia en desmedro del trabajo). Hombres ya participan en las labores del hogar: su pareja cocina, va a La Vega a comprar, ayuda en la crianza de sus hijas, ya que ella no tiene tiempo; pero es alcahueta, no tiene autoridad.
MARÍA Palmira	No ahonda en ese tema.	Crianza diferente: madres alcahuetas, "mala crianza", muy permisiva con las y los hijos.	Dificultad de las madres que migran solas, no hay nadie quien las ayude, sobre todo si tienen hijos adolescentes. Muchas vienen por violencias y les toca venir con sus hijos. Migración colombiana ligada a la delincuencia: "Hay muchos compatriotas que vienen a hacer muchas maldades"	Se mantienen roles tradicionales, lo que cambia finalmente es el género de la autoridad dentro del hogar, ya que en su infancia es la madre y la abuela (siendo el abuelo una figura de contención); y ahora en su hogar es su pareja Mujer es la que se encarga de mantener el hogar, de criar, de velar por su hija. Pareja/padre se encarga de proveer, y de "ayudar" cuando ella trabaja (que en la práctica, igual lo conduce a realizar más labores de las que haría normalmente).

				<p>Ser una buena mujer: hacer la casa, trabajar, compartir los gastos.</p> <p>Mala mujer: seguir al marido, celarlo.</p>
MILENA	No planea volver a Colombia, se ve en el futuro en Chile	La familia en Chile se hace a un lado, y las personas trabajan más. Son muy alcahuetas, muy liberados en temas de crianza.	La realidad chilena es dura, por lo que a los colombianos les cuesta adaptarse, pues en Chile todo es trabajo, y frente a eso es difícil criar a los hijos e hijas.	<p>Cambia totalmente su vida en Chile: se separa de su marido (violencia machista), haciendo consciente su posición sumisa en el pasado. Se siente liberada.</p> <p>Milena es padre y madre a la vez, cumple el rol de proveedora de su hogar y también de reproducción del mismo.</p> <p>Su hijo la ayuda a veces a ordenar, siendo esa la forma principal de comunicarse.</p>
VIVIANA Cali	No ahonda en el tema.	Muchas familias disfuncionales: padres separados, familias compuestas por los hijos de ambos conyugues por separado. Hijos irrespetuosos con sus padres.	Vienen buscando una estabilidad económica, vida costosa, cuesta establecerse. Dificultad de criar a los hijos a la distancia.	<p>Crianza y autoridad dentro del hogar la mantiene Viviana, pero eso no se interpreta en que tenga que hacer todas las labores dentro de este, sino que muy por el contrario, se reparten equitativamente los trabajos domésticos.</p> <p>En este sentido hay un cambio en el imaginario: las nuevas concepciones de género implican el trabajo productivo y reproductivo de todos dentro del hogar, no así el poder y la jerarquía.</p>
VIVIANA Buenaventura	<p>Sus proyecciones se enfocan en sus hijos: verlos ya con una carrera, trabajando, siendo independientes económicamente.</p> <p>No se ve volviendo a Colombia, sino que estando acá en Chile, excepto de que uno de sus hijos se vaya y le pida que lo acompañe.</p>	Mala crianza, no saben enfrentar la autoridad con sus hijos. Buenas personas, amigas chilenas la ayudaron a reunificar a su familia.	<p>Hay muchos tipos de colombianos: el que quiere salir adelante, el que le quiere brindar un futuro a su familia, el que se quiere quedar, el que quiere volver, el que viene a delinquir, el que es más aventurero y se la pasa viajando.</p> <p>Se diferencia a los colombianos más por el proyecto migratorio que por la región de origen.</p>	<p>Crianza, autoridad, proveeduría la tiene Viviana, es padre y madre dentro de su hogar. Pero eso no significa que se lleve todo el peso de las labores cotidianas, sino que sus hijos también aportan ordenando, cocinando, lavando, etc.</p> <p>No quiere integrar hombres nuevos a su vida, ya que teme que interfieran en sus decisiones y en la crianza de sus hijos.</p>

<p>JULIANA</p>	<p>Volver, pero no puede debido a que su ex pareja no le permite sacar a su hijo del país. Existe esta añoranza por regresar a un lugar donde tenga redes, donde su hijo pueda vivir una vida de niño, donde su familia la ayude con la crianza y le de apoyo emocional que hoy tanto necesita.</p>	<p>Ciudad poco amable, nadie te saluda, todo es muy rápido, la gente se choca, no se piden disculpas.</p> <p>Madres chilenas muy preocupadas de sus hijas, lo ve en las clases de ballet, donde a pesar de las dificultades económicas y domésticas son capaces de llevar a sus niñas a un taller que las motive. La mujer es más parada, "no se la deja montar"</p>	<p>Faltan redes entre colombianos, no son de su agrado las organizaciones que actualmente organizan eventos.</p> <p>Algunos vienen a "hacer travesuras", cerca de su casa escucha tiros y peleas con colombianos involucrados, vienen a clonar tarjetas, a hacer de sicarios, etc.</p>	<p>Ahora está viviendo sola con su hijo, por lo que en la cotidianidad ella es la que maneja todo dentro de la casa. Por mandato legal, el padre le pasa dinero (pensión alimenticia), y cuida a su hijo una vez a la semana.</p> <p>Los hombres en su vida siguen siendo una carga tanto dentro como fuera del hogar, su expareja le dificulta el retorno a Colombia y solo a través de tribunales fue capaz de darle un sustento económico. Por esto mismo, la mayoría de su tiempo tiene que dedicarlo al trabajo.</p>
-----------------------	---	--	--	---